
EVA VIDA
EXISTE UN BIEL RIBERA EN LA VIDA REAL
EL SECRETO DE LOS RIBERA


EvaVida

EL SECRETO
DE LOS RIBERA

El secreto de los Ribera

Copyright de la obra: © 2025 Eva Vida

Diseño de portada: Ana Guimarás

evavidabooks.com

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), ni su incorporación a un sistema informáctico, ni su transmisión en cualquier forma sin la previa autorización por escrito del titular del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El secreto de los Ribera es una obra de ficción. Los personajes y acontecimientos que aparecen en esta novela son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas reales y hechos concretos es mera coincidencia no intencionada. Las instituciones y lugares reales mencionados tienen una función estrictamente contextual para ambientar la ficción.

Índice

1. Nota de la autora
2. La llamada
3. Capítulo 1
4. Capítulo 2
5. Capítulo 3
6. Capítulo 4
7. Capítulo 5
8. Capítulo 6
9. Capítulo 7
10. Capítulo 8
11. Capítulo 9
12. Capítulo 10
13. Capítulo 11
14. Capítulo 12
15. La noticia
16. Capítulo 13
17. Capítulo 14
18. Capítulo 15
19. Capítulo 16
20. Capítulo 17
21. Capítulo 18
22. Capítulo 19
23. Capítulo 20
24. Capítulo 21
25. Capítulo 22
26. Capítulo 23
27. Capítulo 24
28. Capítulo 25
29. La orden
30. Capítulo 26
31. Capítulo 27
32. Capítulo 28
33. Capítulo 29
34. Capítulo 30
35. Capítulo 31
36. Capítulo 32
37. ¿Te ha gustado El secreto de los Ribera?
38. Gracias

Nota de la autora

Esta novela es ficción. O eso se supone que debo decirte.

Los hechos que aquí se relatan no ocurrieron. El cadáver no es real, ni tampoco la escena del crimen. Pero el hombre que inspira esta historia sí existe: Biel Ribera nace de Biel Giner.

Es psicólogo, terapeuta y médium, reconocido a nivel internacional por acompañar a quienes arrastran heridas invisibles. Su método es singular: une la psicología con la mediumnidad para sanar lo que no se dice, lo que se hereda, lo que duele sin explicación. Ha ayudado a miles de personas a transitar duelos, comprender bloqueos que se heredan, romper patrones y restaurar vínculos con sus ancestros. No es magia, es memoria. Y lo que él hace en la vida real, su alter ego lo hace aquí, en estas páginas.

Búscalo en www.yosoybielginer.com/biel_giner

Podría decirse que esta novela nace de una casualidad que no lo es tanto. Biel y yo nacimos a la vez. En el mismo hospital, a la misma hora, con apenas unos minutos de diferencia. Nuestras madres no se conocían y nada indicaba que nuestros caminos volverían a cruzarse… pero lo hicieron. Años más tarde, nos encontramos sin saber quiénes éramos el uno para el otro. Nos hicimos amigos. Y un día, lo descubrimos: somos hermanos astrológicos. ¿Coincidencia? Nosotros lo entendimos como una señal y, desde entonces, ese lazo invisible nos acompaña.

Por eso, supe que no podía crear un personaje cualquiera. Tenía que ser alguien como él, que escucha lo que los demás no oyen, ve lo que se oculta entre silencios y entiende lo que los muertos aún gritan. Alguien que, al remover el pasado, ayuda a descubrir verdades incómodas, pero necesarias.

Este no es un thriller convencional, es una grieta. Si decides atravesarla, descubrirás que la ficción es solo una forma distinta de contar la verdad.

Y que algunos secretos familiares no solo hieren, también matan.

Eva Vida, julio 2025.

Primera parte

La llamada

Un número desconocido.

Dudó unos segundos antes de descolgar.

—¿Biel Ribera?

—¿Quién es?

—Esteban Balaguer. Soy el abogado de tu padre.

Su padre. Una figura tan lejana como inexistente en su vida. Que le llamara su abogado solo significaba problemas. Movió un dedo hacia el botón para colgar. Entonces, oyó:

—Lamento comunicarte que ha muerto. Suicidio, según parece. Tendremos que esperar al informe forense.

Biel permaneció inmóvil, con el teléfono pegado al oído.

No tenían ninguna relación. Aun así, algo dentro de él se contrajo al escuchar la noticia. Su padre se había suicidado.

—Eres su único familiar vivo —prosiguió Balaguer, sin molestarse en darle tiempo para procesar la información—. Necesito tu correo para enviarte unos documentos que debes firmar. Pero tienes que venir a Collbató para aceptar o renunciar a la herencia. La burocracia será más lenta al tratarse de un preso…

—¿Estaba en prisión?

—Ya veo que no os hablabais.

—¿Por qué lo condenaron?

El abogado hizo una pausa más larga de lo necesario.

—Asesinato.

1

Biel Ribera convivía cada día con los secretos de los vivos y los susurros de los muertos.

Desde niño, había sentido la presencia de aquello que escapaba a los ojos de los demás. Al principio, eran luces y sombras que iban y venían, envueltas en un silencio que pesaba más que cualquiera de sus gritos. Los terrores nocturnos lo acechaban, pero lo que realmente le hacía chillar en mitad de la noche no era lo que veía… sino lo que no alcanzaba a ver.

Fue su abuela, una mujer de mirada afilada y voz templada, quien le enseñó a observar más allá del miedo. Le mostró cómo domesticar el caos y escuchar los murmullos que otros ignoraban. Con el tiempo, Biel dejó de resistirse. Aprendió a convivir con su don, a descifrarlo, a usarlo. Y decidió convertirse en guía para otros, como su abuela lo fue para él.

Ahora, con treinta años, atendía una pequeña consulta de psicología en la planta baja de un edificio antiguo del Eixample de Barcelona. De techos altos, suelo de mosaico y grandes ventanales. Reformado para mantener su elegancia, con un toque funcional. Las paredes, forradas de estanterías, contenían una vasta colección de libros: de psicología clínica, manuales de espiritualidad y textos literarios de muchos géneros distintos.

Hacía días que el cielo estaba nublado, algo inusual para principios de junio. Las nubes bajas teñían la luz de un gris que se colaba con desgana a través de la ventana del despacho, sumiendo la estancia en una penumbra incómoda. Biel se concentraba en clasificar los papeles de su escritorio, pero sentía cierta inquietud, como si algo estuviera a punto de romperse.

El último paciente del día entró puntual en la consulta y se dirigió directo al diván.

Aquel joven, de origen rumano y asiduo al gimnasio, tenía predilección por el sofá de estilo vintage. Siempre se desparramaba allí, como si la posición le otorgara un extraño consuelo, un lugar seguro desde el que afrontar sus problemas.

Al montar el gabinete psicológico, Biel compró el diván como un guiño al psicoanálisis clásico de Freud, que prefería que sus pacientes se tumbaran para relajarse. Esa imagen que tantas veces aparecía en las películas y que en la realidad facilitaba la honestidad y la introspección de las personas. De ese modo, el terapeuta podía observar mejor sus gestos, las pequeñas fisuras que dejaban entrever lo que no se atrevían a decir.

Biel se levantó de detrás del escritorio y arrastró una silla. Con su libreta sobre las rodillas, soltó el cordón de cuero del cierre y abrió la solapa negra, ornamentada con runas de protección. Era uno de los muchos cuadernos que le regaló su abuela, cada uno con un propósito único: algunos contenían oraciones para conectar con el mundo espiritual y otros, como este, estaban destinados a proteger las palabras que nunca debían ser dichas en voz alta.

Buscó la primera página en blanco y sonrió a Andrei, que miraba el techo esperando el inicio de la sesión.

—¿Cómo ha ido la semana?

—Tatiana me ha dejado.

Biel animó al chico a contar lo sucedido y este se incorporó. Lo miró desde el diván, con los brazos apoyados en las rodillas.

—Discutimos. Dijo que lo nuestro había terminado. No pude soportarlo y me largué de casa. Mis relaciones siempre acaban del mismo modo y no entiendo qué hago mal.

Andrei se agarró la cabeza con las manos y hundió los dedos en los mechones revueltos. Relató la discusión entre el enojo y la tristeza.

Biel tomó algunas notas en su libreta. De pronto, percibió la energía que vibraba en la estancia con una intensidad sutil, casi imperceptible. Una sensación familiar.

Levantó la mirada por encima de su cuaderno. Detrás de Andrei se dibujaba la silueta de un hombre, con la tez arrugada y la ropa

ajada y descolorida. Un aroma a alcohol lo acompañaba como una especie de halo a su alrededor.

La presencia le habló. No las escuchaba con los oídos, sino con esa parte de sí mismo que llevaba años perfeccionando, el puente entre lo tangible y lo intangible.

Combinar la profesión de psicólogo con sus habilidades de médium era complicado.

Los problemas que se repetían en la vida de sus pacientes solían tener raíces profundas, arraigadas en traumas que a menudo pertenecían no solo a ellos, sino a su linaje. Biel sabía que muchas veces los conflictos presentes eran heridas no resueltas en generaciones anteriores. Y cuando eso ocurría, casi siempre había un ancestro que intentaba guiarlos, aunque no siempre de la manera más clara o sencilla.

Sus pacientes acudían a él porque conocían su doble habilidad, pero no todos estaban preparados para enfrentarse a lo que eso implicaba. Cuando mencionaba la presencia de un ser querido muerto, algunos reaccionaban con escepticismo, otros, con auténtico pavor. Por eso prefería abordar el tema con cautela, dejando que la idea se asentara antes de desvelar todo lo que veía.

Biel cerró la libreta y se inclinó hacia Andrei.

—Te voy a contar algo que quizá te sorprenda, pero intenta abrir tu mente y liberarla de prejuicios.

Hizo una pausa para ver su reacción. Andrei se enderezó, parecía receptivo, y Biel continuó.

—Somos energía acumulada de nuestras experiencias y las de nuestra familia. Muchos de los problemas presentes están arraigados en nuestro árbol genealógico. Si comprendemos el origen de un conflicto, incluso uno que no nos pertenece del todo, podemos sanarlo.

Andrei lo miró con una mezcla de duda y curiosidad.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—¿Te suena el nombre de Emil?

—Mi padre —respondió Andrei, desconcertado.

Biel debía elegir las palabras con delicadeza.

—Su espíritu quiere comunicarse contigo.

El muchacho se encogió en el diván. Su temor confirmó a Biel que le creía.

—Noto una antigua tensión familiar. Quizá eso es lo que se está repitiendo en tus relaciones. Vamos a trabajar el patrón que viene de ahí, para que aceptes lo que ocurrió con tu padre, le perdones y sueltes esa historia.

Andrei se cruzó de brazos.

—¿Qué es lo que tengo que aceptar? ¿Que mi padre prefería beber todas las noches a contarme un cuento porque a su vez tuvo un padre borracho, o un abuelo, o un bisabuelo? Eso no me ayuda.

—Ponte en su lugar por un momento. También te refugias en la bebida cuando una situación te sobrepasa. ¿Tatiana dijo que te dejaba, o solo discutisteis y preferiste rehuir el conflicto en la barra del bar?

El muchacho permaneció en silencio y al rato asintió.

Continuaron la sesión y profundizaron en el problema. Al terminar, Biel le dio algunas claves para trabajar durante la semana.

—Trata de comprender por qué tu padre hizo lo que hizo. Después será más fácil enmendar tus errores.

—Lo intentaré —dijo Andrei con la voz apagada, mientras salía del despacho.

Biel cerró la puerta y observó la consulta vacía. Las heridas de los vivos no siempre sanaban con palabras. A veces, hacía falta un empujón desde el otro lado.

El teléfono móvil vibró sobre la mesa. Era un número desconocido y dudó unos segundos antes de descolgar.

—¿Biel Ribera? —dijo una voz seca, con un timbre rasposo.

—¿Quién es?

Su interlocutor interpretó la pregunta como una afirmación y se aclaró la garganta antes de seguir.

—Esteban Balaguer. Soy el abogado de tu padre.

Su padre. Una figura tan lejana como inexistente en su vida. Que le llamara su abogado solo significaba problemas. Movió un dedo hacia el botón para colgar. Entonces, oyó:

—Lamento comunicarte que ha muerto. Suicidio, según parece. Tendremos que esperar al informe forense.

Biel permaneció inmóvil, con el teléfono pegado al oído.

No tenía ninguna relación con su padre. Su madre se había llevado a Biel del pueblo siendo apenas un niño de cinco años, y desde entonces, aquel hombre había desaparecido de su vida. Aun así, algo dentro de él se contrajo al escuchar la noticia.

Su padre se había suicidado.

—Eres su único familiar vivo —prosiguió Balaguer, sin molestarse en darle tiempo para procesar la información—. Necesito tu correo para enviarte unos documentos que debes firmar. Pero tienes que venir a Collbató para aceptar o renunciar a la herencia.

El sonido metálico de un mechero cortó el silencio, seguido por una exhalación prolongada.

—¿Herencia? —repitió Biel, casi sin pensar.

—La burocracia será más lenta al tratarse de un preso… —añadió Balaguer, con la calma de quien está acostumbrado a este tipo de conversaciones.

La confusión en Biel dio paso a un desconcierto palpable.

—¿Estaba en prisión?

Otra exhalación, lenta y pesada, probablemente llena de humo.

—Ya veo que no os hablabais —el tono del abogado apenas ocultaba cierto sarcasmo—. Llevaba veinte años entre rejas en Lledoners. La condena habría sido menor, si no se hubiera fugado cinco años a Costa Rica. Le quedaban unas semanas, pero ayer decidió colgarse.

Veinte años. Debió cometer un crimen muy grave. Biel sintió el nudo de la incertidumbre creciendo en su garganta mientras formulaba la pregunta.

—¿Por qué lo condenaron?

El abogado hizo una pausa más larga de lo necesario.

—Asesinato.

La revelación lo impactó. ¿Qué sabía de ese hombre? Nada, más allá de algunos recuerdos borrosos de su infancia. Cuando su madre y él se fueron, su padre se convirtió en un espectro del pasado. Y ahora resultaba ser un asesino.

—Lo encontraron muerto en su celda. El informe preliminar dictamina asfixia por ahorcamiento. El definitivo tardará un par de

semanas. —al otro lado de la línea el abogado soltó el humo del cigarro antes de continuar—. Te sugiero que vengas a Collbató para agilizar los trámites y gestionar el papeleo.

Biel no respondió de inmediato. En su cabeza se arremolinaban muchas preguntas.

—Lo pensaré —consiguió decir al fin.

Tras facilitarle su correo electrónico, colgó.

Se quedó con el móvil en la mano, mirando aquel número que quizá no volvería a marcar.

La palabra «asesinato» quedó suspendida en la habitación, como un oscuro presagio.

Sabía que, antes o después, lo que acababa de contarle el abogado lo arrastraría a un camino del que no regresaría intacto.

2

Tras abandonar el pueblo para instalarse en Barcelona, su madre siempre evitó hablar de su exmarido, como si al hacerlo pudiera borrar su existencia, y Biel jamás preguntó.

Al fin y al cabo, nunca ejerció de padre ni le prestó demasiada atención. Cuando era niño, no jugaban juntos, no le leía cuentos por las noches, no le enseñó a montar en bici, ni a pescar en el río. Con el paso de los años, se dio cuenta de que tampoco fue un marido ejemplar. En muchas ocasiones, vio a su madre llorar a solas en la cocina, cuando pensaba que Biel dormía. Así que asumió que estaban mejor sin él.

Pero ahora necesitaba respuestas y se sentó ante el ordenador. Tecleó el nombre de su padre, Arnau Ribera, entre el temor y la urgencia. Los resultados aparecieron de inmediato, un desfile de noticias antiguas.

Abrió la primera, el enorme titular le heló la sangre: «Arrestan a un hombre por el brutal asesinato de una mujer frente a sus dos hijos».

Recordaba vagamente que la tarde que abandonaron el pueblo, sin ni siquiera hacer las maletas, su madre se lo llevó de casa durante la fiesta de su quinto cumpleaños. El 8 de septiembre de 1999. La noticia databa justo del día siguiente.

Se desplazó por el texto y se detuvo cuando apareció la fotografía de la víctima.

María Estrada.

La reconoció al instante.

La madre de Ian, su mejor amigo de la infancia.

Su corazón latió con fuerza al leer los detalles de la crónica. La noticia mencionaba que los hijos de la mujer presenciaron el crimen. Ian y Samuel, su hermano mayor.

Las tardes compartidas con Ian en su memoria contrastaban con la frialdad de las palabras en la pantalla. Paliza mortal. Contusión cerebral. Dos niños presentes. Biel se pasó la mano por la cara. Su amigo había vivido un horror.

Todos los periódicos especulaban sobre los motivos del crimen. Algunos hablaban de una riña entre vecinos que se les había ido de las manos, otros sugerían viejas rencillas por dinero e incluso rumores de una relación clandestina que había terminado mal. Pero ninguno aportaba pruebas sólidas, solo eran hipótesis construidas a partir de suposiciones y testimonios vagos.

Abrió más enlaces, reconstruyendo la vida de su padre, y comenzó a armar el puzzle.

«Un recluso se fuga de la prisión de Lledoners hiriendo de gravedad a dos guardias».

Cinco años después, otra noticia confirmaba su captura en Costa Rica y su extradición a la prisión catalana. Había una imagen en blanco y negro de su padre, esposado, cabizbajo y extremadamente delgado. No era el aspecto de alguien recién llegado del Caribe, se le veía exhausto.

Se recostó en su sillón de cuero.

Las piezas encajaban. Todo era real.

El débil zumbido del ventilador del ordenador rompía el silencio opresivo del despacho.

Una ventana emergente apareció en la esquina de su pantalla. Era un aviso turístico, una fotografía de las montañas de Montserrat de cimas redondeadas. Un titular promocionaba una ruta de senderismo por Collbató, una invitación a descubrir el «corazón oculto de la región».

Desde que se marchó, era la primera vez que pensaba en el pueblo. Jamás imaginó que tendría motivos para regresar. Aun así, en el fondo sabía que ese lugar seguía vivo en su memoria.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Fuera, la ciudad comenzaba a encender sus luces que marcaban la caída de la tarde. Contempló la luz del atardecer diluyéndose entre las fachadas y los balcones de hierro. Los coches circulaban a un ritmo lento, mientras los viandantes se apresuraban en los últimos recados del día.

Su reflejo en el cristal le devolvió una mirada confusa. Había construido su vida para ayudar a otros a reconciliarse con sus demonios y ahora tenía que enfrentarse al suyo.

La idea de regresar a Collbató le provocaba un nudo en el estómago. Significaba abrir puertas que creía selladas y no estaba seguro de querer desempolvar todo lo que había quedado congelado en el tiempo.

Pero comprendía que debía hacerlo. Solo unos días. Gestionaría el papeleo y volvería a casa.

Aunque a veces la vida tiene sus propios planes.

3

El coche alquilado serpenteaba por la carretera hacia Collbató. Biel ajustó el aire acondicionado, directo a su rostro. El frío lo despejó un poco. Estaba muy cansado. Llevaba mucho tiempo durmiendo mal y en los últimos días había ido a peor.

El rugido del motor deportivo del BMW X5 llenaba el espacio entre él y su madre. Elena contemplaba el paisaje con esa mezcla de curiosidad y confusión que la acompañaban desde que el Alzheimer nubló su mente.

La silueta majestuosa de la montaña de Montserrat dominaba el paisaje, con sus formaciones rocosas, altas y de cimas redondeadas recortadas contra el cielo.

A menos de una hora de Barcelona, Biel tenía algunos conocidos que visitaban el valle para hacer senderismo. También había leído sobre la zona, famosa por sus leyendas. Muchos recorrían sus caminos en busca de las cuevas escondidas entre la arboleda. Se decía que esas grietas subterráneas albergaban vestigios de historias pasadas que los humanos quisieron ocultar, pero que la tierra se negaba a olvidar. Aunque pocos admitían haber entrado más allá de los primeros metros, todos coincidían en la opresión que sentían al adentrarse en la roca.

La carretera serpenteaba por la falda de la montaña y ofrecía vistas de los pequeños pueblos encaramados en laderas. De vez en cuando, aparecían miradores improvisados desde donde se podían ver los campos de cultivo y algunas casas de piedra. En ciertos tramos, la vegetación era más densa, con pinos y encinas que se cerraban a ambos lados de la calzada.

Se imaginó conduciendo su moto por aquella carretera sinuosa. Prefería el viento en la cara y la adrenalina en las venas. Pero había alquilado el coche para viajar con su madre.

Elena sostenía un mapa en el regazo. Cuando le diagnosticaron la enfermedad, compró la guía de Barcelona, con el callejero y los lugares de interés, «para no perderse en su ciudad». Con el paso de los meses, los mapas se convirtieron en un objeto de apego que la anclaba a una realidad que se desvanecía día a día.

—Me gusta este sitio —murmuró Elena, sin apartar la vista.

Biel esbozó una sonrisa, hacía rato que habían salido de la autopista y había decidido dar una vuelta por la zona, sabía que su madre disfrutaría del paisaje.

Aunque algunas veces no recordaba ni su nombre, aún mostraba destellos de su antiguo yo cuando algo despertaba su interés. Y a pesar de su enfermedad, o quizá gracias a ella, seguía admirando la belleza del mundo con una fascinación casi infantil.

—Viviste aquí unos años. ¿Recuerdas?

Ella asintió, con una gran sonrisa y la duda en la mirada. El corazón de Biel se contrajo.

La relación entre madre e hijo siempre había sido cercana. Biel la admiraba, llegó a Barcelona con un hijo pequeño y salió adelante sola. Ejerció de enfermera muchos años en el hospital Vall D'Hebron, donde era muy querida por su carácter amable y generoso. Le había regalado una infancia feliz. En Barcelona encontraron un hogar y amigos que, con el tiempo, se convirtieron en familia. Durante los veranos, viajaban a Galicia, para visitar a su abuela materna, una mujer reservada y sabia que fue una verdadera mentora para Biel.

Ahora, Elena dependía de él, y esa carga, aunque la asumía con amor, era agotadora. La tristeza lo mantenía despierto por las noches. Temía que su ritmo de trabajo le impidiera atenderla y que no fuera feliz.

Los pensamientos lo llevaron a una imagen de su infancia en el pueblo que se quedó grabada en su mente. Su madre solía sentarse en la cocina, siempre con una taza de café, tanto de día como de noche, hasta que llegaba su marido, discutían y volvía a quedarse sola. Su matrimonio había sido una historia de ausencias y silencios. Tras huir de aquel tormento, Elena reconstruyó su vida en Barcelona, convirtiéndose en una mujer fuerte y segura.

Biel había jurado ser diferente a su padre. Quería protegerla y evitar que se sintiera abandonada otra vez.

Por eso estaban allí. En los papeles de la herencia que le envió el abogado, constaba que la vieja casa familiar era suya ahora. La vendería e invertiría todo el dinero en los mejores cuidados para su madre.

Se adentraron en las tranquilas calles de Collbató. Las fachadas eran un mosaico de historia, con paredes encaladas y persianas de madera. A medida que avanzaban, algunos vecinos observaban el coche con curiosidad. Biel ignoró las miradas, centrándose en encontrar la casa de su infancia.

La reconoció en cuanto la vio. Se alzaba al final de la calle, rodeada de árboles. Tal y como la recordaba: grande, con una verja de hierro y rodeada de un amplio terreno lleno de cipreses y algarrobos. Aunque el tiempo había dejado su huella. La valla, ahora oxidada, se inclinaba levemente, y la pintura de las paredes estaba desconchada y agrietada.

Detuvo el coche frente al enrejado. Sacó el llavero que Balaguer, el abogado, le había enviado. La llave más grande encajó a la primera, pero el cerrojo ofreció resistencia antes de ceder con un chasquido. Empujó la verja que chirrió al abrirse. Después, aparcó a la entrada del garaje.

Se quedaron un rato en silencio, contemplando la casa. A pesar del deterioro, seguía evocando los días en los que fue su hogar.

—Nuestra casa —susurró Elena, con una claridad inesperada.

Biel se apeó y la ayudó a bajar.

Un sentimiento de nostalgia lo envolvió. Recordó el último día que había pasado allí.

La fiesta comenzó con risas y regalos desenvueltos, pero terminó con lágrimas cuando Elena cogió a su hijo, lo montó en el coche y huyó para no regresar. Tenía tanta prisa por dejar atrás su vida en el pueblo, que no hizo ninguna maleta.

—Y ahí vivía esa desgraciada… —Elena señalaba el chalé de al lado, con un dedo tembloroso y la mirada cargada de ira.

Era la casa de María, la vecina asesinada.

Las persianas estaban bajadas y no había signos de que nadie la habitara. Sin embargo, el jardín se veía cuidado y la fachada bien mantenida. Alguien se encargaba de su buen estado.

Elena murmuró algo casi inaudible y Biel se inclinó hacia ella.

—¿Qué has dicho?

—Se lo merecía, Biel… tuve que hacerlo… por nuestra familia.

Biel estaba acostumbrado a las frases inconexas y carentes de significado que su madre solía pronunciar. Aunque en esa ocasión, había cierta chispa de lucidez en su expresión. Iba a preguntar qué significaban esas palabras tan extrañas, pero Elena tiró de él y lo condujo hacia la entrada.

La vivienda los recibió con el aroma acre del polvo y la madera envejecida, a pesar de que días antes había llamado a una empresa de limpieza que la puso a punto. Solo se quedarían unos días, los necesarios para realizar los trámites típicos tras una defunción y poner en venta la casa. Aun así, Biel quería sentirse cómodo en aquel lugar del que huyeron veinticinco años atrás.

Al subir las persianas, la luz entró en el amplio salón. Una de las ventanas tenía los cristales nuevos y relucientes, con el marco diferente al resto, más moderno. Contrató los trabajos de reparación cuando Balaguer mencionó que, durante una época, un grupo de adolescentes se colaba para hacer botellones.

Elena se movía con pasos lentos, como si tratara de conectar con un pasado que se le escapaba.

Biel recordaba cada rincón de la vivienda, aunque la sentía lejana y la miraba con otros ojos ahora que sabía que fue el hogar de un asesino.

Percibió la pesadez en el ambiente. Era el rastro energético del sufrimiento y la tristeza. Esa casa había permanecido cerrada veinticinco años y seguía impregnada de dolor. Las paredes retenían el llanto de las constantes discusiones de sus padres. No fueron una familia feliz y la desazón le oprimió el pecho.

Pero había algo más. Notó un hormigueo en la nuca al sentir una presencia que habitaba la vivienda. Vibraba con violencia y desesperación.

De repente, un ruido seco. Algo había caído al suelo en la estancia contigua.

Solo los espíritus verdaderamente poderosos podían mover objetos, y esa entidad, aunque intensa, no tenía tanta fuerza.

Biel se puso en alerta. Si la casa fue refugio para las fechorías de algunos jóvenes durante un tiempo, quizá alguien seguía colándose en ella.

—Voy a ver qué ha sido.

Entró en la cocina con cautela. La luz del mediodía se colaba por la ventana que daba al jardín trasero. Un pequeño recipiente de plástico estaba volcado sobre un charco de agua.

Una sombra cruzó fugazmente junto a sus pies y lo sobresaltó.

Un gato, negro como la noche, lo miraba desde la puerta.

—¿De dónde has salido tú? —murmuró Biel, aliviado.

Recogió el cuenco hecho con una botella cortada por la mitad. Alguien de la empresa de limpieza debió apiadarse del animalito. Biel lo rellenó de agua del grifo, pero antes de que pudiera acercarse, el felino salió disparado hacia el pasillo.

En el salón, su madre acariciaba un reloj de pared que se detuvo un día a las dos en punto.

—Es tardísimo —dijo ella, dirigiéndose a la cocina—. Pon la mesa mientras preparo la comida. Tu padre no tardará en regresar.

Biel la cogió del brazo con delicadeza.

—Murió la semana pasada. ¿Recuerdas?

Lo miró con los ojos velados por la confusión. Hubo un momento de silencio antes de que un destello de cordura brillara en su rostro. Luego asintió.

—Me alegro. Debí matarlo cuando tuve ocasión… pero le quería tanto… Ella no tuvo tanta suerte.

Y esbozó una sonrisa que Biel no había visto jamás en su madre, una mezcla de satisfacción y crueldad.

La observó mientras se acomodaba en el sofá, sin saber qué decir, qué preguntar, qué interpretar de aquellas palabras.

Otro golpe retumbó en el piso superior.

Sin pensarlo demasiado, subió los escalones de dos en dos. El pasillo estaba en penumbra y notó la tensión en los hombros y la

respiración agitada. No llevaba nada para protegerse, ni siquiera algo tan simple como un objeto contundente.

Llamaría a la policía. Pero maldijo al darse cuenta de que se había dejado el móvil en el coche.

La puerta frente a él estaba entreabierta y vio una silueta moverse. Un escalofrío le recorrió la espalda, aunque su determinación superó al miedo. Abrió la puerta con tanta fuerza que golpeó la pared, provocando un breve estruendo. Durante un instante, se preparó para lo peor.

No había ningún intruso. Solo era el gato sentado sobre el escritorio del despacho de su padre. Bajo sus patas, varios bolígrafos tirados, una libreta con algunas hojas arrugadas y un marco de fotos boca abajo.

Las estanterías estaban repletas de cámaras antiguas y objetivos de diferentes tamaños. Arnau era un apasionado de la fotografía, que fue su profesión y también su forma de observar el mundo. Siempre llevaba una cámara al cuello y una mochila con diferentes artilugios: un trípode, filtros, carretes.

Biel se acercó a la mesa de trabajo y el animal saltó al suelo y huyó.

Colocó todo en orden y observó la foto enmarcada y amarillenta. Era una imagen de sus padres, jóvenes y sonrientes, junto a otra pareja. Reconoció a los vecinos: María y su marido. Sentados a una mesa repleta de comida y copas de vino. Parecía una celebración.

Viéndolos tan unidos, nadie presagiaría que Arnau acabaría matando a María. ¿Qué motivos empujaron a su padre a cometer el crimen?

En la fotografía, las dos mujeres se abrazaban. Eran amigas, Biel diría que incluso confidentes, porque recordaba que María pasaba tardes enteras en su casa.

Sin embargo, su madre se había alegrado al recordar que estaba muerta.

¿Qué ocurrió entre ellas? Algo tan oscuro que ni el Alzheimer fue capaz de disipar.

Quizá aquella casa desempolvara un poco la memoria de su madre, para revelar por qué decidió romper con todo.

Biel no imaginaba que iba a descubrir un fragmento del pasado que pondría en duda sus planes, comenzando por su propia determinación de proteger a Elena.

La verdad estaba a punto de emerger de entre las sombras y cambiaría para siempre su relación con el presente.

4

El atardecer arrojaba sombras alargadas sobre el jardín descuidado y el viento movía la broza acumulada. Biel tomaba una taza de café en el porche trasero.

Había dedicado la tarde a deshacer las pocas maletas que traían y a recorrer las habitaciones. Cada estancia era un viaje al pasado: muebles antiguos, numerosos álbumes con fotografías de días felices y detalles que Biel había olvidado. La suya seguía como la recordaba, la colcha decorada con la vía láctea, los folios con garabatos de colores amontonados sobre el escritorio y las pegatinas en forma de estrella pegadas en el techo.

Dejó la taza vacía sobre la mesa y bajó los escalones. La maleza llegaba hasta más arriba de las rodillas. Contrataría a un jardinero para hacer la casa más atractiva a la venta. El amplío terreno sería un buen reclamo.

Los cipreses y algarrobos habían resistido el paso del tiempo, pero había un árbol sin fruto. Biel se acercó y recordó que antaño cogían de allí limones.

Observó la casa vecina. Un espectro de su infancia. Le embargó la incomodidad de saber que algo turbio había sucedido detrás de aquellas paredes. Costaba creer que un hogar tan lleno de vida se hubiera convertido en un escenario macabro.

¿Qué llevó a su padre a matar a María? Por más que lo pensaba, no encontraba un motivo que encajara. Arnau no era un hombre violento. Cuando discutía con Elena, alzaba la voz, sí, y perdía los nervios. Pero jamás fue una amenaza. Nunca hubo un golpe, ni siquiera un portazo. Era de genio rápido, no de actos extremos. ¿Cómo asumir entonces que había cruzado una línea tan brutal? La idea de su padre como un asesino resultaba extraña, como si hablara de otra persona, de un desconocido o de alguien que supo esconderse demasiado bien.

El teléfono vibró en su bolsillo.

Balaguer.

—Hay novedades —dijo con su habitual tono de suficiencia—. El juez ha ordenado que el cadáver de tu padre permanezca en la morgue. El forense encontró algo… raro.

Biel sintió un nudo en el estómago. ¿Qué podía ser tan inusual como para que el juez tomara esa decisión?

—¿Qué quieres decir con «raro»?

—Aún no tengo todos los detalles, pero no lo mató la soga.

—Entonces, no fue un suicidio…

—Hay que esperar al informe definitivo para que sea oficial. Puede tardar días o semanas. Por cierto, el inspector Marc Vidal, de la División de Investigación Criminal de Martorell, irá mañana a verte.

—¿Para qué?

—Ni idea. Ha llamado para pedirme tu contacto. No ha dicho nada más. Hablaba como si estuviera por encima de mí. Es un gilipollas.

El abogado continuó hablando, aunque Biel apenas lo escuchaba. Cada palabra abría nuevas preguntas y Balaguer no las respondía.

Si no se suicidó, lo mataron. Faltaban solo unos días para que lo hubieran puesto en libertad. El crimen podría ser consecuencia del conflicto con algún preso, o Arnau sabía algo que alguien quiso silenciar ahora que iba a salir a la calle. Quizá el inspector fuera la clave para desentrañar el enigma.

Cuando colgó, su madre estaba en la puerta.

—Entiérralo ya y vámonos —dijo ella, con los ojos fijos en los suyos—. El pasado nunca trae paz.

Esa noche, Biel se sentó en el salón con uno de los álbumes de su padre. El murmullo del viento movía con ímpetu las ramas de los árboles y a lo lejos se oyó el sonido metálico de algo al caerse.

El gato negro apareció de nuevo, andando con serenidad felina, como si aquel lugar le perteneciera. Se detuvo frente al chico, aunque a cierta distancia.

—Hemos invadido tu hogar —murmuró y dejó el álbum sobre su regazo— Nos quedaremos pocos días, después la casa volverá a ser tuya… al menos hasta que alguien la compre.

El gato maulló y pareció que protestaba. Pero subió al sofá y le dio un cabezazo en la mano, luego se acomodó cerca de Biel.

—Te llamaré Ombra.

Cuando volvió a abrir el álbum, una delgada tira cayó entre sus piernas. Era un negativo fotográfico.

Lo colocó frente a la lamparilla de lectura y distinguió varias siluetas, aunque no con suficiente nitidez. Para descubrir sus rostros, necesitaba revelarlo.

Se puso en pie, movido por la curiosidad. Durante la inspección de la casa, había encontrado un cuarto de revelado en el sótano.

Bajó los peldaños de madera que crujieron bajo sus pies.

La vieja habitación olía a productos químicos y humedad. Inspeccionó la estancia.

En la universidad, había cursado una asignatura optativa de fotografía. No era una actividad que le interesara, pero el profesor era guapo y por aquel entonces las hormonas nublaban su juicio.

Tras comprobar que los productos estaban en buen estado y había papel para las fotos, limpió los utensilios y encendió la tenue luz roja. Colocó el negativo en la ampliadora y después pasó el papel por diferentes tanques de revelado: agua, revelador, fijador. Movimientos precisos, casi automáticos.

Poco a poco, las imágenes empezaron a aparecer, mostrando a un grupo de adolescentes en la playa. Los detalles iban cobrando nitidez: las toallas sobre la arena, sus gestos despreocupados, la inconfundible alegría de las vacaciones.

Biel contuvo la respiración cuando una de ellas tomó forma.

Su padre, más joven, con el brazo alrededor de una mujer. Sonreían. Era María.

Otra vez esa mujer en los recuerdos de su familia.

Entonces, un escalofrío le recorrió la espalda. No estaba solo. Al levantar la vista, la vio. Su silueta se recortaba contra la penumbra, distinta a como la recordaba, pálida, con los ojos hundidos y vacíos.

—María —susurró Biel.

La mujer abrió la boca, aunque su voz no llegó hasta Biel, que dio un paso hacia adelante, acercándose y tratando de entenderla.

—¿Qué quieres decirme?

Ella continuó moviendo la boca, su gesto cada vez más desesperado. Era como si gritara, pero en un silencio absoluto, mientras el aire se hacía cada vez más pesado.

Los labios de la mujer muerta se movían más rápido, su expresión se torció en desesperación, abrió su boca aún más, cada vez más, hasta que fue un abismo negro que amenazaba con engullirlo.

El cuarto oscuro se llenó de un zumbido sordo, la tensión era insoportable.

Y entonces, en un parpadeo, desapareció.

Solo quedaron las fotografías colgando del cordel, imágenes de su padre abrazando a María, viva aún. Recuerdos que pesaban como una maldición.

Encontró a su madre en la cocina, delante de la pequeña televisión sujeta a la pared. Estaba sentada en un taburete y sostenía el mando a distancia. Desde que habían llegado, se empeñaba en pasar casi todo el tiempo allí. Biel suponía que se sentía tranquila en la única estancia sin objetos personales de su exmarido.

Arrastró una silla a su lado. Ella sonrió de buen humor.

Biel pensó una vez más en las imágenes que acababa de revelar. Arnau y María abrazados. ¿Habrían sido algo más que amigos en su juventud? Se les veía felices, sin sospechar que años después él la mataría y pasaría el resto de su vida en prisión.

El espíritu atormentado de María había querido comunicarse con él. Esa mujer, la víctima, deseaba contarle su verdad.

Suspiró y se apoyó en el respaldo con resignación.

Al salir de Barcelona, había pensado que su estancia en Collbató sería sencilla. Llegarían, harían las gestiones y regresarían. Pero ahora tenía la impresión de que le aguardaba una verdad más oscura de lo que estaba preparado para afrontar.

5

Collbató había amanecido encapotado. El viento levantaba remolinos de polvo y llenaba las aceras con las hojas de los árboles. Era un mes de junio atípico y el verano se resistía a llegar al valle de Montserrat.

El inspector Marc Vidal estaba de pie en el porche delantero de la casa, con las manos en los bolsillos y su figura recortada contra el cielo gris. Biel lo observó mientras se presentaba. Alto y de gesto autoritario. En su mirada había algo desafiante que sugería peligro.

Entonces, Biel lo vio.

Una pequeña nebulosa negra levitaba detrás del inspector. Algo oscuro, como una niebla espesa y acechante.

Su fuerza llenaba el aire y Biel supo que no pertenecía a ninguna presencia que lo acompañase, sino que era parte de él, de su propia alma.

Jamás había visto a ningún ser vivo con una oscuridad tan visible.

Frente a la verja de la entrada, un hombre apoyado en un bastón, con un pañuelo anudado al cuello y una boina calada, los observaba con el gesto serio y una expresión de desaprobación. No era el primero. Desde que habían vuelto al pueblo, varios vecinos se habían dejado ver cerca de la casa, curiosos, fingiendo paseos que no engañaban a Biel. El regreso de la familia del asesino era, sin duda, el tema del que todos hablaban.

—Pasa, por favor.

Biel hizo un ademán que invitaba al inspector a entrar en la casa y cerró la puerta, dejando fuera la mirada severa del vecino.

—¿Café?

Marc asintió.

—Negro. Sin azúcar.

Entraron en la cocina, donde Elena, apoyada en la mesa, estudiaba un mapa de Barcelona. Sus dedos trazaban líneas

invisibles sobre el callejero, mientras murmuraba el nombre de las avenidas principales. Tenía esa expresión de concentración ausente que la caracterizaba.

—Mamá, el inspector Vidal.

Biel colocó una mano sobre su hombro y ella levantó la mirada un instante, con una sonrisa difusa, antes de volver a su mapa.

—¿Alzheimer?

—¿Cómo lo has sabido?

—Mi madre padeció la misma enfermedad.

Ambos se miraron en silencio, conectados por el peso de una experiencia compartida. Marc relajó el semblante, apoyándose en la encimera y Biel, casi sin querer, se detuvo un instante en sus facciones: una belleza tentadora, definida y serena. Sin embargo, la sombra que lo envolvía seguía presente.

Biel cortó el contacto visual y llenó el cacito de una cafetera italiana.

—Balaguer comentó que vendrías.

—Tu padre llamó hace un par de semanas. No dijo quién le había dado mi teléfono. Me rogó que reabriera el caso del asesinato.

Biel frunció el ceño y sopló para apagar la cerilla con la que había encendido el fuego.

—¿Lo hiciste?

—Nada justificaba revisar una investigación cerrada hace tanto tiempo. Pero ahora que las cosas han cambiado... —Hizo una pausa, sopesando sus palabras—. ¿Qué te ha contado el abogado?

—El forense cree que mi padre no se suicidó.

El inspector inclinó ligeramente la cabeza, sin apartar la mirada de Biel.

—Arnau aseguró haber recibido una nota que le advertía que jamás saldría a la calle. Dijo que querían silenciarlo, insistió en su inocencia, que le tendieron una trampa y le asignaron a un abogado corrupto.

—Lo amenazaron y no le protegiste.

Biel hablaba despacio, controlando el enfado que estaba a punto de hacerle estallar.

—No denunció por el canal oficial, ni presentó la nota para corroborar su versión. Condenado por asesinato, prófugo cinco años, veinte en prisión…

—¿Para qué has venido? —cortó Biel, perdiendo la paciencia.

—El forense es amigo. Me contó sus sospechas desde que vio el cadáver de tu padre. Ayer aprobaron mi solicitud para investigar su muerte.

—¿Y el caso de María Estrada?

Creía en la versión de los hechos de su padre y tenía claro que la muerte de María debía investigarse de nuevo.

—He empezado a leer la documentación recopilada por los agentes en su día. Si no encuentro irregularidades, no me autorizarán para reabrirlo.

—Te informó sobre la amenaza y, días después, lo asesinaron. Estoy seguro de que tampoco mintió cuando se declaró inocente. La policía no hizo bien su trabajo entonces y no lo hará ahora. Al final, su muerte os ha venido de perlas para que no pudiera demostrar que os equivocasteis.

Marc se irguió y cuadró los hombros, su semblante firme dejaba claro que no toleraría ninguna recriminación por parte de Biel.

—Hace veinticinco años que no hablabais y vuelves al pueblo justo para heredar... Hasta ahora, tú eres el único beneficiado de su muerte.

El silbido del café saliendo a presión llenó la cocina y el aroma intenso impregnó el aire. Biel, imperturbable, guardó las tazas que había dispuesto y, con la palma de la mano extendida, indicó a Marc que abandonara la casa.

De pronto, la madre de Biel murmuró algo, apenas un susurro, y Marc se giró.

—¿Qué ha dicho?

La mujer levantó la mirada con los ojos empañados por la satisfacción.

—Yo lo hice… —balbuceó—. Por nuestra familia.

El inspector se inclinó hacia ella.

—¿Qué hizo, señora? Necesito que sea clara.

Biel se colocó entre ellos.

—No puedes tomar en serio sus palabras.

—Si tu madre sabe algo, debe decirlo.

—No hablará, si no lo ordena un juez. Ahora, vete.

El inspector apretó los puños e inspiró hondo. Después se dirigió a la puerta y, antes de salir, dijo con total seguridad:

—Volveré.

Tras el portazo, Biel se arrodilló junto a su madre y tomó sus manos.

—Mamá, ¿a qué te referías?

Lo miró, aunque su mente parecía estar en otra época, en otro lugar.

—Se lo merecían… los dos… demasiadas mentiras…

—¿Qué hiciste? —insistió Biel, con la desesperación creciendo en su pecho.

—Destruyó nuestra familia… me destruyó a mí.

Elena sollozó y Biel intentó calmarla. La abrazó con fuerza.

Ella se apartó y le acarició el rostro, como había hecho tantas veces cuando era niño, pero su mirada seguía perdida.

Solo quedaban fragmentos de la mujer que fue.

Y los pedazos no encajaban en la imagen que tenía de ella.

El reloj del despacho marcó la medianoche. Biel trabajaba en su portátil. Había usado una mesa auxiliar para despejar el escritorio, amontonando varios cuadernos y el bote de bolígrafos. Puso boca abajo la fotografía de sus padres con los vecinos para no mirar sus rostros sonrientes.

Contestaba los correos acumulados tras varios días desconectado. Retomaría las consultas con sus pacientes por videollamada porque su estancia en Collbató se alargaría más de lo previsto. Estaba dispuesto a esclarecer la verdad sobre su familia.

La visita del inspector lo había cambiado todo al descubrir que su padre fue amenazado días antes de morir, que confesó su inocencia y aseguró ser víctima de un engaño y un abogado corrupto.

Biel le creía.

No conocía al hombre que fue, pero, de algún modo, su instinto le decía que no era un asesino.

Sabía que desenterrar la verdad tantos años después sería complicado. Para colmo, se había ganado la enemistad con Marc Vidal y, ahora, el inspector había puesto a su madre en el centro de sus sospechas.

Se frotó los ojos, le escocían por el agotamiento, y se estiró en el sillón. Compuso una mueca de dolor cuando su cuello se resintió. El estrés de los últimos días le estaba pasando factura.

Se levantó y caminó hasta el centro de la alfombra que cubría parte del despacho. Se sentó con las piernas cruzadas, colocando ambos pies encima de los muslos y las manos sobre las rodillas. Cerró los ojos y se concentró en la respiración.

De pronto, sintió el cambio en la atmósfera. La energía en la estancia. Las cosquillas en la nuca.

Al abrir los ojos, encontró de nuevo a María. Su figura era tan sólida como etérea y su expresión mostraba angustia.

Intentaba hablarle, aunque solo se oía una especie de pitido agudo.

—Algo impide que cuentes tu historia. Pero te ayudaré —dijo Biel.

María creyó en su determinación y relajó su semblante. Después se desvaneció.

Biel observó unos segundos el espacio donde antes se encontraba el espectro.

Había estado dándole vueltas al caso desde que el inspector se fue. Tantos años y la mentira seguía viva. Desconfiaba de la actuación de la policía, así que investigaría por su cuenta.

Se levantó con un suspiro y salió de la habitación, decidido a descubrir lo que nadie más parecía querer destapar.

6

Lola, de la inmobiliaria local, recorría las estancias de la casa con pasos enérgicos y sacaba fotos con su móvil de cada rincón.

—Esta casa tiene un potencial increíble —dijo con entusiasmo.

Hablaba sin parar, señalando aquí y allá.

Una hora antes, al recibirla, Biel dudó de su profesionalidad. Veintipocos, el cabello recogido en una coleta alta y vestida con sudadera y zapatillas. Pero ahora que la veía moverse con soltura, reparando en detalles que él no había detectado, se reprendió mentalmente por sus prejuicios.

Entraron en el salón.

—Me encantan los techos altos. Recién pintada y con algo de decoración, será la joya de la zona.

Lola anotó algo en su *tablet*. Se acercó a los grandes ventanales y apartó las cortinas.

—¡Mira qué luz natural! Los compradores la adoran. Con unos pequeños retoques, esta casa va a volar —aseguró sonriente.

Enfilaron el pasillo en dirección a la cocina.

La muchacha enderezó un par de cuadros torcidos y tocó un desconchado de la pared.

—Lo primero es la pintura. Algo en tonos claros. Blanco roto. Eso siempre da sensación de amplitud.

Biel estaba fascinado ante su optimismo. Donde otros verían ruinas, para ella eran oportunidades.

Elena descansaba en el taburete de siempre en la cocina, con el gato en su regazo. En los últimos días, el felino y la mujer se habían vuelto inseparables.

—Aquí está la verdadera estrella de la vivienda —dijo Lola, divertida—. ¿El gato viene incluido en la venta? Porque eso sí atraerá a muchos interesados.

Elena bajó el volumen de la televisión con el mando a distancia y examinó a la desconocida.

—Solo si el comprador sabe cocinar. No le gusta la comida en lata. —Abrazó al gato, protectora.

—Por supuesto —respondió Lola en tono serio y profesional—. Me aseguraré de que así sea.

Elena sonrió, se relajó y acarició al animal, que ronroneaba con satisfacción.

La agente inmobiliaria continuó su inspección. Abrió la puerta del cuartito que servía de despensa. El interruptor no funcionaba, igual que en más de la mitad de las habitaciones.

—Necesitamos un buen electricista que arregle la instalación.

Concluyeron el recorrido en la terraza trasera. Ese día el cielo estaba despejado. Lola entrecerró los ojos y evaluó el terreno, un espacio salvaje y descuidado donde la hierba crecía libremente entre los árboles y el limonero seco.

—Llamaremos a un jardinero que convierta esta jungla en un pequeño paraíso. —Hizo algunas fotos más y tomó notas con su bolígrafo electrónico—. Pintura, jardín, electricidad... Cosas básicas. Cuando la pongamos a punto, será un imán para inversores. Te lo prometo.

De regreso al interior, Lola bajó el tono de voz, como quien comparte un secreto.

—Aunque hay algo que debes saber. En el pueblo tienen una forma peculiar de llamar a esta casa.

Biel arqueó una ceja.

—¿Cómo la llaman?

Lola hizo un movimiento teatral, su expresión era mitad divertida, mitad seria.

—La casa de los lamentos. Por lo que pasó con aquella vecina.

—No murió aquí.

—Cuentan que su espíritu vaga por esta vivienda, esperando a su asesino para atormentarlo. Algunos aseguran que por las noches se oyen sus gritos.

Biel frunció el ceño.

—Las almas no regresan para atormentar a nadie.

Lola agitó la mano, restándole importancia.

—Ya sabes cómo son los pueblos pequeños. La gente inventa historias para darle emoción a sus vidas. Aunque podemos aprovechar la tontería para darle un toque de exclusividad. ¿Cuántas casas tienen una leyenda propia?

No estaba seguro de que eso atrajera a alguien, pero había gente con gustos curiosos y la amplia sonrisa de Lola desarmó la tensión que sentía.

—No te preocupes, Biel. Haremos que sea un lugar irresistible.

La muchacha tenía una habilidad especial para encontrar luz incluso en las sombras. Sin embargo, mientras ella enumeraba sus ideas, él no dejaba de pensar en el sobrenombre.

«La casa de los lamentos».

La leyenda no era tan infundada como Lola creía.

Esa casa estaba llena de historias, algunas de las cuales ni él mismo comprendía del todo. Debía encontrar el modo de entender a María, el espíritu que gritaba en silencio.

El atardecer envolvía a Collbató de misticismo, con los últimos rayos del sol dibujando sombras en las montañas de Montserrat.

Tras despedirse de Lola, Biel entró en el despacho del primer piso con una taza de café. La luz del ocaso iluminaba tenuemente la estancia.

Encontró al gato negro sobre el sillón de lectura, con la cabeza erguida, como si lo estuviera esperando.

—Hola, Ombra.

El felino inclinó la cabeza y bajó al suelo, acercándose a él con sus andares elegantes.

Se dejó caer en la butaca, agotado tras una larga jornada pasando consulta online. Sus pacientes lo necesitaban y había dedicado el día entero a llamar a muchos de ellos.

Y ahora, al caer la noche, empezaba su otro trabajo.

Oyó el pitido de su ordenador portátil. Una notificación iluminaba la pantalla. Su alumno lo esperaba.

Cuando superó los miedos de su infancia y entendió lo que significaban sus habilidades, se dio cuenta de la importancia de contar con apoyo para desarrollar todo el potencial que llevaba dentro. Su abuela materna fue sanadora y le guio en el proceso, pero lo que más lo empoderó fue rodearse de otras personas espirituales durante su adolescencia. Entonces supo que quería ayudar.

Un par de años atrás, había cumplido su sueño: fundó una escuela de mediumnidad, donde ejercía de coach espiritual y enseñaba a sus pupilos a canalizar sus dones.

No era solo un trabajo más. Era un propósito. Guiar a otros en un camino que no podían recorrer solos. Y, cuando un alumno se transformaba, se construía un nuevo puente entre lo terrenal y lo místico.

Biel inició la videollamada y Ombra saltó con agilidad sobre el escritorio.

—¿Qué es esa bola de pelo que tienes encima?

Álex tenía un humor oscuro y escasas habilidades sociales. No se lo reprochaba, porque pasaba más tiempo entre cadáveres que charlando con los vivos.

Forense de profesión y aprendiz de médium. En su morgue los muertos hablaban y él quería entenderlos.

Ombra desafió el comentario mordaz y se acomodó frente a la pantalla y el rostro anguloso de Álex, de ojos cansados y labios fruncidos. Las canas le hacían mayor de lo que era. Sentado en una habitación apenas iluminada, parecía más un espectro que un humano. Llevaba puesta una camiseta negra con un lema que encajaba perfectamente con su actitud: «Mejor en silencio que en mala compañía».

Biel desató las tapas de su libreta y pasó las páginas.

—¿Cómo ha ido esta semana en el trabajo?

—Mucho lío. Días de hasta cinco cuerpos. Pero solo dos me hablaron con claridad.

—Cuéntame cómo ayudaste.

—Le di la pista adecuada a Hernández, que resolvió un crimen pasional en tiempo récord, y una ricachona de Pedralbes ahora

duerme tranquila porque ha hecho las paces con el fantasma de su hermana.

Álex solía mostrar poca empatía hacia los vivos y también hacia los muertos. Pero, en realidad, tenía una sorprendente capacidad para interpretar las emociones humanas y una sensibilidad especial que lo conectaba con los espectros. Esa conexión tenía un precio: en su trabajo había muchos espíritus y todos lo buscaban atraídos por su energía. El murmullo constante de sus voces lo atormentaba día y noche.

De pronto, Biel sintió una presencia al otro lado del monitor, aunque no la veía.

Dio un trago a la taza aún caliente y apoyó los codos en el escritorio.

—¿Hubo alguna energía que no lograste canalizar?

—Varias. —Álex se rascó la incipiente barba—. Siento que algunos cuerpos vibran bajo mis manos. Un cosquilleo al abrirlos. Veo la causa de la muerte, pero sé que sus almas quieren contar su historia y no consigo oírlas.

—Sigues bloqueado… ¿Has practicado la meditación para conectar con tus guías espirituales?

Álex negó.

—Te ayudarán a descifrar los mensajes —insistió Biel.

—Hay algo que me impide concentrarme…

El forense desvió la mirada hacia un punto más alejado de la cámara de su ordenador y se removió inquieto. Algo inusual en él, que siempre se mostraba seguro, incluso en sus primeras sesiones con Biel, cuando aún no comprendía las señales que percibía en la morgue y que la ciencia no explicaba.

Biel permaneció en silencio. Muchos de sus alumnos acudían a él con dudas que no sabían expresar y Biel les guiaba con preguntas y ejercicios para entender qué ocurría. Sin embargo, Álex solía agobiarse con facilidad y se tomaba su tiempo antes de hablar.

La energía que Biel percibía se intensificó ligeramente.

—Hasta ahora, todas las presencias que he visto estaban en la morgue. Pero desde hace unos días… una me sigue a casa.

Álex volvió a desviar la mirada. Estaba preocupado.

El espectro no se mostraba ante Biel, solo ante el forense. Su mensaje iba dirigido a él.

—¿Pertenece a alguno de los cuerpos que has examinado?

—No. Aunque su rostro me resulta muy familiar.

Que lo viera con nitidez era un signo de que había avanzado mucho en su percepción del mundo espiritual, solo necesitaba saber lo que intentaba transmitirle.

—No habla ni muestra nada, solo me sigue y me observa todo el día.

—Quizá usa su propia imagen para comunicarse. Descríbelo.

—Cabello gris, grandes ojeras… y cojea. Esto último no sé si es porque se burla de mí.

—¿Cojeas?

Hacía unos meses que Álex había acudido a Biel para que fuese su coach espiritual. Y, a pesar de que ambos vivían en Barcelona, nunca se habían visto si no era a través de la pantalla.

—Hace años, un chaval se durmió al volante, su coche se pasó al carril contrario y lo embestí. Murió en el acto y a mí me quedaron secuelas en el nervio ciático.

—¿Podría ser él?

El forense lo miró confuso y negó.

—Ha pasado mucho tiempo. No recuerdo su cara. Pero tenía veinte años, este es mayor.

—Dime fecha y lugar del accidente.

Biel empezó a teclear en su ordenador la información que le daba Álex y no tardó en encontrar un periódico que se hizo eco de la noticia, con la imagen de los dos vehículos siniestrados y una foto del joven fallecido. Compartió el enlace con Álex.

—Es él —confirmó el hombre, contrariado.

—Se muestra con una apariencia similar a la tuya… Intenta decirte algo.

Álex se recostó en la silla con su particular gesto indiferente. Pero sus ojos revelaban el peso del descubrimiento. Aquella presencia le afectaba, aunque no lo admitiría.

Biel sabía que el forense necesitaba estar solo para procesar toda la información y abrirse al mensaje del espectro. Cerró el cuaderno

de notas.

—Practica la meditación. Respira y siente. Escucha y comprende.

Antes de terminar la sesión, Álex agregó algo más.

—Hubo otra conversación... Fue muy breve. Llevaba un limón en la mano y mencionó que la autopsia revelará la verdad. Vestía una especie de pijama marrón con un número en el pecho. Deduje que era el preso suicida que estudia mi compañero Ricard.

El corazón de Biel dio un vuelco y un torbellino de emociones lo sacudió.

—¿Murió en Lledoners?

Álex se encogió de hombros.

—No es mi paciente. Puedo preguntarlo…

No hacía falta. ¿Cuántos presos se suicidaban en la provincia de Barcelona?

—Es mi padre.

Biel vio la pregunta en el gesto del forense y explicó lo sucedido los últimos días. Álex escuchó la historia sin pestañear y añadió:

—Dijo algo más... que hablara con el niño. ¿Tiene sentido para ti?

Biel se quedó pensativo un instante, después negó.

Antes de finalizar la videollamada, le pidió que averiguara los detalles de la autopsia. No quería esperar a los largos plazos burocráticos. Necesitaba respuestas ya.

Cerró el portátil con un leve golpe. Sus pensamientos seguían enredados en la conversación, en una especie de caos que no sabía cómo ordenar. Apoyó los codos en la mesa y se frotó el rostro con las manos.

Entonces, un ruido sordo lo hizo alzar la cabeza.

Un crujido en el pasillo. Leve, casi imperceptible, pero suficiente para que su instinto se encendiera. Se puso de pie de inmediato y contuvo la respiración mientras avanzaba hacia la puerta.

Una suave corriente de aire frío se filtraba desde el final del pasillo. La ventana estaba abierta y la cortina ondulaba con el viento de la noche.

Quizá Lola se la había dejado abierta cuando inspeccionaba la vivienda.

La cerró y se dirigió de vuelta al despacho.

De repente, vio a María al otro lado del pasillo.

Pálida y con su boca abierta en un grito desgarrador y silencioso. Señaló la ventana con un dedo translúcido. Biel se giró. Estaba cerrada.

Sus labios se movían rápido, frenéticos, pero el silencio lo envolvía todo, pesado y opresivo.

Y luego, como si comprendiera que él no podía escucharla, antes de desaparecer, su grito mudo se convirtió en un aullido de horror que Biel sintió hasta en los huesos.

Dio un paso atrás, con el corazón acelerado, y contuvo el aliento, hasta que la atmósfera se volvió más liviana, aunque el tormento de aquella presencia siguió vibrando en su interior el resto de la noche.

7

Biel corría a un ritmo frenético.

El reloj marcaba 170 pulsaciones.

Y en cada respiración, su pecho ardía como si le faltara el aire.

Aunque, en realidad, se sentía más vivo que nunca.

Por los auriculares sonaba una canción de The Chemical Brothers y sus zapatillas golpeaban el suelo levantando una capa de tierra y polvo.

Recorría un camino que serpenteaba montaña arriba. Acababa de descubrir que le gustaba hacer deporte al amanecer cuando no había nadie en los senderos. En Barcelona, iba al gimnasio todas las mañanas, pero la cinta de correr no tenía nada que ver con el paisaje que se extendía frente a él.

Unos guijarros se desprendieron de una enorme pared vertical y los sorteó sin aminorar el ritmo. Al otro lado, el precipicio se perdía entre los pinos, donde una cabra desafiaba la gravedad sobre un estrecho peñasco.

175 pulsaciones.

La senda se adentraba entre los árboles un poco más adelante. Echó un último vistazo a la cima, coronada por dos gigantescas rocas apoyadas entre sí que formaban un agujero en el centro. Se dirigía a ese mirador.

En la arboleda, resbaló ligeramente con la hojarasca del suelo, pero recobró el equilibrio con rapidez y dos roedores que masticaban algo en el camino se escondieron cuando oyeron sus pisadas.

180 pulsaciones.

Llegó hasta otra pared de piedra con varias cadenas sujetas por argollas. Escaló la roca y, consciente del precipicio bajo sus pies, se concentró en mantener el equilibrio.

190 pulsaciones.

En la cima, se quitó los auriculares para disfrutar del canto de los pájaros y el susurro del viento. Allí arriba, el único sonido era el de la naturaleza que despertaba lentamente.

A lo lejos, en el centro del valle, se veía Collbató, sus casas con tejados rojizos, el campanario y la carretera que conducía a la autovía.

Tardó en normalizar su respiración.

120 pulsaciones.

Se secó el sudor del rostro y sintió frío bajo la camiseta húmeda. Buscó el sol, aunque aún no calentaba mucho, y se sentó en una roca para atarse bien una zapatilla.

De repente, entre las enormes piedras que formaban el mirador, apareció un chico de hombros anchos y piernas fuertes, con camiseta deportiva amarillo chillón y zapatillas a juego. Llevaba el cabello oscuro pegado a la frente y puso un gesto de sorpresa al encontrar compañía.

Marc Vidal.

El inspector caminó en su dirección, seguro de sí mismo, y Biel quedó atrapado en sus ojos. Oscuros, enigmáticos… y desafiantes. Había algo en él que le erizaba la piel.

La sombra que lo rodeaba era como un aviso. Resultaba más amenazante que el día que Marc estuvo en su casa. El instinto le gritó que se alejara del peligro y Biel desvió la mirada, incómodo con la avalancha de sensaciones.

—Iba a llamarte más tarde… Tengo el expediente de la investigación del asesinato de María Estrada y faltan algunos archivos. Creo que los quitaron adrede.

Biel recorrió los pocos metros que le separaban del inspector.

—¿Qué documentos?

—La grabación de los interrogatorios a los hijos de la víctima y también su transcripción. Lo declararon culpable porque los niños dijeron haber presenciado el crimen, pero, al sustraerlos, jamás se podrá revisar si realmente señalaron a Arnau. Tampoco si había alguien más.

Su tono y la forma en que lo miró dejaron claro, una vez más, que seguía desconfiando de su madre. Biel no tenía ganas de

enfrentarse al inspector y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—Sospecho de varias personas —aclaró Marc antes de que Biel se alejara—. La investigación que condenó a tu padre fue una chapuza.

—Así que has encontrado algo.

—Gerardo López, exmarido de María. Fue descartado por tener una coartada en Galicia. Aunque hay un dato que no se tuvo en cuenta en el juicio, tenía avión privado. Podría haber viajado, cometido el crimen y regresado a tiempo.

Una chicharra a lo lejos llenó el silencio entre los dos. Biel jugueteó con los auriculares entre los dedos, procesando las implicaciones que tenía aquel dato.

Recordaba al padre de Ian. Un tío violento, siempre con un ojo morado o el labio partido. Con una colección de coches caros que conducía su chófer. Cada dos por tres llegaba a casa de su exmujer, se encerraban en el sótano y gritaban durante horas.

—El inspector que llevó el caso murió hace dos años y el juez me ha autorizado a reabrirlo y a realizar nuevos interrogatorios. Mañana voy a Vigo, para ver a Gerardo —hizo una pausa antes de continuar —. A la vuelta, hablaré con tu madre.

—Déjala fuera de esto. Está enferma y no tuvo nada que ver — respondió mientras pasaba de largo.

Marc lo sujetó del brazo, con brusquedad.

—No puedes bloquear la investigación. Ella fue otra de las principales sospechosas.

Biel se soltó.

—No vas a cargarle la culpa. Se fue del pueblo antes del asesinato, me llevaba a mí y fuimos directos a Barcelona a casa de una amiga. Sigue viva, puedes preguntarle a ella.

—Mantenerla callada no es protegerla. Piensa en lo que significaría limpiar el nombre de Arnau, de Elena… de tu familia. Y no tienes elección.

—El juez ha denegado tu solicitud para hablar con ella. —Un leve cambio en la expresión de Marc bastó para que Biel supiera que tenía razón—. Si no, habrías ido directo a mi casa.

El inspector apretó los labios y tensó la mandíbula.

—Conseguiré la orden judicial.

Biel se enfadó por el desdén que percibió. Aunque no le dio tiempo a afrontarlo porque Marc ya corría sendero abajo.

—Gilipollas… —susurró Biel, mientras se colocaba los auriculares.

Emprendió el descenso y su mente hervía con el peso de las palabras del inspector. No obstante, se obligó a concentrarse en la carrera. Un paso en falso y podría lesionarse.

Pero la inquietud en su pecho no desapareció en toda la jornada.

«No todo lo enterrado está muerto», solía decir su abuela.

Y no se equivocaba.

8

El despacho de la casa de Arnau Ribera no era demasiado amplio. Las paredes, forradas con estanterías desde el suelo hasta el techo, estaban tan cargadas de cuadernos, fotografías y objetos varios que transmitían una sensación de claustrofobia.

Biel y Balaguer conversaban frente al escritorio, donde el abogado había esparcido varias carpetas con documentación.

Se encendió un cigarrillo y llenó la estancia de humo.

Biel abrió la ventana. Observó un momento a los jardineros que había enviado Lola. Podaban el limonero seco para darle una forma bonita. Se había negado a que lo arrancaran. Su padre solía cuidarlo y permanecería allí, como un elemento más del jardín donde había nacido, crecido y vivido.

Advirtió que en el patio trasero de la casa de María había otro limonero, aunque ese seguía dando frutos.

A su espalda, Balaguer maldijo. Después tosió y volvió a maldecir.

Se sentó frente a él, que buscaba algún papel entre las carpetas e iba dejando ceniza por todo el escritorio.

Desde el primer día, le había dado una mala impresión y, ahora que el inspector había dicho que su padre calificó de corrupto a su abogado, un temor se instaló en su pecho.

—¿Quién se encargó de la defensa de mi padre?

—Ramón Esteban. Un cabronazo sin escrúpulos que cogía los casos que nadie quería. Su último cliente fue tu padre. Después se jubiló. Por aquel entonces, yo acababa de salir de la carrera y estaba de becario en su bufete. Asistí a todas las sesiones del juicio a Arnau.

—¿Qué pruebas lo inculparon?

El abogado exhaló el humo.

—Esa tarde tu padre y María discutieron. Los vecinos aseguraron que los gritos se oían por toda la calle. Pero la prueba más

contundente fue la declaración del hijo mayor de la víctima, testigo del crimen.

Continuó rebuscando entre sus papeles, tirando más ceniza.

—Supongo que mi padre no se declaró culpable.

—Dijo que era inocente y que, en el momento del crimen, limpiaba su casa tras la fiesta de cumpleaños. Después testificó Elena, aseguró que ella se había ido del pueblo y no se pudo probar la coartada de Arnau.

Se tensó cuando el abogado mencionó a Elena.

—No sabía que interrogaron a mi madre.

—Primero los Mossos y después en el juicio.

Su madre lo sabía. Y jamás se lo contó. Biel creía que no había secretos entre ellos, pero se daba cuenta de que no era así.

—Todo apuntaba en su contra. Después se fugó a Costa Rica y, cuando regresó, le aplicaron la máxima condena.

El abogado dio una palmada sobre el escritorio con satisfacción al encontrar el documento que buscaba entre su desorden.

—Aquí está— dijo, con el cigarro atrapado entre los dientes.

Lo extendió y alisó una esquina doblada. Biel apenas lo vio, ni oyó el resto de la conversación de Balaguer.

Su mirada se perdió más allá del papel, más allá del despacho y más allá del presente.

Su madre le había mentido.

Sintió una punzada de rabia y tristeza al pensar que su vida se había construido sobre una imagen falsa. Su familia no fue lo que había creído. Sus padres guardaban secretos que ahora ya nadie podría desvelar y, a cada paso que daba, la verdad se hundía más en el hoyo del olvido.

El teléfono sonó justo cuando Biel vaciaba el cenicero desbordado.

Saludó a Lola mientras pasaba un trapo al escritorio donde había estado Balaguer.

—Tengo el número del pintor.

Biel buscó algo donde apuntar y tomó un cuaderno del montón de la mesa auxiliar. Estaba completamente escrito y no encontró

ninguna página en blanco. Así que anotó el número en una esquina.

Al colgar, sus ojos se fijaron en el texto. Leyó un par de renglones y se dio cuenta de que era una declaración de amor, escrita con trazo inseguro, como si cada palabra contuviera la urgencia de un sentimiento reprimido. Percibió un tono cargado de pasión, aunque también de arrepentimiento.

Revisó el resto de cuadernos amontonados. Había dado por hecho que serían anotaciones de trabajo y en realidad eran los diarios de su padre, repletos de sus experiencias y emociones.

Biel se sentó en el sillón junto al escritorio y abrió uno de ellos. Las primeras páginas databan de 1986 y hablaban de un fin de semana en Sitges con los amigos. Biel hizo cálculos, su padre tendría dieciocho años. Hacía alusiones a juegos en la playa, noches de fiesta y en cada página hablaba de una chica de la que no mencionaba el nombre, pero a la que llamaba «ELLA», en mayúsculas. No era la madre de Biel. Elena y Arnau se conocieron dos años antes de nacer Biel, lo suyo fue un flechazo y vivieron su historia de amor con intensidad y rapidez.

O eso es lo que le había contado Elena. Porque a estas alturas, no sabía qué había sido cierto.

Recordó las fotografías que había revelado unas noches antes. Un grupo de amigos sobre la arena. Arnau y María sonrientes. Estaba convencido de que «ELLA» era María.

Biel suspiró y cerró el diario. La vida de su padre era todo un misterio y, ahora que empezaba a desempolvar su pasado, quería limpiar su nombre, descubrir qué pasó. Arnau no fue ningún santo, aun así merecía que se supiera la verdad y se quedaría en Collbató hasta lograrlo.

Aunque no sabía ni por dónde empezar a investigar los hechos.

Se levantó y se acercó a la ventana. Afuera, el viento susurraba entre los árboles. El limonero seco, en medio de la explanada de césped recién cortado, parecía una figura espectral que lo observaba.

Bajó la mirada hacia el cuaderno que aún sostenía. Si su padre tenía tantos diarios, debió escribir muchos más durante los veinticinco años que estuvo preso. Sin embargo, en los objetos

personales que recuperó Balaguer de prisión, no había ninguno. Pero Biel no se fiaba del abogado.

Tuvo una idea: solicitaría una reunión con el director del centro penitenciario.

Abrió la pantalla de su portátil y buscó en el navegador. La información en la página oficial del *Departament de Justícia* de la *Generalitat de Catalunya* no era precisamente accesible. Le costó un buen rato y al fin dio con un documento que explicaba los pasos a seguir. El procedimiento formal se reducía a rellenar un formulario y enviarlo por correo electrónico. Luego, podían tardar hasta un mes en responder e incluso declinar la solicitud.

Aunque Biel intuía que su caso no era tan sencillo como rellenar un formulario y que la dirección de Lledoners lo recibiera con los brazos abiertos. Su padre había fallecido en su centro, aquello seguro que les acarreó una inspección y una sanción.

Respiró hondo y empezó a redactar el correo. Repasó cada palabra, siendo cuidadoso y pensando muy bien cada frase.

Después de enviarlo, permaneció frente a la pantalla, inmóvil durante unos segundos.

Quizá le pondrían trabas. Pero si la dirección de la prisión quería evitar un posible escándalo, aceptarían reunirse con el hijo del preso fallecido en extrañas circunstancias. Para dar su versión y zanjar el tema.

Solo podía esperar.

9

El timbre sonó justo cuando Biel se servía un café. Su madre, frente al televisor, veía una serie ambientada en un hospital que despertaba algunos recuerdos de sus años como enfermera.

Se dirigió a la puerta.

Estarían en Collbató más tiempo del previsto y necesitaba retomar su trabajo. Por ello, había contratado a una mujer que le ayudaría a cuidar de su madre. Le costó decidirse y, ahora, tenía la sensación de que ese día marcaría un cambio, aunque no estaba seguro de si sería para bien o para mal.

En el umbral, Clara Morales sonreía. Una mujer robusta, con el cabello negro recogido en un moño y arrugas en la frente. Llevaba un vestido azul de flores y varias piezas de bisutería, iba arreglada como si fuera a una feria de pueblo en lugar de a un trabajo. En una mano, sostenía una bolsa de tela y, en la otra, una caja de pastas caseras.

Una figura en la acera llamó la atención de Biel. El mismo hombre del bastón y la boina que los había observado días antes, quieto, sin molestarse en disimular su desaprobación. Le produjo un mal presentimiento, como si no solo los juzgara y esperara algo de ellos.

—Es Julián, el chiflado del pueblo —dijo Clara con un acento que aún conservaba la cadencia colombiana—. Siempre anda por ahí, mirando a todo el mundo con arrogancia.

Biel la apremió para que entrara. No le apetecía dar más espectáculo del necesario.

—¡Qué casa tan bonita! —exclamó mientras recorría el salón—. Le falta un toque de calidez, pero ya verá, con unas cortinas nuevas y un poco de vida, esto cambia.

La avalancha verbal de Clara era como un vendaval inesperado. Apenas había abierto la boca y ella ya inspeccionaba todo con una mirada entre crítica y maternal.

—Traje estas pastas, recién horneadas. Y el periódico, porque hay que estar informados. *La Bústia* lo dice todo, a veces más de lo que debería —rio, ofreciéndole la caja y el periódico.

—Gracias. —Señaló el pasillo—. Mi madre está en la cocina.

Una hora más tarde, en el despacho, Biel atendía a una paciente por videollamada.

Cuando comenzó su carrera como psicólogo, se especializó en terapia del duelo. El luto no era un problema a resolver, sino un compañero que se quedaba con uno el resto de su vida. Y él ayudaba a sus pacientes a transformar la pena en recuerdo.

—¿Cómo te has sentido desde la última vez que hablamos?

—Ya no tengo esa angustia... esa sensación de que me falta el aire al pensar en Manuel.

Laura hablaba tranquila. Su gesto era muy diferente al que mostraba semanas atrás cuando llegó a la consulta de Biel en Barcelona, con unas profundas ojeras, y sosteniendo un pañuelo arrugado que se llevaba al rostro cada pocos minutos. Desde que su esposo había fallecido en un accidente, su duelo había sido una espiral al abismo y acudió a Biel en busca de ayuda.

—Eso es un gran paso. ¿Qué te da esa paz?

—Hace unas noches soñé con él. Era tan real… Sostenía mi mano y decía que estaba en un lugar mejor.

La mujer desvió la mirada hacia algún punto de su habitación, rememorando el sueño. Y sonrió.

—Lo siento aquí —dijo, llevándose una mano al pecho—. Como si quisiera hablarme.

—Cuando el dolor se transforma, puede dejar una sensación de conexión.

Biel sintió una punzada de anticipación. Manuel no tardó en mostrarse. La primera vez que lo vio fue en la última sesión con Laura, en aquella ocasión prefirió no decirle nada a ella hasta valorar si estaba preparada.

—Tiene pensamientos suicidas —dijo, de pronto.

La revelación sorprendió a Biel. Laura no tenía el perfil de alguien que piensa en quitarse la vida. Aunque a veces, los que más decididos están son los que mejor lo esconden. Tenía que conseguir que se abriera.

—El subconsciente puede regalarnos momentos para ayudarnos a sanar. Hay quienes creen que esos sueños son algo más. Una visita, un mensaje. ¿Cómo te sentiste?

—Como si realmente hubiera estado allí conmigo. No fue una despedida, sino una... invitación. Está feliz. Y yo también quiero eso.

Laura jugueteó con el anillo de matrimonio que llevaba en una cadena de oro.

—Dile que mi paz depende de la suya —la voz ronca de Manuel estaba cargada de angustia—. Si muere, todo lo que fuimos, lo que compartimos, perecerá con ella.

Biel se apoyó en el escritorio y buscó su atención. Era difícil a través de la pantalla, pero consiguió que la mujer fijara sus ojos en los de él.

—Sueles contar que Manuel disfrutaba de la vida y te daba alas. Le gustaba viajar, bailar y fotografiar atardeceres.

Laura asintió. No se rompió como en sesiones anteriores. Biel supo que tenía la idea de suicidarse muy clara.

—¿Qué crees que desea para ti?

La mujer apretó los labios y, tras un momento en silencio, se quebró brevemente.

—Que viva y disfrute. —Secó una lágrima con el dedo—. Pero no sé cómo hacerlo sin él.

—No estás sola. Tienes recuerdos, planes… Si sigues adelante, puedes cumplirlos por los dos.

Ella sollozó y se disculpó para ir a por un pañuelo.

—En el cajón de la mesilla de noche guarda un bote de pastillas —dijo Manuel—. Quiere tomárselo entero esta noche.

Laura regresó en menos de un minuto. Sus ojos vidriosos auguraban un llanto seguro.

—Imagínate con él.

La mujer respiró hondo tratando de controlar el temblor de sus labios antes de seguir las indicaciones del terapeuta.

Biel consultó las anotaciones de las primeras sesiones con ella y se aclaró la voz para que su tono sonara suave y cálido.

—Como cada noche después de cenar, estáis en vuestra terraza, con una manta sobre las piernas y una infusión calentita. —Hablaba con una cadencia lenta—. Manuel saca el tema de vuestro próximo viaje. ¿Dónde iréis?

—Hace poco, mi cuñada visitó la Selva de Irati y nos enseñó fotos del bosque de hayas y abetos centenarios… Manuel quiere ir.

Biel escribió en su libreta y pidió a Laura que abriera los ojos.

—Hoy mismo, haz la maleta y ve a Navarra.

Ella negó.

—Consigue que te lo prometa —la presencia de Manuel miraba a su esposa con cariño—. Siempre cumple sus promesas.

—Por Manuel. Él deseaba ir, ¿no es así? —Biel hizo una pausa esperando a que ella asintiera y, cuando lo hizo, Laura compuso una mueca para contener el llanto—. Prométeme que saldrás hoy de viaje.

La mujer lo pensó y al final aceptó.

Quedaron que le llamaría desde Navarra si necesitaba hablar. Al despedirse, Laura seguía aferrada al pañuelo, aunque había un brillo en sus ojos que antes no estaba allí. Un atisbo de ilusión.

—Le has salvado la vida —dijo Manuel cuando Biel pulsó el botón de colgar.

La presencia del espíritu estaba en medio del despacho, alto, translúcido, con la mirada agradecida.

Biel inclinó la cabeza, él también se sentía satisfecho por haber reconducido la situación.

El reloj de la pared marcaba las once. Aún faltaba una hora para su próxima cita, así que decidió bajar a la cocina en busca de compañía.

El aroma a café recién hecho lo recibió al entrar, junto con el murmullo de la televisión y el sonido de los utensilios de cocina que Clara organizaba en el armario.

—Siéntese un rato con nosotras —dijo Clara, dejando el trapo de cocina para servirle una taza humeante—. ¿A qué se dedica?

Biel sonrió, intuyendo la reacción que su respuesta provocaría.

—Soy psicólogo… y médium.

Clara se llevó las manos al pecho y se santiguó con exageración

—¡Virgen Santa! Qué cosas tan modernas hacen ahora los jóvenes. Los muertos merecen respeto. Hay que dejarlos descansar en paz.

—Ellos vienen a mí para ayudar a sus seres queridos.

—¿Se le aparecen? —preguntó Clara con genuina curiosidad.

—Algo así.

Clara murmuró una breve letanía, mirando a Biel con cautela, y luego siguió limpiando.

—¡Ombra! —gritó Elena, sin apartar la vista del televisor. En ese momento, había un anuncio de comida para gatos—. Tendrá hambre. ¿Dónde se ha metido?

Se levantó apoyándose en la mesa, repleta de mapas, y se dirigió hacia el salón mientras llamaba al felino. Biel sonrió. La enfermedad no la había vencido del todo y continuaba pendiente del bienestar de los demás con la misma entrega de siempre.

A Clara se le resbaló un vaso y se hizo añicos. Biel hizo ademán de ayudarla a recoger, pero ella se lo impidió y lo obligó a sentarse de nuevo, mientras barría el estropicio. Era una mujer con mucho brío que aparentaba menos edad de la que en realidad tenía.

—En la entrevista me contó que se acordaba de mi madre cuando vivía aquí. ¿Cuántos años lleva en Collbató?

—Casi cincuenta. Llegué siendo muy niña. Aún no había mucha gente de mi tierra aquí. Iba a la escuela con su papá.

—Llegó a conocerlo bien, entonces.

Ella asintió y miró hacia el pasillo, asegurándose de que Elena no regresaba.

—Y jamás imaginé que fuera capaz de hacer lo que hizo… y menos a ella, con lo que la quería.

«Ella». Otra vez ese calificativo.

—¿A quién se refiere?

—A la Mari… María Estrada.

—¿Fueron pareja?

—Estaba muy enamorado, pero ella lo abandonó por el problemático de su marido. Le pegaba tantas palizas que en el

pueblo estábamos seguros de que la mataría. Fíjese, al final se divorció y la mató el que siempre la trató bien.

Dejó la escoba de golpe, lanzó una mirada rápida al pasillo y luego clavó los ojos en Biel.

—¿Por qué pregunta por ellos?

—Creo que mi padre no fue el asesino de María y alguien está tratando de borrar lo que pasó.

Clara se limpió las manos en el delantal y le sostuvo la mirada.

—Hay cosas en este pueblo que es mejor no remover.

—Hace veinticinco años alguien pensó como usted y por eso mi padre cumplió una condena injusta. Voy a limpiar su nombre.

La mujer apretó los labios.

—Si va a seguir con esto, tenga cuidado. No es el único que anda haciendo preguntas.

Clara sabía más de lo que decía. Biel trató de sacarle información, pero ella se negó en rotundo y se sumió en un silencio incómodo, hasta que Biel regresó a su despacho.

Esa noche, en la cama, su móvil vibró sobre la mesilla. Biel sintió que la sangre se le helaba en las venas. Un mensaje de un número desconocido.

«Deja de buscar respuestas. O terminarás como tu padre».

Alguien lo estaba vigilando.

Sabía de sus intenciones.

Y quería impedirlo.

10

El sonido metálico de la rampa del camión de transporte resonó en la calle cuando los operarios comenzaron a bajar la moto.

Biel observaba desde la acera, con los brazos cruzados. Había devuelto el coche de alquiler y gestionado el transporte de su Triumph desde Barcelona. Estaba deseando arrancarla.

—Una Thruxton. Bonita máquina. No ves muchas como esta por aquí.

La voz era grave y segura. Biel se encontró con un hombre alto, de complexión atlética, cabello canoso y ojos oscuros. Llevaba una chaqueta de cuero negro en una mano y un casco en la otra.

Le resultaba familiar, pero no recordaba en qué momento lo había visto antes. Pasaron varios segundos antes de que hiciera la conexión.

Samuel López. El hijo mayor de la mujer asesinada. Hermano de Ian.

—Has cambiado —comentó Samuel, con esa forma de mirar de quien intenta encajar el presente con el recuerdo.

No había rencor en su expresión. Al contrario, su sonrisa era casi… ¿encantadora?

—Tú también —respondió Biel, aún sin saber cómo interpretar la situación.

Samuel se acercó.

—No te imaginaba volviendo por aquí.

—Serán solo unos días. He venido a vender la casa.

Samuel inclinó la cabeza, como si la frase le divirtiera y tocó el asiento de la moto con los nudillos.

—Si te has traído a esta belleza, es que piensas quedarte más que solo unos días —Su sonrisa se amplió, aunque había algo en sus ojos que Biel no terminaba de descifrar—. ¿Es porque han reabierto la investigación?

Hubo un silencio tenso. Biel sintió un nudo en el estómago, pero se obligó a mantener la expresión neutra mientras asentía.

—¿Y tú? ¿Por qué has vuelto?

—Siempre paso los veranos aquí.

—¿Ian también ha venido?

Samuel frunció los labios y negó con un gesto contenido.

—No hablamos. Desde hace años. Sé que vive en Bilbao, es arquitecto, se casó y tiene mellizas.

Después, deslizó un dedo por el manillar de la moto antes de levantar la vista otra vez.

—Podríamos hacer algo juntos y ponernos al día.

Biel abrió los ojos con asombro y se señaló a sí mismo.

—¿Quieres ponerte al día conmigo?

—¿Por qué no? —Samuel se encogió de hombros—. El pasado es solo eso, pasado.

Parecía una frase inofensiva.

Y, sin saber por qué, Biel aceptó y quedaron en verse.

Observó a Samuel mientras se dirigía a su casa y, en el último momento antes de entrar por la puerta, este se giró, sorprendió a Biel mirándole y sonrió. Parecía un gesto forzado. Aun así, Biel le devolvió la sonrisa.

Cuando los operarios se fueron, arrancó la Triumph y la moto se puso en marcha con un ronroneo grave y profundo. La vibración bajo su cuerpo era hipnótica, como un pulso que sentía hasta el pecho y liberaba adrenalina. Se ajustó el casco, se abrochó la chaqueta con las protecciones y aceleró. El motor bramó en pequeños estallidos salvajes, pero discretos y elegantes.

Mientras recorría la serpenteante calzada que bordeaba el pueblo, pensó en el encuentro con Samuel.

Había algo demasiado casual en su tono. Como si lo sucedido resultara irrelevante. Biel se había sentido incómodo, aquella conversación tenía muchas capas que aún no podía ver.

El rugido grave de la Triumph contra el viento rompió el silencio del valle e interrumpió sus pensamientos. Biel mantenía las manos firmes en el manillar y el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, en una pose en la que conductor y motocicleta parecían solo uno.

Volcó su peso hacia la derecha al tomar una curva cerrada y aceleró en la siguiente recta. La carretera se deslizaba bajo las ruedas y el peligro de la velocidad lo mantenía alerta.

La luz del sol de primera hora de la tarde se colaba entre los picos de Montserrat. La cordillera se alzaba como una fortaleza de piedra y sus cimas redondeadas recortaban el cielo.

Detuvo la moto al borde de la carretera y apagó el motor. Aún sentado sobre ella, se quitó el casco y lo apoyó en el tanque cromado. Frente a él, el valle estaba cubierto por los pinos y Collbató destacaba como una isla edificada en medio del océano verde.

Inhaló profundamente el aire puro de la montaña y cerró los ojos.

Aguzó el oído y percibió el canto de los pájaros, los coches en la autovía cercana y el viento que descendía de la montaña.

Sobre la moto, era libre y feliz.

A mitad de la tarde, regresó a casa.

La puerta del garaje estaba abierta. Le diría a Clara que tuviera más cuidado y cerrase puertas y ventanas.

De pronto, se sintió observado. Aunque no vio a nadie.

A veces, tenía esa sensación en el momento previo a que se le apareciera algún espíritu. Esperó… y no ocurrió nada.

Había estado despistado todo el día. La amenaza recibida en el móvil la noche anterior le estaba afectando. Al quedarse y tratar de investigar lo sucedido, había cruzado una línea invisible.

Y ya no había vuelta atrás.

Consultó el teléfono mientras entraba en casa y vio la notificación de un correo electrónico.

Le habían aceptado la reunión en Lledoners.

Hablaría con el director de la prisión donde su padre pasó gran parte de su vida. Trataron de silenciarlo encerrándolo allí, pero Biel esperaba encontrar su voz entre esos muros.

11

La reja electrificada se cerró con un golpe seco. Biel tragó saliva.

El control de acceso al centro penitenciario de Lledoners había sido riguroso. Revisión de identidad, escaneo de objetos personales y un detector de metales que había pitado ante la simple presencia de su hebilla. La mirada fría de los guardias acompañaba a la burocracia implacable.

Ahora, avanzaba por los pasillos de la prisión y a cada paso notaba cómo la opresión en su pecho aumentaba. Su padre vivió entre esos muros y su asesino quizá siguiera ahí.

El ambiente olía a desinfectante y solo se oía sus pisadas y las del guardia que lo guiaba.

El funcionario se detuvo frente a una puerta de madera maciza y golpeó dos veces.

El despacho de Jordi Capdevila, director de Lledoners, era sorprendentemente acogedor en contraste con la frialdad institucional que reinaba afuera. Luz cálida, dos sillones de cuero frente al escritorio y una planta de interior junto a la ventana abierta, por donde entraba el aire del campo.

En una esquina de la estancia, una mesa infantil, donde un niño dibujaba con pinturas de colores.

El pequeño saludó a Biel con la manita y volvió a su dibujo.

Era un espíritu. La mesita se difuminaba en el ambiente.

El director terminó de colocar una carpeta numerada en la estantería y se acercó para estrechar su mano.

—Bienvenido.

De mediana edad, con el cabello entrecano y gafas de montura fina, le indicó que tomara asiento.

—No suelo reunirme con los familiares de los reclusos. Pero he hecho una excepción. Apreciaba a tu padre. Era un hombre excepcional.

Biel se encogió de hombros y se apoyó en el respaldo.

—No lo conocí bien. Perdimos el contacto cuando yo era muy pequeño.

Jordi asintió y la tristeza veló sus ojos por un instante.

Al niño se le cayó una pintura de las manos. Biel desvió la mirada hacia él.

—Arnau tenía un gran carisma. La gente lo escuchaba. ¿Sabías que daba clases de literatura a sus compañeros? Era un lector voraz. Y escribía mucho. Siempre con su cuaderno a todas partes.

—Por eso estoy aquí. En casa he encontrado algunos de sus diarios. Leerlos me sirve para comprender quién fue. Y quería solicitar que me entreguéis los que escribió estando preso.

—No encontramos ninguno en su celda —y ante el gesto de sorpresa de Biel, añadió—: A mí también me extrañó.

—Alguien los robó.

—O él los escondió.

—Mi padre sabía que alguien quería matarle.

Jordi apartó la mirada.

—Prefiero no hablar de eso. Hay una investigación abierta.

—¿Crees que mi padre fue el asesino de María Estrada? —Biel fue directo, no quería darle la opción de eludir el tema.

El hombre suspiró y tomó su bolígrafo, girándolo entre los dedos antes de responder.

—Si te soy sincero, no. No tenía el perfil de los criminales que hay aquí. Y hablaba tan bien de esa mujer. Seguía enamorado de ella.

Biel enarcó las cejas.

—¿Por qué hablaba de María con el director de la prisión?

—Fue el preso que más años pasó aquí. Era muy proactivo. A veces lo recibía en este despacho para organizar alguna actividad. Y acabamos siendo amigos. Nos unía la tristeza de haber perdido un hijo… No del mismo modo, pero… esas cosas unen.

El silencio se espesó en la sala. El espíritu del niño se levantó y abrazó a su padre. El hombre sonrió cabizbajo. Probablemente, la sutil energía de aquel contacto despertó algún bonito recuerdo. El pequeño corrió de vuelta a la mesa repleta de folios coloreados.

—Es una lástima que no conocieras mejor a tu padre.

—Por eso busco sus cuadernos.

El director se reclinó en su silla y entornó los ojos.

—Si de verdad quieres saber más, deberías hablar con alguien que estuvo muy cerca de él. Un preso. Se hace llamar El Niño.

Biel contuvo el aliento un instante. Su padre, en su visión, le había dicho a Álex: «Habla con el niño». Ahora, ese nombre volvía a aparecer. No podía ser una coincidencia.

—Fue su mejor amigo aquí dentro. Tendrá más anécdotas de las que yo podría contarte.

El teléfono móvil del alcaide sonó y con un gesto indicó a Biel que debía responder. Saludó a su interlocutor y salió del despacho.

—Te pareces mucho a él —dijo la presencia del niño.

Biel lo miró sin entender qué quería decir. El pequeño hizo un gesto con la mano como si fuera evidente su respuesta.

—A tu papá. Venía mucho por aquí. Me gustaba, era un buen amigo para mi papi. No como el otro.

—¿De quién hablas?

—Un señor con cara de enfadado que asustaba a mi papi cada vez que venía. Solía hablar del tuyo, quería hacerle daño.

A Biel le dio un vuelco el corazón. Quizá era el asesino de Arnau.

—¿Sabes cómo se llama?

El pequeño negó, pero no pudo pedirle que lo describiera con más detalle porque el director entró en el despacho.

Ese hombre sabía que alguien amenazaba la vida de su padre.

Sintió un retumbar en su cabeza y a duras penas memorizó el proceso para solicitar una visita que el alcaide le explicó.

Cuando cruzó de nuevo la reja de salida, permaneció un rato observando el penal.

El Niño.

Esa era la pista clave.

Regresó a Collbató, con el viento golpeándole el pecho y el rugido del motor como acompañante.

Al llegar a su casa, se quitó el casco mientras esperaba a que la verja se abriera. El nuevo sistema de apertura automático iba más lento de lo deseado.

De repente, un coche se detuvo de forma brusca a unos metros. Marc Vidal salió como un resorte y avanzó hacia él con el rostro encendido de rabia.

—¿Qué estabas haciendo en la cárcel? —le increpó sin preámbulos.

Biel soltó el aire con fastidio.

—No es asunto tuyo.

—Un compañero me ha dicho que te has reunido con el director. Sé que era amigo de tu padre, pero se mostró reacio a colaborar cuando fui a verle.

—Si escucharas en lugar de acusar, quizá obtendrías respuestas.

Marc chasqueó la lengua.

—Tramas algo. Tal vez, ¿para proteger a tu madre?

Biel sintió la furia arder en su pecho.

—Crees que todo gira alrededor de tu maldita versión de los hechos. ¿No puedes ver más allá de tus prejuicios?

—Destaparé la verdad.

—Eso espero, inspector, que hagas tu trabajo.

Marc lo señaló, amenazante, con la ira contrayendo su expresión. Y, sin decir nada más, giró sobre sus talones y se metió en el coche dando un portazo.

Samuel, con su chaqueta de cuero negro y su presencia imponente, se acercó a Biel con paso lento y cargado de intención.

—Ese inspector es un gilipollas —soltó sin preámbulos.

Biel suspiró.

—Lo tengo claro.

Samuel miró la carretera por donde se había ido Marc a toda velocidad.

—Está revolucionando al pueblo con sus interrogatorios. Quiere colgarse una medalla y no duda en avasallar para que los vecinos digan lo que desea oír. Por lo que sé, la tiene tomada con tu madre.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Las palabras de Samuel reafirmaban su temor sobre las intenciones del inspector.

Samuel se subió a la Harley aparcada en la acera y Biel observó las luces traseras de la moto perderse calle abajo, mientras la inquietud le oprimía el pecho.

Aquel inspector estaba decidido a encontrar indicios que inculparan a su madre.

Y si los encontraba, no sabría protegerla.

12

Una mujer de rostro amable, apoyada sobre un bastón, sonreía con timidez en la puerta.

—Soy Rosa. No me recuerdas porque eras solo un bebé cuando conocí a tu madre. Me he enterado de que Elena está en el pueblo y quería saludarla.

Biel la invitó a pasar.

—Quizá ella tampoco te recuerde. Padece Alzheimer. Pero siempre se alegra de recibir visitas.

Enfilaron el pasillo. Rosa cojeaba de una pierna y avanzaba a paso lento, mientras admiraba el buen estado de la vivienda.

—Los pintores la han dejado como nueva —explicó Biel.

Entraron en la cocina. Elena, sentada frente a la mesa, daba vueltas a un plano de Collbató. Biel le había comprado mapas nuevos, ahora que vivirían un tiempo en el pueblo.

—Elena, qué alegría reencontrarnos —su voz era clara y sosegada y el rostro de Elena se iluminó.

Se abrazaron y, al separarse, Rosa la cogió de las manos con afecto.

—He venido a pasar el verano con mi hija. Me han dicho que estabais aquí y quería verte.

Biel ayudó a Rosa a sentarse en una de las sillas. Después se apartó para preparar café, mientras escuchaba que la mujer relataba algunos momentos compartidos. Elena asentía de vez en cuando. Aunque no la reconocía, se mostró muy cómoda en su compañía.

Biel dispuso tres tazas sobre la mesa.

—Tu madre cuidó de mi padre cuando sufrió el ictus —añadió Rosa, con un deje de emoción—. En aquella época, las ayudas eran escasas y ella fue su salvación.

Elena le regaló una sonrisa amable. Biel advirtió que su madre estaba feliz. La visita le había venido bien a su humor.

Rosa se dirigió a Biel con complicidad y contó que su padre perdió la capacidad de valerse por sí mismo. Elena acudía cada día para revisar la medicación y atenderlo en todo lo que fuera posible.

—Siempre te llevaba en brazos… y mírate ahora, cuidando tú de ella.

—Ha dedicado su vida a ayudar a los demás. Es el momento de atenderla a ella.

Rosa asintió y bebió de la taza.

—Era muy generosa. No aceptaba que le pagara. Yo me sentía en deuda con ella y solía venir todas las tardes a tomar café y conversar. Parecía tan sola…

Elena, todavía con las manos entrelazadas con las de Rosa, desvió la mirada y su expresión se ensombreció un poco, como si un recuerdo sobreviviera al olvido. Biel sintió un nudo en la garganta al imaginar a su madre sola, cargando con responsabilidades que tal vez la superaban.

—Si quieres, puedo venir más veces —propuso Rosa—. Me gustaría intentar que recuerde lo positivo. Por lo menos, lo que podamos rescatar.

Le pareció una gran idea y, mientras se despedía, Rosa prometió a Elena que volvería pronto.

Biel la acompañó a la puerta.

—Eras la alegría de tu madre. Solo contigo se le veía feliz. Sufría porque quería rescatar una relación que no funcionaba. Decía que, si él cambiaba, todo podría ir mejor. Pero las últimas semanas que estuvo aquí, parecía frustrada, como si cada día se convenciese más de que sus esfuerzos no servían de nada.

Biel sintió que cada palabra trazaba una imagen más definida de esa historia que nunca llegó a conocer en detalle: su madre luchó por mantener a flote un matrimonio que la fue consumiendo con los años, hasta convertirla en una mujer amargada.

No le sorprendía que el rencor la empujara a borrar a su padre de sus vidas y a guardar silencio sobre todo lo relacionado con él. Tampoco le extrañaba que la casa, donde tanto lloró, despertara sus instintos más oscuros, aunque velados por la enfermedad.

Lo que sí le inquietaba era esa aparente satisfacción ante la muerte de Arnau y, sobre todo, de María. No sabía si su madre conocía el romance que tuvieron de adolescentes, aun así, después llegaron a ser íntimas amigas. ¿Existía algún motivo para esa reacción?

La enfermedad disfrazaba sus emociones, pero Biel intuía que su madre recordaba más de lo que expresaba. Tal vez había razones ocultas que la llevaron a no lamentar esas pérdidas. A cada nueva revelación, se volvía más evidente que había una parte de la historia capaz de cambiarlo todo.

El silencio denso de la noche apenas era interrumpido por el sonido ocasional de algún vehículo en la calle. Biel rebuscaba entre las diferentes cajas de almacenaje que había en el despacho de su padre. A estas alturas, tenía claro que había mil secretos guardados en la casa y quería descubrirlos todos.

La luz de la lámpara proyectaba sombras alargadas en las paredes. Ombra lo observaba tumbado en el sillón orejero. Si el gato hubiera habitado la casa veinticinco años atrás, Biel hubiera jurado que el sillón estaba allí para él.

El reloj sonó en la pared. Medianoche. Se pasó una mano por el rostro, cansado.

—La última y lo dejo por hoy —murmuró.

Cogió una de las cajas de plástico y la puso sobre el escritorio. Pesaba poco, no tardaría mucho en analizar su contenido.

Solo había un pequeño paquete envuelto en una tela fina y amarillenta. Al tacto, se notaba que dentro había algo rígido.

Desenrolló la tela y dejó al descubierto un fajo de postales sin dirección y sin matasellos. Eran antiguas, con los bordes algo gastados. No había nada escrito en ellas, pero cuando deslizó un dedo sobre la superficie trasera, sintió un relieve apenas perceptible. Puso una de ellas a la altura de sus ojos, se intuían unos trazos, aunque de ser así, la tinta se había borrado.

Imposible.

A no ser…

Recordó que su padre le enseñó que el zumo de limón se empleaba como tinta invisible que solo podía leerse al aplicar calor.

Encendió una de las velas que usaba durante sus meditaciones y pasó con cuidado una de las postales sobre la llama. Poco a poco, las letras fueron emergiendo del vacío blanco. Su pulso se aceleró. Era la caligrafía de su padre.

«Pienso en ti a cada instante. No puedo seguir con esta farsa. Necesito verte».

El corazón de Biel dio un vuelco. La segunda postal reveló una escritura distinta, delicada, diría que femenina.

«Él nos ha descubierto y ella pronto lo sabrá».

Eran cartas de amor, mensajes breves y secretos. Su padre tenía una amante. Y Biel tuvo la certeza de que esa amante era María, su amor de juventud.

Todo encajaba.

El director de la cárcel dijo que hablaba de ella con cariño.

Porque nunca dejó de amarla.

María había sido la mejor amiga de su madre, pero Elena empezó a odiarla.

Porque los había descubierto.

Cada nueva postal era una puñalada más profunda. Frases cargadas de pasión, de miedo. De un amor prohibido entre su padre y la vecina. De la traición a Elena.

Entonces, un sonido desgarrador atravesó la habitación. Un alarido que no pertenecía a este mundo. Tan potente y tan agudo que se cubrió los oídos tratando de protegerse.

María apareció frente a Biel y el aire de la habitación se cargó de energía, chispas de electricidad iluminaban las sombras.

Ahora que María había conseguido hacerse oír, Biel se dio cuenta de que no era un grito de dolor, sino un lamento de pena.

Una visión lo golpeó con la fuerza de una tormenta.

El pasillo en penumbras.

El sonido de una discusión ahogada detrás de una puerta entreabierta.

Elena, con el rostro descompuesto por la ira y enfrentándose a María. Arnau, con los ojos hinchados de desesperación. Ian y

Samuel, acurrucados en la habitación, temblando, suplicando.

De repente, las sombras lo envolvieron todo. Biel no veía nada, aunque escuchaba los chillidos, los lloros, las súplicas. Hasta que un fuerte golpe apagó los gritos y solo quedó el silencio absoluto.

La noche del crimen. Estaba seguro de que ese fue el momento exacto en el que María murió.

Poco a poco, Biel recuperó la vista y el oído. Le costó más tiempo normalizar la respiración acelerada.

Un nuevo grito lo alertó. Esta vez, venía del piso de abajo.

Corrió hacia las escaleras. La casa parecía más oscura de lo habitual, más fría. Tropezó en el último peldaño, pero se incorporó de inmediato.

Su madre estaba en el suelo de la cocina, encorvada y sollozando con las manos en el rostro.

—¡Mamá! ¿Qué pasa?

Al cogerle las manos, vio la sangre en sus dedos.

Biel buscó la herida. Se había golpeado en la cabeza. Pensó que se había resbalado. Aunque parecía aterrada, temblaba, su respiración era errática y tenía los ojos desorbitados.

Cogió un trapo limpio, se arrodilló junto a ella y presionó la herida. Elena gemía, temblorosa.

—Ha estado aquí… —susurró, con la voz quebrada.

—¿Quién? ¿Ha entrado alguien? ¿Te han atacado?

Elena asintió y se echó a llorar.

La puerta que daba a la terraza trasera estaba abierta.

Hizo ademán de levantarse en busca del intruso, pero su madre se aferraba con fuerza a su camiseta y le suplicaba que no la dejase.

—Tranquila. Ya estás a salvo —murmuró Biel, abrazándola.

Elena gemía contra su pecho. Su cabello estaba empapado de sudor y su piel helada.

Con una mano libre, Biel sacó el teléfono de su bolsillo y marcó el número de emergencias.

—Necesito una ambulancia y a la policía. Han asaltado mi casa y mi madre está herida.

Biel respondió las preguntas del operador y de pronto vio, a pocos metros de ellos, en el suelo, un trozo de papel arrugado y roto, con

una de las esquinas manchada de sangre.

Con cuidado, extendió la mano y tomó la nota escrita a ordenador.

«Entierra a tu padre y lárgate de aquí. O será tu madre a la que veas entre rejas y después colgada».

Biel tragó saliva. Sus ojos recorrieron el mensaje una y otra vez.

—Mierda… —susurró.

Llevaba días en alerta, desde que recibió la primera amenaza. Estaba preparado para protegerse, pero no para esto.

Apretó los puños, conteniendo la rabia que le quemaba en el pecho. Habían agredido a su madre y no consentiría que le pasara nada grave.

La policía y la ambulancia llegarían pronto. Haría lo que debía: dar su testimonio y colaborar. Sin embargo, algo cambió dentro de él. No podía ignorarlo.

Hasta ese instante, creyó que investigar lo que estaba pasando era una elección personal, algo que podía detener si lo deseaba. Pero ya no había marcha atrás. Lo que empezó como una búsqueda de respuestas, ahora era también una cuestión de justicia.

Mientras sostenía a su madre sollozando entre sus brazos, supo que no bastaba con limpiar el nombre de su familia. Necesitaba encontrar al responsable, al que llevaba tanto tiempo haciéndoles daño en la sombra.

Si intentaba asustarlo, había cometido un error.

No iba a retroceder.

Estaba decidido a llegar hasta el final.

Aunque tuviera que remover verdades incómodas que algunos preferirían dejar enterradas.

Segunda parte

La noticia

Biel atendió el teléfono.

—Dime, Álex.

—Tengo los resultados definitivos de la autopsia de tu padre.

—Supongo que confirma lo que ya sabíamos.

—Sí, cuando lo colgaron ya estaba muerto.

—¿Cómo lo hicieron?

—Asfixia. Había unas marcas que no corresponden a la cuerda con la que apareció ahorcado.

—¿Habéis encontrado algo en el cuerpo que señale a un culpable?

—Quien lo hizo es fuerte. Y meticuloso. Se tomó su tiempo en que pareciera un suicidio. Pero ahora le toca a la policía hacer su trabajo. Ricard entregará el informe a los Mossos esta tarde.

—Con mi padre, la policía nunca ha hecho su trabajo…o hay alguien detrás interesado en que no lo haga.

—Biel…

—Voy a descubrir quién lo hizo.

13

Tras el ataque a Elena, las amenazas recibidas y el informe forense que confirmaba que Arnau había sido asesinado, los Mossos d'Esquadra establecieron un operativo de vigilancia frente a la casa de los Ribera.

Una semana apostados al otro lado de la calle con un coche sin distintivos.

Cada vez que salía, Biel sentía sus miradas tras el parabrisas, una presencia distante, pero constante.

En casa se respiraba un miedo contenido. Clara solía observar el coche policial a través de los ventanales del salón, murmuraba en voz baja y se santiguaba. Y su madre apenas hablaba, se refugiaba en su habitación y evitaba la cocina, donde la habían asaltado. Tanto la policía como Biel habían intentado que describiera al intruso, aunque solo obtenían frases inconexas y ninguna pista.

Los días pasaron y no hubo movimientos sospechosos ni aparecieron más notas anónimas. El caso parecía haberse enfriado, al menos para las autoridades. Cuando Biel recibió la noticia de que el operativo sería cancelado, se enfadó. Oficialmente, estaban a salvo. Extraoficialmente, la sensación de peligro seguía incrustada en su piel.

Ese día, Biel pasó largos ratos controlando la calle desde las ventanas del primer piso. Según avanzaba la tarde, el cielo se cubrió de nubarrones y, al anochecer, empezó a llover.

Se asomó una última vez, antes de bajar a cenar. Gruesas gotas repiqueteaban contra el cristal. Un vehículo pasó por delante de la casa y sus faros iluminaron un coche estacionado que llamó su atención.

Estaba justo donde habían aparcado los policías esa semana.

Sin embargo, no eran los Mossos.

Alguien los acechaba.

Biel sintió un vuelco en el pecho, aunque decidió afrontar su miedo y averiguar quién estaba detrás de aquella ventanilla.

Buscó con la mirada por la habitación algo con lo que defenderse y cogió un abrecartas, consciente de lo ridículo que resultaba, pero no tenía otra arma.

Sin pensarlo dos veces, abrió la puerta y se aventuró bajo la lluvia, cruzando la calle con paso firme. No se dio cuenta de lo intenso que era el aguacero hasta que lo empapó en pocos segundos.

Antes de que llegara al vehículo, el cristal bajó y apareció el rostro de Marc en la penumbra del habitáculo, con el gesto severo y la mandíbula tensa.

—Deberías ser más discreto —dijo el inspector.

Biel soltó el aire, un poco aliviado.

—Pensé que la vigilancia había terminado.

—Según mi jefe, ya no hay amenaza. Pero no estoy convencido.

Biel, con los brazos cruzados para protegerse del frío y del agua que calaba su ropa, ocultó el abrecartas.

—Así que has decidido vigilar mi casa por tu cuenta.

—Tu casa no, a los que merodean la calle —replicó Marc, mirándolo con fijeza.

Había algo en la forma en que el inspector hablaba que no le cuadraba, como si supiera más de lo que decía. Sin embargo, su presencia lo tranquilizó. Biel también intuía que el peligro no había pasado. Y agradeció su guardia.

—No tiene sentido que sigas bajo la tormenta —comentó Biel, intentando hablar por encima del ruido de la lluvia contra la carrocería—. Entra en mi casa.

—No estoy aquí para socializar.

—Y yo no estoy aquí para convencerte. Aunque dudo que distingas a ningún intruso a través de esta cortina de agua.

Marc no respondió enseguida. Miró al frente. Al cabo de unos instantes, accedió con una leve inclinación de cabeza y salió del coche.

Entraron en la casa, dejando atrás el estruendo del temporal. En el recibidor, se descalzaron, mientras el agua chorreaba de su ropa y

se formaba un pequeño charco. Entonces, Biel miró de reojo la sombra que siempre acompañaba a Marc. Era perturbadora.

El inspector observó alrededor, fijándose en cada detalle, la puerta, las ventanas, la escalera que subía al piso de arriba… Después se quedó de pie en mitad del salón, como un extraño en un territorio hostil.

Biel llegó con toallas y un par de camisetas.

Marc secó su cabello con ímpetu. Después, se desabrochó la camisa, bajo la atenta mirada de Biel, que al darse cuenta de que se había quedado pasmado con el inspector, se sonrojó y se dio la vuelta. Maldijo para sus adentros, mientras se quitaba la camiseta empapada. Ese hombre despertaba en él todo tipo de contradicciones.

De pronto, percibió un roce en el bolsillo trasero de su pantalón. Al girarse, Marc sostenía el abrecartas.

—¿Ibas a atacarme con esto?

—Por suerte, no eres ningún asesino —contestó Biel, encogiéndose de hombros.

—¿Qué hubieras hecho si llego a serlo?

—Clavarlo en tu ojo.

Marc soltó una carcajada desenfadada y Biel se quedó prendado de nuevo. Observó la sonrisa perfecta, el brillo en sus ojos y las gotas que resbalaban por su torso desnudo. Se sorprendió pensando que, de no disgustarle tanto la forma de ser del inspector, se sentiría atraído por él. Notó que Marc también lo miraba de forma intensa, una mezcla de curiosidad y tensión que quedó suspendida entre los dos.

La nebulosa negra a su espalda se expandió hasta rozarlos. Biel retrocedió y sintió cómo el ambiente se cargaba de un modo inquietante. Marc apretó los labios y desvió la mirada.

La magia se quebró de golpe y ambos se vistieron, con una incomodidad casi palpable.

Ya cambiados, se dirigieron a la cocina, donde Biel sacó dos platos y sirvió las sobras recalentadas de la comida.

—No es un banquete, pero sabe bien. Clara es buena cocinera. —Colocó un plato frente a Marc, invitándole a sentarse. Al ver la duda

en su gesto, añadió—: Sigues sin confiar en mí.

—No confío en nadie. No en este asunto.

Biel lo comprendía. Y también lo agradecía. Quizá al fin alguien se tomaba en serio el caso.

Observó de reojo la sombra. Había encogido adoptando su tamaño habitual. Aunque seguía siendo inquietante. Biel nunca había visto algo así. No comprendía aquella energía tan oscura y pesada.

Marc se sentó y lo miró a los ojos y Biel, incómodo, bajó la mirada hacia su plato.

—¿Cómo fue el interrogatorio con Gerardo López?

—Ya sabes que no voy a decirte nada relacionado con la investigación.

Biel torció el gesto y continuó centrado en su comida.

Marc masticó lentamente antes de añadir:

—Lo único que te diré, es que creo que seguís en peligro. Quien atacó a tu madre y dejó el mensaje, es alguien que lleva veinticinco años ocultando la verdad. No se va a rendir por cuatro policías que han estado una semana en la puerta.

El escalofrío que recorrió la columna de Biel no fue sutil.

—¿Tienes algún sospechoso?

Negó. Aunque Biel no supo si era porque no tenía más información o porque no revelaría ningún avance.

De pronto, un sonido seco en la terraza trasera los puso en alerta. Un golpe leve, lo bastante claro como para que ambos intercambiaran una mirada rápida.

Marc se levantó de inmediato y llevó la mano a su arma reglamentaria. Avanzó con sigilo hacia la puerta y se detuvo un instante, escuchando. Otro golpe, más suave esta vez. La respiración de Biel se entrecortó.

El inspector alzó un dedo, para que permaneciera quieto y en silencio. Abrió la puerta de un tirón y apuntó con su arma.

Entonces, el gato irrumpió en la cocina, cruzó a toda velocidad y desapareció por el pasillo, dejando un rastro de agua tras de sí.

—Ombra —señaló Biel y relajó los hombros.

Marc chasqueó la lengua, guardó el arma y volvió a sentarse a la mesa.

—En el pueblo hablan de ti —dijo, de pronto.

—Supongo que el hijo de un asesino debe haber dado para mucha especulación.

El inspector sonrió de medio lado.

—Me refiero a tu profesión. Dicen que eres psicólogo. Y que también eres médium.

—Por cómo lo dices, juraría que no crees en el mundo de los espíritus.

El inspector asintió. Biel se acercó al armario y sacó dos vasos.

—Hay mucho escéptico, aunque la ciencia ha avanzado y la sociedad está cada vez más concienciada. ¿Sabes que hay investigaciones policiales que recurren a médiums para esclarecer crímenes y encontrar cuerpos desaparecidos?

Marc levantó la vista.

—Eso suena a cosas de la tele.

—Porque no lo has vivido. A veces, los muertos tienen más que decirnos de lo que imaginamos.

Marc se mantuvo firme, con la expresión inalterable. Biel desvió su atención una fracción de segundo hacia la sombra a su espalda.

—Ningún juez aceptaría como prueba algo que haya salido de un fantasma.

Biel no se inmutó ante el tono sarcástico y giró el tenedor en el plato para atrapar un espagueti.

—¿Cómo te afecta todo esto? —preguntó Marc, cambiando de tema. Esta vez no hablaba como policía, sino como alguien dispuesto a escuchar.

A Biel le pilló por sorpresa, aunque necesitaba hablar de lo que sentía para aliviar el peso que llevaba encima.

—Descubrir la historia de mi padre lo ha cambiado todo. Me ha agotado. Y a mi madre le está costando adaptarse a este lugar.

—A mi madre le ocurría igual —dijo, tras un momento—. Las personas con su enfermedad no aceptan los cambios. Encontrarás las rutinas que le van bien.

Se observaron un segundo y continuaron la cena en un silencio que, lejos de tensar el ambiente, reforzaba su complicidad.

Biel notó de nuevo la sombra detrás de Marc. Esta vez no percibió ninguna amenaza. Era como si estuviera esperando algo que aún no entendía.

Entonces, la madre de Biel entró en la cocina, en camisón y con el cabello revuelto.

—Él nunca quiso matarla —susurró—. Pero yo sí.

Marc se puso de pie de inmediato.

—¿A quién se refiere?

Biel corrió hacia su madre, sujetándola por los hombros.

—Mamá, tranquila. Vuelve a la cama.

Ella se apartó, con una energía inusual. Perdida en algún punto del pasado, en recuerdos oscuros que ahora salían a la superficie.

—Yo sí quise matarla —repitió con la voz rota.

Marc avanzó un paso, su expresión se había endurecido.

—¿A quién? Necesito que me lo diga.

—¡Basta! —gritó Biel, girándose hacia Marc que frunció el ceño.

—Esto es importante.

—Ya te dije que no hablará sin una orden judicial. Y, si aún no la has conseguido, supongo que será porque el juez no ve claro que interrogues a una persona con demencia.

Los dos se enfrentaron en un silencio cargado de electricidad. Marc apretó los dientes y, finalmente, dio un paso atrás y salió de la cocina. Su sombra, aquella presencia que siempre lo acechaba, lo siguió cuando cruzó la puerta.

Elena seguía murmurando palabras inconexas. Biel la rodeó con un abrazo y la guio de regreso a su habitación. Ambos temblaban. Ella, sumida en un desvarío que no cesaba, y él, con el temor de que esas frases fragmentadas fueran más reales de lo que quería admitir.

14

Había salido temprano de Collbató.

Al llegar a la nacional en dirección a Manresa, la majestuosa silueta de Montserrat se desvaneció en el retrovisor de la moto y el paisaje cambió. El encanto agreste de la montaña dio paso a un terreno abierto, con campos pajizos y polígonos industriales dispersos.

Era la primera vez que no se abandonaba a la sensación de libertad al sentir el viento contra el cuerpo y la vibración bajo sus piernas. La incertidumbre le pesaba en el pecho.

Bordeó Manresa mientras el tráfico matutino se hacía más denso. La torre de vigilancia de la prisión se perfiló en la distancia.

Dos días antes, había recibido el correo electrónico en el que le comunicaban la fecha de visita. Desde entonces, había estado dándole vueltas y era frustrante que aún no supiera con exactitud qué deseaba preguntarle al que fue amigo de su padre.

No era un simple encuentro. Era un paso más en la búsqueda de respuestas.

Redujo la velocidad al acercarse a los bloques de hormigón rodeados de alambradas. El aparcamiento estaba mucho más concurrido que el día que se reunió con el director.

Se mezcló con la comitiva de visitantes que se dirigían hacia la entrada, con gestos de resignación y tristeza.

Igual que la primera vez, el proceso de ingreso fue lento y burocrático. Y, durante todo el rato, soportó el escrutinio de un funcionario que parecía disfrutar demorándolo. Después, lo pasaron a una sala de paredes blancas con mesas atornilladas al suelo y sillas de plástico, donde los familiares iban ocupando las mesas vacías.

Biel se acercó a una junto a la ventana. A través de las rejas se veía el campo yermo.

Y entonces, la puerta al fondo de la sala se abrió.

El primer preso que entró tenía la piel curtida y la mirada afilada de alguien que había visto demasiado. Llevaba el uniforme reglamentario y se movía con la confianza de quien conoce las reglas del juego. Avanzó escoltado por un guardia, que le indicó con la mano la mesa de Biel.

En su expresión, una mezcla de nostalgia y melancolía.

—El hijo de Ribera. —Se detuvo junto a Biel, que se levantó para saludarle—. Joder, sois idénticos.

Se observaron el uno al otro con curiosidad. El Niño ahora debía tener más o menos cincuenta años. Había leído su historia. De origen colombiano. Llegó a ser uno de los mayores narcotraficantes de España cuando aún no contaba con la mayoría de edad.

—Decía que lo único que lamentaba en la vida era no haber sido un buen padre —continuó El Niño, sentándose.

Biel esbozó una sonrisa torcida y no supo qué responder. El hombre debió notar la contradicción en su rostro y añadió:

—Tomó malas decisiones y la vida no le dio la oportunidad de enmendarse.

Su padre no había sido un santo, pero Biel también pensaba que era mejor persona que lo que se recordaba de él.

—Por eso estoy aquí. Quiero conocer al hombre que fue. Sé que escribía diarios, aunque los guardias no han encontrado ninguno. ¿Sabes si los escondía o se deshizo de ellos?

—Tenía la celda llena de cuadernos. La noche que lo mataron alguien se los llevó.

A Biel no se le escapó que El Niño sabía que no había sido un suicidio. El preso miró de reojo a los guardias del fondo de la sala, se incorporó hacia delante y bajó la voz:

—Ribera sabía que iban a por él. Días antes de morir, me entregó uno y me dijo que, si le pasaba algo, te lo diera.

Su pulso se aceleró.

—¿Dónde está?

—En consigna —respondió el preso y se recostó de nuevo en la silla—. Hablé con los funcionarios y aceptaron que lo recogieras antes de irte.

—¿Lo has leído?

—Está lleno de dibujos. Playas paradisíacas, muchachas en pareo… No hay nada escrito. Quizá tú le encuentres sentido. —Se encogió de hombros—. Había cosas que no nos contábamos. Aquí dentro y con los palos que nos ha dado la vida, uno no puede fiarse de nadie por completo.

Biel tenía muchas preguntas, y había una en concreto que no conseguía apartar de su mente.

—¿Sabes quién lo mató?

El Niño suspiró.

—Gerardo se la tenía jurada.

—¿Gerardo López? ¿El exmarido de María?

Asintió.

—Tu padre y yo teníamos el mismo enemigo. Mis negocios le hacían competencia a Gerardo y me envió a este agujero. Pero Ribera le quitó lo que más quería. Su María. Poco antes de que fuera libre, encargó su muerte.

Biel se quedó helado.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—No tengo pruebas, pero estoy convencido de que fue él. Aunque nunca se sabrá, tiene amigos entre los polis.

A Biel se le ocurrió una posibilidad.

—¿Crees que fue Gerardo quien asesinó a María e inculpó a mi padre?

El Niño lo observó con los brazos cruzados, pensativo.

—No sé si mató a su exmujer, la quería demasiado. Aunque sí lo veo capaz de aprovechar la situación para meter en prisión a Ribera.

—Descubriré la verdad para limpiar su nombre.

—Mucha suerte, chico. Porque lo vas a tener difícil.

Biel le estrechó la mano y le agradeció todo lo que le había contado.

—¿Necesitas algo del exterior? ¿Libros, periódicos, algo que haga tu estancia más llevadera?

—Tu padre era el que leía. A mí me van más otros placeres. No me vendría mal un extra de tabaco.

Antes de irse, Biel se dirigió a la zona de consignas. Un funcionario le entregó un cuaderno dentro de una bolsa de plástico transparente.

Cuando lo sostuvo entre las manos, sintió que pesaba más de lo que parecía.

Lo que fuera que su padre había dejado allí dentro, era importante.

Al llegar a casa, Biel encontró a su madre en la cocina. Clara leía el periódico a su lado, mientras Rosa contaba alguna de sus anécdotas. Elena asentía distraída con una media sonrisa.

Esa mañana, ya había salido de su habitación. Clara, con la constancia que la caracterizaba, llevaba días animándola a moverse por la casa, aunque no había querido volver a pisar la cocina. Sin embargo, la compañía de Rosa había marcado la diferencia, al recordarle las tartas que cocinaban juntas allí mismo, años atrás. La mezcla de rutina y recuerdos había surtido efecto.

Biel dejó el casco y la chaqueta en la entrada, subió al piso de arriba y se encerró en el despacho a estudiar el cuaderno.

Como había dicho el preso, estaba lleno de dibujos. Montañas, ríos, selvas…

No obstante, algo llamó su atención: tenía las primeras páginas en blanco. Entonces, le vino a la mente el montón de postales con tinta invisible que había encontrado hacía poco.

Arrastró la lámpara de escritorio hasta tenerla justo delante y acercó el diario. Las palabras comenzaron a emerger lentamente sobre el papel.

«López me confesó en Costa Rica que mató a María. Lo hubiera ahogado en aquel preciso momento. Ella no se merecía morir, merecía vivir. Era alegría, era vida, era luz. Y él la apagó. Si no lo maté, fue porque me retenían las esposas de la policía. El cabrón me encontró, se rio en mi cara y después me entregó.»

Tuvo que volver a leerlo. No había duda. Su padre señalaba a Gerardo como el asesino.

Cogió el teléfono y buscó el número del inspector Vidal, aunque se detuvo antes de pulsar la tecla de llamada.

El Niño había dicho que Gerardo López tenía amigos entre los policías.

¿Sería Marc uno de ellos? Parecía íntegro, pero… ¿y si no lo era?

Por eso alargó la vigilancia, para tenerle controlado.

Por eso insistía en culpar a su madre, para desviar la atención.

Por eso se enfadaba con Biel por investigar, porque temía que descubriera la verdad.

Dejó el teléfono sobre el escritorio con gesto tenso. Antes de informar a los Mossos sobre la revelación de su padre, necesitaba tiempo para observar, atar cabos y confirmar si el inspector era aliado o enemigo.

Si había una verdad oculta, pensaba encontrarla antes de cometer otro error.

15

El aire fresco de la mañana se colaba entre los árboles, cargado con el aroma a tierra húmeda y pino. El Monasterio de Montserrat se alzaba a lo lejos, imponente ante los primeros rayos de sol del día. Biel aceleró el paso. Sus zapatillas golpeaban el suelo y en sus auriculares sonaba *To the moon and back*, de Boris Brejcha.

Correr le servía para ordenar sus pensamientos.

Le estaba costando mucho no llamar a la policía para informar de que Gerardo López confesó a Arnau que mató a María Estrada. El cuaderno de su padre no serviría de nada sin pruebas. Además, el informe que se elaboró hacía veinticinco años, decía que los hijos de María presenciaron el crimen e inculparon a Arnau Ribera. Si su padre contó la verdad en su diario, entonces los que mintieron fueron los niños. O quizá no lo vieron, sino que oyeron algo e interpretaron mal la situación. Marc Vidal confirmó que la transcripción de sus interrogatorios había desaparecido y el inspector encargado del caso ya había muerto, así que no había forma de averiguar qué vieron con exactitud.

Aunque el instinto le decía a Biel que si destapaba quién asesinó a su padre en prisión, encontraría la pista necesaria para incriminar a Gerardo.

En los últimos días, su insomnio se había agravado y empleaba las horas en vela leyendo los diarios de su padre, gracias a los cuales había descubierto gran parte de su vida. Arnau y María habían sido novios en la adolescencia. Luego ella se alejó, empezó a salir con Gerardo, un tipo peligroso. Arnau nunca superó ver a María en brazos de otro hombre y se fue de Collbató unos años, viajando por medio mundo. Cuando regresó, ya estaba casada, con un hijo, y maquillaba su rostro más de la cuenta para ocultar unos moratones que todo el pueblo sabía que estaban ahí. Entonces, tenía un romance con alguien llamado Pipe, al que dejó al volver Arnau, su

amor de juventud. Por lo que leyó en un diario, al tal Pipe no le hizo ninguna gracia. ¿Quién demonios era?

Cuanto más se adentraba en la vida de Arnau y María, más intrincado se volvía todo, más sospechosos salían y más confundido estaba.

La pendiente se tornó más empinada y sintió el familiar ardor en los muslos. Esquivó una gran piedra en medio del camino y bajó el ritmo al llegar a la carretera asfaltada.

Entró en el pueblo, que comenzaba a despertar. Las persianas subían y algunos coches recorrían las calles. Tras una pequeña cuesta de adoquines, atravesó la plaza principal, casi vacía, salvo por una figura que movía las mesas y sillas de una terraza.

Una chica morena, delgada, con un moño alto y la camisa remangada. Era Lola, la joven de la inmobiliaria. Biel se acercó a saludar mientras ella colocaba la terraza del bar con movimientos rápidos y seguros.

—¿También trabajas aquí? —preguntó Biel, deteniéndose a su lado.

Se giró, sin dejar de acomodar las sillas.

—Estoy ahorrando. No pienso quedarme en este pueblo toda la vida. Me iré a Londres. O Berlín. O donde sea.

Biel la ayudó a mover una mesa.

—¿No te gusta Collbató?

—Es bonito, pero pequeño. Todo el mundo conoce la vida de los demás y, sin embargo, hay demasiados secretos —dijo, y le guiñó un ojo antes de volver al trabajo.

Biel retomó su camino.

Secretos.

Collbató estaba lleno de ellos.

Y él estaba justo en el centro.

Cuando entró en casa, lo recibió un murmullo de voces en la cocina. Se detuvo en el umbral. Su madre y Clara estaban sentadas a la mesa. Frente a ellas, un hombre que Biel no había visto antes. Alto, delgado, con la piel oscura. Se levantó en cuanto Biel entró.

—Le presento a mi primo Jacobo —dijo Clara.

El hombre extendió la mano. Biel se la estrechó con cautela. Tenía una piel áspera y dedos huesudos.

Junto a él, había una presencia: otro hombre, de semblante severo. Llevaba la ropa mojada y los mechones de pelo se le pegaban a la frente y goteaban sobre su rostro lívido.

—He oído que eres psicólogo —Jacobo tenía un leve acento colombiano, idéntico al de Clara.

Biel asintió, y Jacobo miró a su prima un instante antes de añadir, en un tono más bajo e inseguro:

—Y que tienes… dones especiales.

Biel observó de reojo a la presencia, sospechaba que Jacobo estaba allí por él.

—Necesito tu ayuda. Algo me atormenta.

—Me ducho y bajo. Hablaremos en mi despacho.

Veinte minutos después, Biel abrió su libreta junto a una taza de café humeante. Jacobo parecía aún más tenso que antes y el espíritu que le seguía permanecía a su espalda, con gesto desafiante y las gotas de agua resbalando por su frente.

Animó a Jacobo a explicar lo que le preocupaba y el colombiano se miró las manos mientras entrelazaba los dedos, como si buscara las palabras exactas.

—Hay algo en mi cabeza… —murmuró.

Biel apoyó los codos en la mesa.

—Explícate.

Jacobo respiró hondo y se inclinó hacia adelante.

—Desde hace meses… escucho una voz.

En su expresión detectó el mismo terror que había visto en otros pacientes que comenzaban a oír voces, muchas veces sin saber que estaban desarrollando el don de la clarividencia.

—¿Cómo es?

—Distorsionada. Como si alguien hablara desde el otro lado de un muro. Y siempre dice lo mismo. —Jacobo imitó la voz cavernosa que escuchaba—: ¿Por qué me mataste?

Biel dejó un largo silencio. Cuando habló, lo hizo muy suavemente.

—¿Y mataste a alguien, Jacobo? —preguntó con calma.

Jacobo no contestó de inmediato. Se frotó las palmas contra los muslos, como si tratara de deshacerse de algo.

—No. Pero vi morir a alguien.

Biel tomó un sorbo de café y dejó que la pausa lo obligara a continuar.

—Fue hace diez años —su rostro se contrajo ante el recuerdo—. En Medellín. Un tipo al que conocía terminó con un disparo en la cabeza, justo delante de mí. No hice nada. No lo ayudé. Me quedé congelado, mientras tiraban su cuerpo al río.

—¿Escuchas la voz desde entonces?

Jacobo negó.

—Comenzó hace un año. En sueños. Luego, en cualquier momento del día. A veces… lo veo. Al principio solo en lugares oscuros, ahora incluso a plena luz del día.

Sus nudillos estaban blancos de tanto apretar los puños.

—Me recetaron ansiolíticos y no sirvieron. Esto no es estrés ni una pesadilla. Es real. No sabía a quién acudir y Clara me habló de ti.

Biel miró al espíritu a su lado. Seguía sin decir nada. Intuía que ese espectro sabía que Jacobo podía oírle y esperaba el momento adecuado para hablar. Aunque, primero, el colombiano debía dejar de lado su miedo y estar dispuesto a escuchar.

—Dime una cosa, ¿esa persona que murió, tenía motivos para buscarte?

Jacobo tragó saliva.

—No lo sé.

—Piénsalo bien.

Se pasó la lengua por los labios resecos antes de hablar.

—Le debía dinero y no perdonaba una deuda. Pero cuando lo mataron… lo vi en sus ojos. No era rabia. Ni miedo. Era una pregunta. Como si no entendiera por qué estaba muriendo.

—¿Quién disparó?

—No los conocía. Un auto negro se detuvo, dos tipos bajaron y uno disparó. Luego lo tiraron al río. Yo estaba en shock.

—¿Lo denunciaste?

Jacobo rio con amargura.

—¿En Medellín? Nadie denuncia nada.

Biel tamborileó sobre el escritorio, pensativo.

—Vamos a hacer una regresión leve. No es hipnosis, solo una relajación profunda. Quiero que abras tu mente para poder escuchar qué quiere decirte la voz que te habla.

Jacobo se removió en la silla, incómodo. Pero accedió.

Biel adoptó un tono pausado.

—Concéntrate en tu respiración.

Jacobo cerró los ojos y Biel le guio hasta que observó cómo sus hombros se relajaban.

—Ahora vuelve a esa noche. Medellín. La calle. Escuchas el motor del coche. Cuéntame qué ves.

Jacobo respiró más rápido y empezó a detallar la escena: los dos hombres que mataron a la víctima por la espalda, su última mirada llena de preguntas sin respuesta, el pánico que sintió él, la impotencia al ver cómo se hundía el cuerpo en el río, cómo buscó testigos cuando se quedó solo…

De pronto, el espíritu le habló.

—No hiciste nada.

Jacobo se encogió en la silla. Biel pensó que abriría los ojos y terminaría la sesión, aunque para su sorpresa, respondió a la presencia.

—Tenía miedo de que me mataran. Después, cuando se fueron, temí que me culparan y me metieran en prisión. La cárcel allí es peor que la muerte. Por eso hui y no dije nada.

El hombre temblaba; aun así, permaneció con los ojos cerrados, como si al fin hubiera encontrado el coraje para enfrentarse al trauma. El espíritu continuó.

—Mi mujer estaba embarazada de mi hijo. El niño cree que les abandoné. Tienes que contarles la verdad, yo nunca los habría dejado atrás.

Jacobo se mantuvo en silencio un largo rato.

—Mi prima sigue siendo amiga de Isabel. Puedo llamarla —contestó al fin.

—Hazlo —suplicó el espectro—, diles que los amaba.

Jacobo abrió los ojos despacio y se secó una lágrima con el dedo.

—Gracias —susurró con la voz ronca.

Se despidieron con un abrazo. Jacobo seguía conmocionado, pero sonreía.

Biel sabía que lo volvería a ver. Ahora que se había atrevido a escuchar, seguramente empezaría a percibir otras presencias. Entonces, lo buscaría. Varios de sus alumnos de la escuela de mediumnidad empezaron a través de un trauma.

Observó el despacho. Si empezaba a tratar a gente del pueblo, compraría un diván.

No había nadie en la cocina. Clara y su madre habían salido a dar su paseo matutino.

Preparó la cafetera y, mientras esperaba a que saliera el café, abrió el periódico que Clara había dejado doblado sobre la mesa.

Leyó los titulares de la portada. Nada fuera de lo común. Una intervención de los Mossos en un pueblo vecino, un evento en el monasterio, la inauguración de un edificio público por parte del alcalde…

Entonces, algo llamó su atención.

El nombre estaba ahí, en negritas: Pipe Vidal, alcalde de Collbató. «Pipe». Poco común para que hubiese más de uno en un pueblo tan pequeño. Tenía que ser el amante de María del que hablaba Arnau en su diario.

Hizo la conexión de inmediato. No era un nombre cualquiera. No era un desconocido. Era el alcalde del pueblo. Un hombre con poder, con influencia sobre la policía.

En la noticia se mencionaba que llevaba treinta años en el puesto. Cuando María lo dejó por Arnau, Pipe ya ocupaba el cargo. ¿Y si no aceptó la traición sin consecuencias?

Biel miró la foto del político en blanco y negro. Su mente planteaba infinidad de teorías.

Hablaría con él.

Estaba seguro de que no le faltaba mucho para llegar al fondo. Pero no tuvo en cuenta que, si hay un político implicado, las cosas rara vez salen como uno espera.

16

—El alcalde está ocupado y no recibe visitas —dijo la secretaria sin levantar la vista de la pantalla.

Tecleaba en su ordenador y sus uñas, de manicura perfecta, golpeaban el teclado con energía. Se ajustó las gafas con un movimiento crispado y continuó sin prestarle atención, invitándole a marcharse.

Biel plantó los codos sobre el mostrador y se inclinó hacia ella.

—Dile que le busca el hijo de Arnau Ribera.

La mujer alzó la vista y abrió los ojos. Ocurría a menudo. Cuando un vecino conocía su identidad, lo miraban con temor, como si fuera un criminal en potencia. Su apellido pesaba en aquel pueblo como una losa.

—¿De «ese» Ribera?

—El mismo.

La secretaria se levantó, dio un paso atrás y se alisó la falda. Salió por la puerta lateral.

Biel permaneció de pie en medio de la recepción. Las paredes, antiguamente blancas, habían adquirido un tono grisáceo que delataba décadas de abandono. Un par de plantas agonizaban en una esquina y el fluorescente sobre su cabeza emitía un suave zumbido.

Un funcionario cruzó el vestíbulo y lo miró de reojo.

La puerta se abrió y la secretaria señaló el pasillo.

—Puedes pasar.

La mujer lo acompañó. Las puertas de los diferentes despachos estaban cerradas. Detrás de algunas se oía el murmullo de las conversaciones telefónicas y, de fondo, una voz masculina hablaba a gritos.

Llegaron al final del pasillo, de donde procedían los gritos, y la secretaria dio dos golpecitos antes de entrar.

Pipe estaba de pie junto a la ventana, móvil en mano, con el ceño fruncido. Colgó sin despedirse de su interlocutor, se acercó decidido al escritorio y se acomodó en su sillón de cuero, desabrochándose el botón de la americana. Sacudió la mano para que su secretaria los dejara solos.

Biel se sentó frente a él, aunque el político no le invitó a hacerlo.

En los estantes junto a la mesa, había muchas fotografías del alcalde con varios futbolistas famosos. Una bufanda del Barça coronaba todos aquellos trofeos.

El teléfono de Pipe vibró.

—Había oído que el hijo de Ribera estaba en Collbató —dijo mientras tecleaba en su móvil—. Tu madre también, ¿verdad? Me han dicho que se le ha ido la cabeza.

—Ahorrémonos la charla trivial —cortó Biel—. Estoy aquí porque sé que tuviste una relación con María Estrada.

Pipe lo observó unos instantes y después se encogió de hombros.

—Tuvimos un lío. ¿Y qué? Solía buscar en otros lo que no le daba su marido.

—Te dejó por mi padre y te lo tomaste bastante mal. Cuando mataron a María, ya eras alcalde. Un cargo con influencia. Y la investigación que metió a mi padre en la cárcel fue un despropósito lleno de errores y omisiones… No lo digo yo, lo dice el juez que ha ordenado reabrir el caso.

El hombre resopló y soltó el teléfono.

—Si quieres saber quién mató a tu padre, no fui yo, chaval. Ribera era un gilipollas y mucha gente se la tenía jurada.

—Que no fue un suicidio sigue siendo secreto de sumario… Tienes amigos entre los polis.

Se le borró el gesto de superioridad.

—Esto es un pueblo, todo el mundo sabe ya que lo mataron. —Se frotó la cara con ambas manos y apoyó los codos sobre el escritorio —. Me jodió que me dejara. No es fácil que alguien pase de ti por un amor de juventud. Pero eso no significa que yo la matara. Y tampoco a él.

—¿De quién sospechas? —preguntó Biel, sin disimular que sabía que tenía contactos.

Pipe miró por la ventana antes de responder.

—Gerardo.

De nuevo, alguien señalaba al exmarido de la víctima. Sin embargo, los Mossos creyeron su coartada y Marc aún no lo había metido entre rejas, por lo tanto, tampoco había encontrado nada.

—Su mujer le puso los cuernos. Un hombre como él no perdona algo así.

—A ti no te ha pasado nada.

—Lo mío no lo supo. Fue un rollo pasajero. Aunque Ribera era distinto, María lo amaba de verdad, algo que Gerardo no logró jamás.

La expresión del alcalde indicaba que no estaba improvisando, aunque Biel no sabía si contaba la verdad. Era un político al cargo desde hacía casi treinta años, habituado a la mentira.

—Hubo irregularidades en la investigación del asesinato de María.

—Gerardo es uno de los mayores narcotraficantes de nuestro país. No lo sería sin amistades entre los policías. El caso debía cerrarse rápido y lo consiguieron.

Biel era consciente de que, sin pruebas, no servía de nada la confesión en el diario de su padre o las sospechas de Pipe y El Niño. Todos apuntaban en la misma dirección, pero necesitaba encontrar indicios reales para que los Mossos lo tomara en serio o se quedaría en una simple conjetura.

Aunque no daba con el hilo correcto del que tirar para desenredar todo.

Se dispuso a marcharse, pero se detuvo ante una fotografía sobre una mesa auxiliar. Un joven con expresión seria y traje oscuro. Lo reconoció de inmediato.

El inspector Marc Vidal.

El alcalde y el inspector compartían apellido. Sin embargo, no había pensado que fueran familia.

—¿Tu hijo?

El alcalde levantó la mirada de su teléfono con el ceño fruncido. Observó brevemente la foto que Biel señalaba, asintió y volvió a teclear en su móvil.

Biel comprendió de golpe muchas cosas y la actitud de Marc cobró sentido.

Hasta el momento, había creído que Marc buscaba un nuevo culpable para colgarse una medalla y ascender en su puesto de trabajo.

Ahora sabía por qué insistía en inculpar a su madre.

Quería desviar la atención de su propio padre. El alcalde. Un político influyente que tuvo un romance con la víctima y que odiaba a Arnau.

El inspector tenía todo a su alcance para saber la verdad… y enterrarla.

Biel haría lo que fuera por proteger a su madre. ¿Qué haría Marc por salvar a su padre?

No se fiaba de aquel político ni del inspector. Tanto el padre como el hijo parecían capaces de traicionarlo… igual que hicieron con Arnau.

Salió del ayuntamiento hecho una furia. Había encontrado respuestas. No las que esperaba, sino otras mucho más esclarecedoras.

17

Biel salió de casa al amanecer. La calle estaba completamente en silencio. Configuró el pulsómetro en el modo carrera, colocó los auriculares alrededor del cuello y realizó algunos estiramientos de piernas.

A los pocos minutos, llegó Samuel trotando desde la esquina. Intercambiaron un par de frases breves y comenzaron a correr.

La tarde anterior, Biel recibió un mensaje de Samuel. Al principio, dudó en quedar con él, pero tenía la intención de reconstruir el tiempo que habían estado sin verse. Quería preguntarle por la fatídica noche, necesitaba que le contara qué vio, qué escuchó, qué calló durante todos esos años. Aunque sabía que no le diría nada hasta ganarse su confianza. Compartir momentos juntos, podría unirlos y abrir una puerta que lo acercara a la verdad.

La ruta los llevó por calles empedradas y avenidas bordeadas de casas antiguas, con las contraventanas aún cerradas. El sol, apenas visible en el horizonte, comenzaba a teñir de luz tenue la fachada de los edificios. A esa hora, el aire era fresco y algo húmedo.

El ritmo se ajustó con naturalidad, como si hubieran hecho aquello muchas veces antes. Corrían en silencio, entre el ruido de las zancadas y la respiración acelerada. Salieron del pueblo y el paisaje se volvió más agreste. La carretera dio paso a una senda de tierra rodeada de pinos, donde el olor a resina se mezclaba con el de la vegetación. Las ramas crujían bajo sus pasos y varios pájaros alzaron el vuelo.

Media hora después, se detuvieron a descansar en uno de los miradores de la montaña.

Biel apoyó las manos en las caderas y bajó la cabeza, regulando la respiración. Samuel se sentó en una roca plana y admiró las vistas al valle. A lo lejos, se oyó un coche subiendo por la carretera y el canto aislado de un pájaro.

Poco a poco, recuperaron el aliento y alternaron comentarios sobre su vida actual con recuerdos de tiempos remotos. Samuel relató con naturalidad las vueltas que había dado desde que dejó el pueblo. Biel escuchaba con atención y notó que, en ciertos momentos, el relato de Samuel se volvía impreciso. Algunas frases quedaban a medias, otras se desviaban hacia temas sin importancia. No era evasivo, aunque sí selectivo.

Biel aprovechó el ambiente relajado para introducir el tema que quería abordar.

—¿Dónde fuisteis Ian y tú tras la muerte de vuestra madre?

Samuel tardó un segundo en responder.

—A Vigo, con mi padre —dijo, luego su voz se tornó más áspera —. No tardé en largarme a Madrid.

—¿No tienes relación con él?

La mirada de Samuel se perdió unos instantes en el horizonte. Después de una pausa breve, respondió con tono apagado.

—No quiero hablar de eso.

La frase fue seca, casi cortante. Su expresión, hasta entonces abierta, se endureció. No añadió nada más. Como si esa parte del relato estuviera cerrada y no tuviera intención de volver sobre ella.

Biel no se dio por vencido y dirigió la conversación a la noche que marcó la historia de ambos.

—El inspector dice que se perdió el archivo con el interrogatorio que os hicieron a tu hermano y a ti…

Samuel bajó la vista y negó con la cabeza.

—Tampoco quiero hablar de eso.

Sus palabras no ofrecían espacio para la discusión, aunque Biel insistió.

—Estuviste allí. Necesito que me cuentes lo que viste. Quizá la confusión o el miedo…

—He pasado años en terapia para olvidar aquella noche — interrumpió Samuel, con un tono más firme.

El rostro de Samuel se volvió inexpresivo, difícil de leer, como una barrera invisible, con una frialdad que no admitía réplica. La tensión en sus gestos y la forma en que evitó el contacto visual dejaban en

claro que el tema era demasiado doloroso o tal vez demasiado peligroso.

Samuel retomó la carrera. Biel tardó unos segundos en reaccionar y aceleró para no quedarse atrás. Las últimas palabras flotaban aún en el aire y, en su interior, los interrogantes se acumulaban sin respuesta. Intentaba centrarse en no perder el ritmo, ya que Samuel avanzaba deprisa.

Corrían codo a codo, pero la cercanía física contrastaba con la distancia emocional que se acababa de abrir entre ellos.

Entraron de nuevo en Collbató por una calle estrecha, flanqueada por edificios de piedra. Los pasos de ambos resonaban sobre la acera y el sonido de su respiración interrumpía el silencio incómodo. Biel se esforzaba por seguir el ritmo, aunque sentía el desgaste físico y el peso de una tensión que ya no era solo emocional.

Más adelante, la calle se ensanchó. Aparecieron un par de vecinos que caminaban en dirección contraria y una furgoneta aparcada dificultaba el paso.

—Seguiré solo —Samuel aceleró y, sin esperar respuesta, salió por una callejuela lateral.

Se desvaneció entre las sombras de las casas y dejó a Biel con una mezcla de enojo, tristeza y duda.

Caminó para regular la respiración y, a cada paso, aumentaba su incertidumbre.

¿Por qué había reaccionado de esa forma? ¿Qué ocultaba? La idea de que Samuel guardaba secretos que podían alterar la percepción del crimen calaba hondo en Biel.

La ruta que siguió lo llevó a un pequeño parque en el centro del pueblo. Allí, se sentó en un banco de madera hasta serenarse. El parque estaba casi vacío; solo se escuchaba el murmullo del viento entre las hojas y el distante rumor del tráfico en una calle adyacente.

Al levantar la vista, se dio cuenta de que, en otro banco, estaba Julián. Se había quitado la boina y la apoyaba sobre una rodilla.

Por inercia educada, Biel levantó una mano en un saludo breve. Julián no respondió. Ni un gesto, ni una palabra. Solo mantuvo la mirada fija en él, sin disimular su recelo. Incómodo, Biel se puso en

pie y salió del parque. No tenía intención de quedarse allí frente a los prejuicios de aquel hombre.

Mientras se preparaba para retomar la carrera, un coche se detuvo a pocos metros.

—¿Te acerco a casa?

Era Lola, conducía una furgoneta de mensajería.

Biel se acercó al vehículo y se apoyó en la ventanilla bajada.

—¿Cuántos trabajos tienes?

—Pocos, si quiero irme pronto de aquí. ¿Cómo llevas tú la estancia?

Biel chasqueó la lengua.

—He estado en sitios más acogedores, pero sobreviviré.

—Ayer subimos las fotos actualizadas de la casa. Con las mejoras que has hecho, van a empezar a llamar sin parar. Estoy segura.

—No tengo prisa por irme. Aún tengo asuntos que resolver.

—Con lo bien que se me da vender, en un par de semanas la casa tiene nuevo dueño. Pero negociaremos la fecha de salida. —Lola guiñó un ojo y Biel sonrió, contagiado por su buen humor—. Oye, esta noche he quedado con unos amigos para tomar algo. ¿Vienes?

La invitación le pilló por sorpresa. En Barcelona salía todos los fines de semana, aunque desde que había llegado al pueblo, no se lo había planteado.

—Tendría que hablar con Clara…

—¡Estupendo! Te recojo a las nueve.

Lola dio por hecho que Biel se apuntaba y él no la sacó del engaño.

No le vendría mal salir un rato y despejar la mente de tantas hipótesis sin resolver.

18

Biel caminaba por la avenida principal del pueblo. Era una noche cálida, las puertas de muchas casas estaban abiertas y se oía el murmullo de las charlas familiares.

Miró la pantalla del móvil. El navegador indicaba que estaba a dos minutos de su destino.

Había estado a punto de llamar a Lola para cancelar la salida, pero Clara ya estaba en casa y al final se esforzó por arreglarse un poco. Le dolía la cabeza, el peso de la investigación hacía mella en su estado de ánimo. Esa condena injusta, dos asesinatos sin resolver… Sentía que el pasado exigía respuestas y a cada paso estaba más perdido.

Encontró a Lola frente a la entrada del pequeño bar. La joven saludó con la mano cuando lo vio acercarse y le recibió con dos sonoros besos en las mejillas. Tras presentar brevemente a sus amigos, abrió la puerta del local.

Dentro, la iluminación era tenue y las conversaciones se mezclaban con la música ambiental. Las mesas de madera gastada y las sillas simples creaban un ambiente discreto, casi austero. Se acomodaron en una de las mesas cercanas a la barra y pidieron la primera ronda de *gin tonics*.

Biel se dejó llevar por la charla insustancial, las anécdotas y las risas. Tras apurar su copa, el habitual mareo del alcohol apartó sus preocupaciones y lo desinhibió.

Se levantó para pedir otra ronda.

Mientras el camarero tomaba nota, su mirada se cruzó con la de Marc, al otro lado de la barra. El inspector se acercó, con un vaso en la mano.

—No esperaba encontrarte en un sitio como este —dijo, sentándose en un taburete vacío.

Biel alzó una ceja y replicó con sorna:

—Tú tampoco tienes pinta de salir mucho.

Marc esbozó una sonrisa torcida y después bebió un trago.

Biel observó la nebulosa detrás de Marc, silenciosa y fija. Aún no sabía si se trataba de un espíritu, una energía negativa que arrastraba el inspector o el reflejo de algo más profundo, como la culpa o un secreto oculto demasiado tiempo. Le resultaba difícil separar lo que percibía con su sensibilidad de lo que había empezado a sospechar: que Marc no era tan transparente como aparentaba. Y si estaba encubriendo a su padre, el alcalde, entonces esa oscuridad tenía más sentido del que le habría gustado admitir.

El camarero sirvió a Biel y se marchó con la bandeja llena hacia la mesa de Lola. Biel pensó en unirse de nuevo a la chica y sus amigos, pero la presencia del inspector lo retenía. Le apetecía quedarse allí y lo achacó a que necesitaba hablar con él.

—Ayer estuve en el despacho de tu padre.

—Debió ser importante para que te atendiera en persona —dijo Marc con el rostro impasible.

—Descubrí que fue amante de María. —Hizo una pausa y esperó una reacción por parte del inspector. Ninguna—. Lo sabías... Debe ser considerado como sospechoso.

—La noche del crimen estábamos de vacaciones en familia.

—Pudo haberlo encargado.

Marc dejó su copa sobre la barra y se giró para quedar cara a cara con Biel.

—Buscas un culpable para convencerte de que tus padres no tuvieron nada que ver —dijo en voz baja, controlando el tono, aunque la irritación era evidente—. Has descubierto que mi padre tuvo una relación con María, ¿y qué? Este es un pueblo pequeño, casi todos aquí tenían algún vínculo con ella.

El inspector se apartó ligeramente y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Supongo que además crees que intento encubrirlo, que soy un policía corrupto —añadió, mirándolo con una mezcla de rabia y decepción—. Me da igual que no valores lo que he hecho por ti y tu familia, pero deberías darte cuenta de que puedes arruinar la vida de un inocente con tus suposiciones.

Marc apartó la mirada un instante, como si necesitara calmarse, y luego volvió a encararlo.

—Sé que lo estás pasando mal. Han matado a tu padre, se reabre el caso después de años de negligencias, tu madre está enferma... Pero apuntar al primero que encaja en tus miedos no ayudará a resolver tus problemas.

La sinceridad de Marc golpeó a Biel. No era propio de él actuar desde el enfado.

Había dejado que la sospecha se impusiera a la lógica. Se había empeñado en ver culpables donde quizá solo había errores del pasado. La relación tirante con Marc había sido el filtro a través del cual interpretó cada palabra, cada silencio, cada decisión. Y eso lo había llevado a desconfiar sin un fundamento claro.

El inspector dejó un billete sobre la barra, cogió su chaqueta y se dispuso a salir.

Biel lo retuvo del brazo.

—Tienes razón. Disculpa. Estoy sobrepasado —señaló el taburete vacío—. Quédate y te invito a la siguiente.

Marc relajó los hombros y volvió a sentarse, mientras Biel pedía al camarero que pusiera otra copa.

No tenía por qué cargar con lo que otros hicieron antes que él. Hasta ahora, había estado ahí, investigando, haciendo su trabajo, incluso cuando nadie le obligaba. No era justo juzgarlo solo por su apellido o por lo que Biel creía intuir en él. Si quería llegar al fondo del asunto, tenía que ser más riguroso. No dejarse llevar por las emociones.

—No es fácil ver cómo se apunta a alguien cercano sin pruebas claras —Biel buscó la mirada de Marc, necesitaba que entendiera lo que sentía—. No aceptaré que uses a mi madre como chivo expiatorio. Sus palabras solo son fragmentos de sus recuerdos.

—Lamento si has pensado que mi objetivo era tu madre. No es así. Pero debo insistir en su testimonio porque estuvo en la casa minutos antes del asesinato.

Biel daba vueltas a los hielos de su vaso y negó en silencio. Entonces, Marc puso su mano sobre la de él, bajó la voz y, con gesto sincero, añadió:

—Quiero ayudarte. No se trata de señalar culpables sin pruebas, sino de encontrar la verdad.

Biel no apartó la mano. Marc tampoco lo hizo. Se miraron, de forma distinta a como lo habían hecho hasta el momento. No había rencor, ni desconfianza. Había una chispa de conexión.

El inspector se recompuso y retomó su tono profesional.

—He analizado los interrogatorios, las fichas de los implicados y me he reunido con algunos de ellos. Cuanto más profundizo, más se confirman las sospechas. Las evidencias parecen manipuladas para encubrir los hechos. Tu padre fue víctima de un engaño.

Biel se dio cuenta de la transparencia con la que hablaba Marc. En su expresión no había dobleces ni parecía estar escondiendo nada, se mostraba tan desconcertado como él mismo. Era evidente que también iba a ciegas en algunos aspectos, intentando unir piezas que no encajaban. Quizá, después de todo, sus sospechas eran injustas. Marc no parecía un enemigo, sino alguien dispuesto a llegar al fondo de todo aquello.

—La muerte de mi padre está relacionada con la de María. Alguien intentó silenciar algo antes de que saliera libre. —El inspector no dijo nada y Biel añadió contundente—: No descansaré hasta descubrir la conexión.

Mientras hablaban, entre ambos se estableció una alianza forzada por el deseo de esclarecer un crimen que llevaba décadas en el olvido. La tensión del enfrentamiento fue reemplazada por una complicidad silenciosa.

El ambiente en el bar se volvió más íntimo. La música de fondo cedía ante el murmullo de confidencias.

—No sabía que vivías en Collbató

Marc negó.

—En Martorell. Vengo por trabajo o para visitar a mi padre. Hoy, el final de la jornada me ha pillado aquí y he venido a tomar una copa. Necesitaba poner distancia.

—Te entiendo… —Biel desvió la mirada hacia Lola que reía con el brazo sobre los hombros de su amigo Nacho—. Así que tú también dejaste el pueblo.

—La vida aquí no es fácil para un gay con VIH.

La revelación produjo un silencio repentino.

El rostro de Marc mostró una vulnerabilidad que contrastaba con la dureza habitual de su postura.

La sombra detrás de él se encogió por un momento, hasta casi desaparecer. Pero, en cuanto bebió otro trago, volvió a expandirse. En ese instante, la oscuridad tomó un significado distinto para Biel.

Era la huella de la enfermedad. La marca en su alma.

Había visto sombras similares en otras personas. Algunas, reflejo de una adicción, otras nacidas de un trauma o de un suceso grave. Ninguna tan intensa como la de Marc. Parecía inestable, como si se agudizara con el paso del tiempo. Eso le indicó que, aunque el inspector intentara aparentar normalidad, no lo llevaba bien. Convivir con la enfermedad, en silencio, lo estaba desgastando más de lo que dejaba ver.

—Nunca imaginé que llevaras ese peso —dijo Biel en tono serio.

—Todos llevamos cargas invisibles —comentó Marc—. La mía es la enfermedad y la tuya es la búsqueda de la verdad para limpiar el nombre de tu padre, que fue un desconocido en tu vida.

Unieron sus vasos en un suave brindis.

La conversación fluyó y, entre confidencias y copas, empezó a percibirse en cada gesto y en cada pausa una atracción latente.

El bar se iba vaciando. Las luces se atenuaban y los clientes se retiraban, dejando a Biel y Marc en una especie de burbuja.

Lola les lanzó un breve adiós y ellos permanecieron allí, mientras un camarero barría y otro apilaba los vasos recién salidos del lavavajillas.

Cuando salieron del bar, la calle estaba desierta y refrescaba. Ambos se miraron con las manos en los bolsillos, sin saber qué decir.

—Bueno… —Marc titubeó—. Es tarde… Nos vemos otro día.

Después se despidió de Biel con dos besos en la mejilla y se quedaron muy cerca. Fueron solo unos segundos, quizá algo más, porque entre el alcohol y el cosquilleo en su pecho, Biel había perdido la noción del tiempo.

A pesar de la tensión física, ninguno cruzó la línea. El deseo quedó en el aire, contenido en gestos y silencios, mientras se alejaban el uno del otro.

Ninguno de los dos se dio cuenta de la figura encapuchada que los observaba oculta por la penumbra de la noche.

19

Las nubes bajas teñían la mañana de un gris apagado cuando Biel llegó al cementerio de Collbató. Caminó entre las lápidas y las cruces. El ambiente era sobrio y la brisa movía algunas flores caídas. Pasó junto a un hombre sentado en una silla plegable, frente a una lápida con un ramo de margaritas encima. Él no lo sabía, pero el espíritu de su mujer estaba a su lado y entrelazaba los dedos con los suyos. Ambos lo saludaron.

Consultó las indicaciones que Balaguer le había enviado hacía unos minutos y enfiló uno de los pasillos. Al fondo, vio al abogado haciendo aspavientos a dos técnicos del cementerio.

Biel avanzó despacio, con paso contenido y la mirada fija en el ataúd.

—Démonos prisa —apremió el abogado, mientras tiraba la colilla al suelo y la pisaba con sus zapatos relucientes.

Biel apoyó una mano sobre la madera pulida.

—Quiero verle.

Balaguer resopló y miró su reloj.

—Tengo una reunión.

—Puedes irte. —Biel se dio cuenta que había sonado demasiado brusco, incluso para un tipo como Balaguer, y trató de ser amable—: Agradezco que me hayas ayudado a gestionar el entierro. Voy a despedirme de él.

El abogado encendió otro cigarrillo, dijo que su secretaria le enviaría los honorarios y se marchó, dejando el olor a tabaco tras de sí.

Uno de los operarios giró las manillas metálicas a ambos lados del ataúd, mientras el otro levantaba con cuidado la tapa. El crujido de la madera rompió el silencio del cementerio. Luego, se alejaron unos metros.

Biel se inclinó sobre la caja. El rostro de su padre mostraba el semblante tranquilo de la muerte. Estaba cambiado, envejecido, y sereno.

—Nunca pensé que volvería a verte, ni siquiera eché de menos un padre —murmuró—. Pero ahora… necesito hablar contigo.

Llevaba días deseando que se le apareciera. Tenía tanto guardado en su pecho, tantas dudas e incógnitas alrededor de su vida.

Pero no estaba.

Sin embargo, sí que había visitado a Álex. Y le dolía que no quisiera comunicarse con él.

—Siempre te ha costado hablar conmigo. No me contabas cuentos, ni me preguntabas sobre el colegio. No llamaste en todos estos años… ni siquiera das la cara ahora que trato de limpiar tu nombre.

Biel extendió la mano para tocar la de su padre.

El frío del cadáver lo envolvió como si el más allá lo reclamara y una visión lo sorprendió.

Se vio a sí mismo, de niño. Se entretenía en el suelo junto a Ian. Manipulaban bloques de construcción, absortos en el juego. Junto a la puerta de la habitación, su padre y María conversaban en voz baja. El brillo en sus ojos y el roce de sus brazos evidenciaban su romance, ajeno a la inocencia de los pequeños.

El recuerdo se mezcló con la realidad en un instante confuso. Biel pestañeó y permaneció en silencio, intentando asimilar lo vivido.

La imagen era nítida y, a la vez, difusa. ¿Qué quería decirle aquella visión?

—Tenemos otra sepultura en media hora. —La interrupción lo sacó del trance.

Biel asintió y se apartó.

Los dos hombres ajustaron la tapa y arrastraron el cofre dentro del sepulcro. Sus movimientos eran mecánicos, sin un ápice de empatía. Uno de los técnicos acercó el cemento que sellaría el destino del cofre. La acción representaba el cierre definitivo de un capítulo que dejaba muchas preguntas sin resolver.

No tardaron en concluir el trabajo.

Frente a la losa, aún sin lápida, la sensación de soledad se apoderó de Biel, mientras la torre de la iglesia marcaba el paso del tiempo.

De pronto, oyó unas pisadas sobre el sendero de grava.

Marc avanzaba por el pasillo solitario.

—Inspector —saludó Biel.

—Vengo como amigo.

Marc posó sus manos en los antebrazos de Biel, en un abrazo a medias, contenido y cargado de significado.

Alargaron el contacto, dejando que el roce fuera testigo de algo que las palabras no podían expresar, una conexión sutil y profunda.

No esperaba su visita, y la calidez de su cercanía lo reconfortó.

Se sentía atraído de una forma que no podía ni quería controlar. Sabía que aquello solo le traería quebraderos de cabeza, pero estaba dispuesto a dejarse tentar por los problemas.

Cuando se separaron, Marc carraspeó y desvió la mirada.

—¿Cómo te sientes?

—La situación me supera —admitió, encogiéndose de hombros—. No sabía nada de su vida... y tampoco sé qué quería para su muerte, si prefería ser enterrado o incinerado, o si debería haber organizado un velatorio.

—Estás haciendo lo que crees que es mejor. No te juzgues por eso.

Biel suspiró.

—Quiero ser un hijo para él, aunque no supiera ser un padre para mí.

—Estás aquí. Eso es más de lo que muchos harían.

Agradeció con un gesto las palabras de Marc.

Permanecieron en silencio, frente a la losa de hormigón donde el cemento seguía fresco. Sus codos se rozaron y Marc se removió incómodo.

—Voy a visitar la tumba de mi madre dos calles más allá —murmuró de forma casi inaudible y, con pasos rápidos, se alejó sin mirar atrás.

A Biel le pilló por sorpresa que la madre de Marc estuviera en ese cementerio. Pero pronto se dio cuenta de la obviedad. Marc era de

Collbató. Observó al inspector girar en una esquina.

De nuevo a solas, leyó la placa dorada que los operarios habían fijado a la piedra blanca.

—Arnau Ribera Ferrer.

Reconoció la lápida de al lado, era la de sus abuelos, Antoni y Lluisa. El abogado le había explicado que la familia había reservado esos nichos hacía años. «Algo habitual en el pueblo», había dicho Balaguer. Los más pudientes construían panteones y los demás simplemente apalabraban espacios contiguos.

Desvió la mirada a una lápida más allá. Tres ángeles tallados en un mármol desgastado presidían otra tumba. Bajo ellos, tres nombres en letras plateadas:

Nuria Ribera Ferrer.

Pau Ribera Ferrer.

Oriol Ribera Ferrer.

Frunció el ceño. ¿Su padre tuvo hermanos? Otra parte de su historia que también desconocía. Nunca llegaron a comunicarse de verdad, ni en vida ni ahora que Arnau estaba muerto.

Pensó en la visión que le había provocado el contacto de su padre. Los dos niños jugando. No terminaba de entender si aquel recuerdo ocultaba un mensaje que debía descifrar.

Y entonces una chispa se encendió. Cuando se le apareció a Álex, dijo que hablara con el niño. ¿Y si no se refería a su amigo el preso? ¿Podría ser que el niño fuera Ian?

La idea tomó forma y sacó su teléfono móvil.

Al otro lado de la línea, Álex respondió con rapidez.

—¿Biel? —El forense contestó atontado, como si acabara de despertarse—. Acabo de tener otra visión…

—Te prometo que te ayudaré esta tarde, en nuestra sesión, pero ahora te llamo por el mensaje que te dio mi padre.

—Verás… el caso es que… acabo de soñar con él otra vez.

—¿Con mi padre?

—He trabajado en el turno de noche, estoy agotado, me he quedado dormido en la silla del despacho. Creo que ha vuelto a hablarme del niño.

—Álex, por favor. Esto es muy importante. Dime palabra por palabra lo que te ha transmitido.

La voz de Álex llegó en un susurro a través del altavoz, se esforzaba por recordar:

—Recuerda el pasado para reconstruir el presente. El que jugó en la inocencia es la clave para desvelar la verdad.

—Junto a su ataúd, he tenido una visión: de pequeño, jugando con Ian, y Arnau tonteando con María. Creo que todo gira en torno a Ian. Pero a mí no me dice nada y sin embargo a ti sí.

Al otro lado del teléfono, Álex soltó un leve suspiro.

—Me explicaste que los espíritus solo se aparecen a quienes están dispuestos a escuchar. Quizá tu padre me habla a mí porque tú no estás preparado para escucharle.

El silencio se extendió entre ambos.

Biel reconoció que Álex podía estar en lo cierto.

La sensación de culpa, incertidumbre y anhelo se agolpaba en su interior. El pasado y el presente se confundían y cada respuesta parecía abrir nuevas preguntas. Debía trabajar las emociones hacia Arnau y liberarse de la imagen del padre que no tuvo, para aceptar el hombre que realmente fue.

Al colgar, pensó en su siguiente paso.

Todo apuntaba a que la verdad se escondía en los detalles del pasado. Biel sentía en el fondo que el destino le había señalado el camino, aunque la incertidumbre lo asaltaba a cada instante.

Respiró hondo, calmó sus nervios y buscó de nuevo en la agenda. Le pediría a Samuel el contacto de su hermano. Pero se detuvo.

Samuel, con su mirada enigmática, siempre parecía guardar secretos. Dijo que no hablaba con Ian, ¿por qué querría ayudarle?

Marcó el número de Marc. El inspector se mostraba dispuesto a llegar hasta el final. La llamada sonó varias veces, sin respuesta.

Dudó en insistir.

Quizá Marc necesitaba tiempo a solas después de visitar la tumba de su madre y no era el momento de importunarle.

Guardó el teléfono en el bolsillo trasero y dejó escapar el aire con resignación.

Debía localizar a su mejor amigo de la infancia cuanto antes. Si alguien conocía la verdad de aquella noche, era Ian. Y Biel estaba dispuesto a encontrarlo, costara lo que costara.

20

Biel se dejó caer en el sillón frente a su escritorio. Había dormido mal. Apenas hacía una semana que enterraron a Arnau y aún tenía en la mente su imagen en el ataúd y el recuerdo de su gélido contacto.

Estaba seguro de que su padre era inocente y de que Ian le ayudaría a resolver el rompecabezas. El problema era que Ian parecía haber desaparecido.

Había comprobado todas las redes sociales y dedicado horas a infinidad de entradas en el buscador. Aparecían empresarios, jóvenes de otros países, pero nada que indicara que se trataba de su amigo de la infancia.

Sabía que actualmente vivía en Bilbao. La búsqueda había sido complicada porque era una ciudad con mucha población y una amplia vida social y cultural. Revisó grupos, comunidades, cientos de fotos y comentarios. No halló ni una referencia que encajara.

La familia paterna era de Vigo. El rastro fue igual de complejo y con los mismos resultados.

Sin embargo, la familia materna era originaria de Collbató, un lugar pequeño y tranquilo. Revisó todos los grupos de Facebook relacionados con el municipio con la esperanza de encontrar algo. No había rastro de Ian ni de Samuel. De este último, solo había encontrado un perfil en Instagram y entre sus escasos contactos no estaba su hermano.

Encendió el portátil y comprobó que tenía una hora hasta que llegara el primer paciente.

Antes de reanudar la búsqueda, marcó el número de Marc. Llevaba días intentando localizarlo, desde la mañana del cementerio, pero no había obtenido respuesta a sus llamadas ni a sus mensajes.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio, mientras escuchaba un tono tras otro y su enfado iba en aumento.

Al principio, la falta de noticias le preocupó. Llamó a comisaría y una compañera le pidió que esperara, aunque poco después dijo que el inspector no podía ponerse al teléfono y tomó nota de sus datos. Biel no volvió a saber nada y se preguntó si habría dicho algo que lo molestara.

Había pasado una semana decaído al sentir que le daba la espalda. Ahora, en cambio, estaba muy cabreado con él. Aun así, lo necesitaba para encontrar a Ian.

Contó diez tonos antes de que la llamada se cortara.

Biel inspiró hondo, tomó un sorbo de café frío y abrió el navegador. Tecleó el nombre que llevaba días rastreando sin éxito: Ian López Estrada.

Leyó foros de antiguos alumnos de universidades donde se impartía la carrera de arquitectura porque recordaba que Samuel mencionó que era arquitecto. Nada. Luego buscó estudios de arquitectura.

El ordenador siguió mostrando resultados irrelevantes. Biel maldijo en voz baja. No podía creer que en la era digital alguien no dejara ni un solo rastro.

Se puso de pie y contempló la montaña de Montserrat desde la ventana. Collbató era un pueblo tranquilo, casi silencioso en los días laborables. Deslizó la mirada hasta el jardín. El pintor repasaba la verja. Era el último arreglo que quedaba por hacer. La casa lucía impecable, gracias a los consejos de Lola y a los profesionales que le había recomendado.

El timbre sonó. Su paciente había llegado. Mientras esperaba a que Clara le abriera, retiró el portátil de la mesa y preparó el espacio. Sacó su libreta del cajón, llenó un vaso de agua y prendió una barrita de incienso.

Un hombre de unos cuarenta años, con rostro serio, entró en el despacho. Se llamaba Eduard y hacía dos días le pidió una cita por teléfono. Alguien lo había recomendado en el mercado.

—Me dijeron que eres especialista en duelos y que… ves ciertas cosas —dijo Eduard mientras se sentaba. Biel asintió, dejando que el hombre se abriera—. Perdí a mi hermano hace dos meses y no consigo avanzar.

—Cuéntame qué ocurrió y cómo te sientes.

Eduard empezó a narrar que su hermano, Pol, murió en un accidente de tráfico. Habían tenido una pelea minutos antes y se marchó de casa enfadado. Se lamentaba porque su última conversación fue un cruce de gritos y reproches. Desde entonces, sufría insomnio y pesadillas.

Biel escuchaba con atención y tomaba algunas notas. De pronto, sintió un hormigueo en los brazos y dejó que la conexión fluyera. No tardó en percibir una presencia en la sala.

El espíritu de Pol estaba allí para calmar a Eduard. Tuvo una visión, una imagen nítida.

—Veo una fotografía familiar en una casa de campo —indicó Biel, con un tono sereno—. Estás con tu hermano. Era una tarde soleada.

Eduard se tapó la boca con la mano y asintió con lágrimas en los ojos.

—Ese día chocamos por un tema de dinero, pero luego nos reímos con un chiste absurdo. En la foto salimos abrazados. Siempre estábamos igual, discutíamos y nos perdonábamos enseguida. A veces, sin necesidad de una disculpa.

—Pol quiere que sepas que ya ha olvidado la discusión y no guarda rencor.

Eduard sonrió.

Biel notó un leve peso en el ambiente y luego un alivio. Le dijo a Eduard que el espíritu de su hermano se había despedido. El hombre rompió a llorar, aunque era un llanto pausado, sin rabia. Después de unos minutos, se incorporó con semblante agradecido.

—No sé cómo explicarlo… Siento que me has curado la herida en mi alma.

—Lo has hecho tú mismo. El primer paso es liberarte de la culpa.

Mientras Biel se levantaba para acompañarlo a la puerta, Eduard tomó aire y dudó unos instantes antes de comentar:

—Hace unos días te vi con Samuel.

—Nos conocemos desde la infancia —respondió Biel, con cautela. Quizá Eduard intentaba sonsacarle algo para ir con el chisme al mercado.

—Ten cuidado —advirtió el hombre—. Ese chico siempre ha dado problemas.

Biel frunció el ceño. No sabía a qué se refería.

—Solo quería prevenirte. Han pasado muchos años, pero aquí nadie olvida que Samuel se metía en peleas y amenazaba a punta de pistola a compañeros en la escuela. Apuñaló al hijo del panadero, el chaval estuvo en coma varias semanas.

Biel tragó saliva. No esperaba escuchar algo así.

—Y el pobre Julián… La gente dice que está trastornado, aunque sabiendo lo que vivió, no me extraña. Fue el primero en llegar a casa de María cuando tu padre…

El hombre titubeó y miró a Biel arrepentido.

—No te preocupes, hace tiempo que asimilé lo ocurrido —dijo Biel, tratando de sonar tranquilo—: ¿Qué le pasó a Julián?

Eduardo volvió a sentarse, como si le costara un gran esfuerzo contarlo.

—Julián era policía local. Aquella noche, patrullaba cerca de esta calle. Avisaron por radio de que uno de los hijos de María había llamado a emergencias. Cuando entró, Samuel estaba fuera de sí. Julián quiso calmarlo y el chico le dio un puñetazo que le rompió la mandíbula.

—¿Lo condenaron por ello? —preguntó Biel, sorprendido.

Eduard negó.

—Lo atribuyeron al estrés postraumático. Pero Julián no se recuperó bien, por lo visto le afectó al habla y desde entonces no articula ni una palabra.

Biel pensó en el anciano del bastón y la boina que siempre lo observaba en silencio con expresión severa. Ahora entendía por qué no hablaba y lo miraba así: seguramente culpaba a su padre por haber tenido que enfrentarse a Samuel.

Acompañó a Eduard a la salida y este le dio una afectuosa palmada en el hombro.

—Cuídate.

Cuando cerró la puerta, regresó a su escritorio con un nudo en el estómago.

Aquella historia acrecentó la desconfianza hacia Samuel. Desde el principio, le había parecido extraño que se acercara a él con tanta facilidad, sin rencor, a pesar de ser el hijo del hombre acusado de matar a su madre. Además, ¿por qué se negaba a contarle lo que vio? Biel no buscaba revivir el trauma, solo necesitaba una respuesta clara: si había presenciado el crimen o solo escuchó lo ocurrido. Esa diferencia lo cambiaba todo. El juicio se sostuvo sobre su declaración y esa duda era clave para desmontar la versión oficial.

Notó un escalofrío, una energía que le envolvió los hombros. Frente a él, estaba María. Aunque esta vez su gesto era relajado, no gritaba, más bien lo observaba con ternura y Biel recordó cómo era la madre de su amigo. Dulce y risueña.

—Habla con mi niño.

Biel estaba seguro de que Ian tenía las respuestas que necesitaba para entender lo que ocurrió y señalar al verdadero culpable.

No pasaría más tiempo frente al ordenador ni junto al móvil esperando una llamada que no llegaba. Bajó las escaleras con decisión. Cogió el casco, la chaqueta de cuero y salió sin mirar atrás.

Si Marc no quería hablar por teléfono, tendría que hacerlo en persona.

Esta vez, no podría esquivarlo.

21

Biel detuvo la moto frente a la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Martorell.

Se quitó la chaqueta de cuero mientras subía los escalones de entrada y, en la puerta, tuvo que apartarse para dejar salir a una pareja de policías uniformados que pasaron junto a él sin prestarle atención.

Nada más entrar, el aire acondicionado le dio de lleno. Varias personas esperaban sentadas, con la mirada fija en una pantalla que marcaba los turnos.

—Busco al inspector Vidal —dijo al guardia tras el mostrador de recepción.

El agente asintió y consultó en el listín telefónico. Biel aprovechó para observar el trasiego al fondo del vestíbulo. Algunos policías cruzaban de un lado a otro con carpetas bajo el brazo, otros hablaban por teléfono o revisaban documentación.

De pronto, una figura conocida captó su atención. Marc Vidal caminaba deprisa junto a otro hombre, pero aminoró el paso en cuanto lo reconoció. Durante un instante, se miraron y la tensión fue palpable. Marc no podía fingir que no lo había visto.

Su compañero, de mediana edad, cabello rojizo y piel marcada por el acné, se dio cuenta y reparó en Biel. Lo escrutó con una mueca de recelo que a Biel no le gustó. Había algo inquisitivo en su gesto. Marc le dijo algo, se separó y se acercó a la entrada con expresión seria.

Después de que lo ignorara, no le entusiasmaba enfrentarse a él, aunque no tenía otra opción, era su vía más directa para llegar hasta Ian.

—Me pillas con Arturo, mi jefe, tenemos un montón de papeleo que gestionar…

—¿Has interrogado a Ian López?

Marc frunció el ceño y miró alrededor, su jefe ya no estaba. Hizo un gesto para que lo acompañara.

Avanzaron por el pasillo. Biel lo seguía a un par de pasos de distancia y se fijó en la sombra negra detrás de él. Desde que le confesó su enfermedad, aquella energía se había reducido a una nebulosa más tenue, menos inquietante.

El inspector abrió la puerta de un despacho vacío, esperó a que entrara y cerró con firmeza.

—Ten cuidado. Estás cruzando demasiadas líneas —advirtió de forma severa—. Si mi superior se entera de que investigas por tu cuenta, te meterás en un lío. Y no pienso tapar tus imprudencias.

Biel no quería perder el tiempo y mucho menos que lo sermoneara, así que habló claro:

—Fuiste a Vigo a interrogar a Gerardo. Sus hijos lo vieron todo. Así que supongo que también has hablado con Ian.

—Sabes que no comparto información sobre el caso…

—Y tú sabes que no voy a parar hasta descubrir quién mató a María y a mi padre. Podemos colaborar o ir por separado.

Biel se cruzó de brazos y esperó una respuesta. Marc guardó silencio unos segundos, apoyó las manos sobre la mesa del despacho y maldijo en voz baja.

—Lo llamé. No quiere hablar.

—No puede negarse si tienes una orden judicial.

—Aún no la tengo. —Marc dudó. Parecía que no iba a dar más detalles, pero suspiró y continuó—: En verdad no tengo ninguna. Mentí a Gerardo, por eso me recibió. El asunto llegó a oídos de mi superior. Si sigo en el caso es porque mi jefe le debía un favor a mi padre… No puedo volver a saltarme el protocolo.

—¿Tienes su dirección?

—Dártela sería saltarse el protocolo —contestó molesto.

—No quiero que me la des. Irás a verle y yo te acompañaré. No le mentirás. Le convenceré para que hable.

El inspector alzó una ceja y mantuvo la mirada fija en Biel.

—Te he visto con Samuel. ¿Por qué no le preguntas a tu amigo?

No le pasó inadvertido el tono que usó.

—Se niega a rememorar aquella noche.

—¿Por qué piensas que lo hará su hermano?

—Sé que Ian nos dará la clave para descubrir quién lo hizo.

El inspector entrecerró los ojos.

—¿Te lo ha dicho un espíritu?

A Biel no le gustó cómo lo dijo, aunque no lo culpaba. La mayoría de personas eran escépticas… hasta que lo vivían.

Marc negó.

—Necesito algo más sólido.

—Por favor, confía en mí.

Marc soltó un suspiro exasperado.

—No puedo pedir autorización para desplazarme basándome en mensajes del más allá.

—¿Podrías cogerte algunos días libres para un viaje de amigos?

El inspector no respondió de inmediato. Biel esperaba que no se lo tomara como una propuesta personal. Después de sus desplantes, no quería sonar así.

Cuando por fin habló, lo hizo con frialdad.

—Mañana tengo un par de reuniones que puedo aplazar. Saldremos al amanecer y regresaremos por la tarde.

Un día. Eso era todo lo que le concedía. Biel prefirió no darle demasiadas vueltas al malestar que le provocó.

—De acuerdo.

Intercambiaron una despedida breve. Un apretón de manos, un gesto con la cabeza y una promesa vaga de hablar para concretar la salida. Ninguno añadió más de lo necesario.

Ya en la calle, Biel se detuvo frente a la fachada de la comisaría mientras se abrochaba el casco. No estaba seguro de que fuera a conseguir que Ian hablara. Llevaban veinticinco años sin verse. Aparecer sin previo aviso era arriesgado. Ni siquiera sabía por dónde empezar la conversación.

Tenía que pensar en algo. No le gustaba improvisar y menos en algo así.

Además, si fracasaba, el inspector no volvería a confiar en él.

Recordó la noche del bar. En la mirada de Marc había deseo, aunque también cautela. Tal vez, mantenía las distancias porque no

creía en nada de lo que él representaba. Para alguien tan pragmático, un médium debía parecer un farsante.

Biel se subió a la moto.

Le esperaban muchas horas de trayecto junto a Marc, pero no perdería el foco por su culpa. Estaba allí para limpiar el nombre de su familia. Y llegaría hasta el final.

Biel abrió los ojos de golpe. El libro sobre su pecho cayó al suelo cuando se incorporó. Se había quedado dormido mientras leía. El reloj en la mesilla marcaba las tres y diez y la lamparita apenas iluminaba la habitación. Estiró la mano para apagarla cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

Sentado en el sillón, frente a la cama, vio a su padre.

—Papá —susurró Biel, con la voz pastosa por el sueño.

Arnau no reaccionó. Sujetaba una réflex con ambas manos y giraba el objetivo, inspeccionando el visor.

—Habla conmigo. Necesito tu ayuda —insistió.

Ni un gesto, ni un parpadeo. Arnau seguía concentrado en su cámara, ajeno a todo lo demás. Biel sintió la misma punzada que de niño, cuando buscaba una mirada o una palabra de su padre y solo encontraba silencio. Nada había cambiado desde entonces.

De pronto, Arnau alzó la cabeza, como si hubiera sentido una llamada, y se fijó en Biel. Cruzó el escaso espacio hasta la cama y se sentó en el borde. Biel contuvo la respiración. Una mano translúcida se posó sobre su rodilla, donde aún se apreciaba la cicatriz de un pequeño accidente en la infancia. Un segundo después, el espectro se desvaneció.

Biel notó el calor descender por su pierna. Cerró los ojos y la memoria lo arrastró al jardín trasero. Con cinco años, pedaleaba sin ayuda por primera vez. Arnau, distraído, ajustaba el enfoque de la cámara. Biel perdió el control, chocó contra el tronco del limonero y cayó. Lloró asustado mientras la sangre humedecía el calcetín. Su padre dejó la cámara en la mesa y corrió. Más tarde vinieron los puntos en el centro de salud.

Durante días, Biel se negó a subir de nuevo a la bici. Su padre apenas lo consoló, pero una tarde lo llevó de nuevo al jardín, colocó la bicicleta derecha y dijo algo que se le grabó para siempre:

—Caerte duele un rato, rendirte duele toda la vida. Prueba otra vez.

Biel se había repetido esa frase muchas veces a lo largo de los años.

En la oscuridad del dormitorio, se pasó la mano por la vieja cicatriz y comprendió que su padre, incluso desde el silencio, lo había empujado a no detenerse nunca.

Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, sintió que no estaba solo.

22

Salieron de Collbató al amanecer. Marc conducía con un brazo apoyado en la ventanilla, concentrado y sin hablar demasiado. A su lado, Biel aprovechó el silencio para pulir su estrategia con Ian.

No bastaba con presentarse y pedirle que reviviera aquella noche. Primero debía ganarse su confianza. De niños estaban muy unidos y decidió comenzar con esos bonitos recuerdos. Después, le aclararía que no buscaba culpar a nadie, sino limpiar la memoria de Arnau y, de paso, darle a Ian la oportunidad de descargar lo que había callado tantos años. Con el esquema en mente, respiró hondo y miró el paisaje. Aún quedaban kilómetros, pero al menos tenía un plan claro.

Marc puso en marcha el aire acondicionado para aliviar el calor de julio.

—¿Has pensado cómo vas a convencerlo?

—Éramos amigos de críos —respondió Biel—. Espero que ese vínculo aún signifique algo para él y se abra a mí.

Marc dejó escapar un suspiro.

—Te fías demasiado de tu intuición. Abre la guantera.

Biel sacó una carpeta. Dentro, encontró el expediente de la investigación original. Miró al inspector sorprendido.

—No me gustan tus métodos ni que investigues por tu cuenta —dijo Marc, sin apartar la vista de la carretera—, pero sé que no puedo evitarlo. Así que prefiero que estés preparado.

Con cuidado, Biel pasó de una hoja a otra.

Había varias fotografías. El cadáver de María, el charco de sangre, la mesa donde se golpeó, la habitación donde la encontraron. Después, leyó la transcripción de los interrogatorios y se detuvo en la de su madre. Sostuvo el papel y repasó cada una de las frases. Su testimonio concordaba con lo que ya sabía: discutió con Arnau y María porque descubrió la infidelidad, esa tarde se marchó del

pueblo con su hijo de cinco años y pasó la noche en casa de una amiga en Barcelona. El informe mencionaba que se había comprobado la coartada.

Jamás le contó lo sucedido en Collbató. Creció sin saber que su padre estaba en la cárcel. Suponía que su madre lo hizo para protegerlo. Al fin y al cabo, Arnau nunca intentó contactar con él. Qué más daba qué vida había llevado aquella persona ausente. Aun así, la mentira dolía.

Cuando llegó al final del expediente, volvió a repasar todos los documentos. Como ya le había advertido el inspector, no encontró el interrogatorio de los hijos de María.

En las conclusiones finales se indicaba que Ian y Samuel se encontraban en la casa y escucharon gritos, aunque no dejaba claro si vieron al asesino o no. Y eso es lo que debían averiguar en su visita a Ian. Si les contaba quién pudo irrumpir en la casa, tendrían al principal sospechoso de los dos asesinatos.

—No hay ninguna mención al testimonio de Julián —murmuró Biel después de releer el informe.

—¿El viejo policía que va por el pueblo como un fantasma?

—Un vecino me contó que Julián fue el primero en llegar a la casa de María tras la llamada de uno de sus hijos —respondió Biel, cerrando el expediente.

Marc giró la cabeza un segundo, sorprendido, antes de volver a centrarse en la carretera.

—¿Estás seguro?

—Eso me dijeron. Samuel, en un ataque de pánico, le rompió la mandíbula. Y desde entonces no habla.

Marc frunció el ceño.

—Es raro que no aparezca nada sobre él.

—Si estuvo en el escenario del crimen antes que nadie, lo que vio o no vio es importante.

Marc asintió y se rascó el cuello, pensativo.

—Cuando volvamos, echaré un vistazo a los informes de servicio de ese día. Si Julián intervino, debió quedar reflejado.

Biel dejó la carpeta en la guantera. Había demasiados cabos sueltos, pero por suerte el inspector parecía dispuesto a seguir

tirando del hilo.

El paisaje cambió poco a poco. A medida que avanzaban hacia el norte, el cielo se cubrió y las nubes dominaban el horizonte. A ambos lados de la carretera, las colinas estaban cubiertas de vegetación densa y la temperatura dentro del coche descendió.

Un cartel indicó que faltaban pocos kilómetros.

—Llegaremos en media hora. Iremos directos a su estudio de arquitectura.

—Busqué en Internet y no encontré nada a su nombre.

—Uriarte arquitectos, el apellido de su socio. Al parecer no le gusta exponerse.

Resultaba extraño que alguien mantuviera un perfil tan discreto. Tal vez no quería que nadie lo relacionara con su pasado y así evitar que alguien concreto pudiera encontrarlo. Alguien que tuviera preguntas incómodas. Como un periodista, un policía… o él.

Marc aparcó en una calle tranquila, frente a un edificio moderno con el rótulo del despacho.

—Abren en quince minutos. Podemos tomar un café allí.

Señaló el bar de un pequeño hostal. Biel estaba ansioso por encontrarse con Ian, aunque había dormido poco y notaba el cansancio. Le vendría bien para despejarse.

Cruzaron la calle y entraron en el establecimiento. Estaba casi vacío, con una decoración sencilla y unas mesas de madera repartidas a lo largo de la estancia. En una pared había varias fotografías antiguas y una televisión encendida sin volumen. Al fondo, un cliente leía el periódico mientras removía su taza y, en la barra, una chica atendía a un hombre vestido con traje.

Pidieron un par de cafés y se quedaron de pie junto a la barra, sería algo rápido.

Marc, atento al informativo, mantenía su imperturbable gesto serio y Biel no se esforzó en comenzar ninguna charla banal, ya se había acostumbrado al hermetismo del inspector.

El hombre del traje respondió a una llamada telefónica. Biel no solía entrometerse en conversaciones ajenas, pero lo que dijo llamó su atención. Hablaba sobre un proyecto de restauración de una vivienda. Era arquitecto.

Lo miró sin disimular, tratando de reconocer a su amigo de la infancia en aquel rostro de expresión serena y ojos cansados.

El hombre se dio cuenta del escrutinio y le dio la espalda, incómodo, despidiéndose de su interlocutor.

—Ian… —tanteó Biel, indeciso.

Se giró, sorprendido. Biel no tardó en descubrir las facciones adultas que sustituían a las del niño que conoció. Observó su perfil, sus ojos azules y la forma en que fruncía el ceño.

—Soy Biel… de Collbató.

Ian esbozó una amplia sonrisa, esa que Biel aún conservaba en la memoria con nitidez, y se fundieron en un largo y cálido abrazo. Cerró los ojos y, por unos segundos, el pasado pareció menos distante. Como si nada se hubiera roto y todavía quedara algo a salvo.

Cuando se separaron, Ian lo agarró de los hombros con fuerza, asegurándose de que era real, y lo miró de arriba abajo.

—¿Cuánto hace? ¿Veinticinco años? —dijo con la voz temblorosa.

Biel asintió con un nudo en la garganta.

Emocionados por el reencuentro, intercambiaron numerosas preguntas, resumiendo años de distancia para ponerse al día en un instante.

Marc se mantuvo en un segundo plano, hasta que Ian reparó en él y le tendió la mano para presentarse.

—Es Marc. —Biel se dio cuenta de que Ian esperaba algo más de contexto, pero no podía decirle aún que era el inspector que le contactó días antes—. Mi pareja.

Marc se atragantó con un sorbo de café. Biel le palmeó la espalda, mientras Ian le tendía una servilleta para que se limpiara.

—Estamos haciendo una ruta sin plan fijo —improvisó Biel, con la mano aún sobre la espalda del inspector, metido en el papel y consciente de que le iba a caer una buena bronca—. Decidimos pasar un día aquí. No imaginaba que te encontraría en Bilbao.

La camarera salió de la cocina en ese momento.

—Patricia, cariño, acércate —la llamó Ian—. Este es Biel, mi mejor amigo de la infancia cuando vivía en Collbató, no nos veíamos desde entonces.

—¡Qué bonito reencuentro! —exclamó la mujer—. Tendréis muchas cosas que contaros.

Ian consultó su reloj con disgusto.

—Tengo una reunión urgente…

—Cenad aquí. Hoy solo tengo dos huéspedes y estaremos tranquilos. Así os ponéis al día y conocéis a nuestras hijas.

Biel se volvió hacia Marc, que negaba con la cabeza, con el gesto serio y contenido.

—Por favor —rogó Ian— Podremos charlar con calma, recordar viejos tiempos.

Ian se dio cuenta de que Biel volvía a mirar a Marc y entonces se dirigió a él. Con un gesto teatral, juntó las manos como si rogara.

—Por favor…

El inspector dibujó una media sonrisa ante la mueca de Ian y al final accedió.

—Estupendo. ¿Dónde os alojáis?

—No pasaremos la noche en la ciudad —respondió Biel, incómodo por lo que Marc pudiera estar imaginando.

—No os podéis ir hoy —dijo la mujer—. Os quedaréis aquí, estáis invitados y no acepto una negativa.

La insistencia de la pareja era genuina e imposible de ignorar, pero habían hablado de no alargar la visita más de lo necesario. Biel iba a excusarse, cuando Marc lo interrumpió y, para su sorpresa, aceptó.

—Qué suerte que os hayáis encontrado. Y más aún que nos inviten a quedarnos a dormir.

El tono de Marc tenía un deje de ironía dirigido a Biel, que no dudaba de que, en cuanto se quedaran a solas, el inspector volvería a ser el mismo tipo borde de siempre.

Ian se despidió con prisas y quedaron para verse por la tarde.

Su mujer deslizó una llave sobre la barra.

—Habitación diez, segunda planta. Espero que os guste.

Biel y Marc subieron las escaleras. El edificio, antiguo y bien mantenido, mostraba un interior cuidado: paredes claras, molduras de madera y una iluminación cálida que suavizaba el ambiente.

Avanzaron por un pasillo estrecho con puertas numeradas en orden ascendente. Al final del mismo encontraron la habitación número diez.

La puerta era más ancha que las demás y dentro les esperaba una suite modesta, más funcional que lujosa, con detalles rústicos que aportaban personalidad y suficiente espacio para que no se molestaran uno al otro. Tenía dos zonas bien diferenciadas: una con una cama y otra con un sofá. No era como dormir en habitaciones separadas, pero les permitía mantener algo de distancia.

—Lo siento —dijo Biel.

Lejos de enfadarse, Marc hizo un gesto restándole importancia.

—No me hace gracia mentir, aunque presionarlo ahora era contraproducente —contestó el inspector—. Además, ha sido un bonito reencuentro; tenéis mucho de qué hablar.

Su buen humor era algo nuevo.

Biel se acercó a la pequeña nevera que había debajo del escritorio y sacó dos botellines de agua. Le tendió una a Marc.

—Ayer querías que fuera rápido o nos iríamos sin respuestas. ¿Qué ha cambiado?

El inspector se detuvo frente al enorme ventanal con vistas a la ciudad.

—Anoche repasé el informe que has leído. No deja claro si los hijos de María vieron al asesino, aunque ese fue el detonante en el juicio. No sé si te lo ha dicho un espíritu sabelotodo o si has acertado por casualidad, pero el testimonio de Ian puede darle un giro al caso.

Que creyera en él, también era algo nuevo.

Biel dio un trago a su botella y bajó la vista. Se sentía culpable por ocultar a Ian los motivos reales de su visita, aunque no podía arriesgarse a que se cerrara como había hecho Samuel. Necesitaba tiempo para recuperar su confianza y cenar con su familia era una oportunidad que no podía desaprovechar. Con un poco de suerte, esa noche podrían obtener la pieza que les faltaba.

Porque el asesino seguía ahí fuera. Y Biel tenía el presentimiento de que estaban a punto de dar con él.

23

Biel y Marc llegaron al pequeño comedor del hostal al atardecer. Habían dedicado el día a visitar la ciudad y, aunque seguían distantes, los silencios entre ellos ya no eran tan incómodos.

A pesar de la sobriedad de la estancia, el ambiente era acogedor. La cálida iluminación, las paredes forradas de madera y un leve olor a caldo casero. Pasaron junto a una mesa ocupada por una pareja.

Desde la barra, Ian los saludó con entusiasmo. Sonreía con orgullo mientras sostenía en brazos a una niña que debía tener unos cuatro años. A su lado, otra pequeña idéntica se aferraba a la mano de la madre, que les dio la bienvenida con un gesto amable.

—Me alegra que estéis aquí —dijo Ian, invitándolos a sentarse—. No sabéis cuántos recuerdos me han venido a lo largo del día. Hace un rato, mi mujer me preguntaba sobre ti, Biel, y no supe por dónde empezar.

La mesa estaba puesta con platos sencillos y una fuente de verduras. Las niñas corretearon alrededor de las sillas y Patricia las reprendió con dulzura para que se sentaran a cenar. Una de ellas se subió en el regazo de su padre y la otra ocupó la silla al lado de la madre.

—Se llaman Itziar y Naira —aclaró Ian, sirviendo agua. Después, ofreció vino a Biel y a Marc—. No paran quietas y hacen caso cuando quieren.

Biel observó conmovido a su amigo, convertido ahora en padre de familia. Todavía recordaba al niño que jugaba a la pelota en el jardín.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Patricia—. Disculpad mi curiosidad, me encanta saber cómo se forjan las historias de amor.

Biel miró a Marc. Habían acordado fingir que eran pareja, aunque no hablaron de los detalles y ahora no sabía cómo responder. Marc se aclaró la garganta.

—Nos conocimos hace unos meses, cuando Biel regresó al pueblo. Un día nos cruzamos corriendo, se ahogaba y me acerqué, pero fue muy borde y me largué.

Biel soltó una carcajada al recordar esa mañana en el mirador. Por aquel entonces no se soportaban.

—Con los días me di cuenta de que la imagen que tenía de él no era real. Es un tío majo.

—No sé cómo tomarme eso.

Los cuatro rieron y Marc dio un trago a su copa antes de añadir:

—Todo el mundo lo adora. Ha hecho más amigos en unos meses, que yo en toda mi vida allí. Tiene un don para conectar con la gente.

Biel se ruborizó al oír a Marc. Parecía un elogio sincero, nada inventado para aparentar.

—Se nota que hay química entre vosotros —dijo Patricia, sonriente.

Biel y Marc se miraron y una corriente de tensión agradable se estableció entre los dos.

—¿Por qué volviste al pueblo? —quiso saber Ian, mientras ofrecía el tenedor a una de sus hijas.

—He instalado allí mi consulta de psicología. Montserrat es un entorno especial, perfecto para mi trabajo con duelos.

—¿Duelos? —preguntó Patricia.

—Ayudo a personas que han perdido a seres queridos. Combino la terapia habitual y la conexión con los ancestros. A veces, hay problemas que no pueden superarse si no se escucha a quienes vivieron antes que nosotros.

Biel estaba acostumbrado a que lo juzgaran con recelo, como hacía Marc en ese momento; sin embargo, Ian y Patricia se interesaron por conocer más sobre su profesión, mientras las niñas picoteaban trozos de carne y pan y se reían intercambiando gestos cómplices.

De pronto, sintió un escalofrío y un cambio súbito en el aire. Se frotó la nuca de forma casi involuntaria y levantó la vista. En una esquina del comedor, a poca distancia de la barra, el espíritu de María lo observaba con una sonrisa. Llevaba el mismo vestido claro que cuando se le aparecía en Collbató, aunque su imagen era

distinta. Con el cabello recogido y el semblante risueño que recordaba en ella.

El médium se mantuvo en silencio durante unos segundos. María estaba feliz de ver a su hijo reunido con su familia.

—¿Va todo bien? —preguntó Ian, entrecerrando los ojos—. Te tocas el cuello. Lo hacías de niño cuando veías cosas que yo no percibía.

Biel se sobresaltó. En su infancia, había compartido su secreto con Ian, pero no esperaba que él lo recordara.

—¿Ves a alguien ahora mismo? —insistió Ian.

Patricia atendió a Naira que se había manchado con la cena, sin perder la atención.

—A tu madre —admitió Biel—. En Collbató está llena de angustia. Aquí se muestra distinta, parece contenta al observarnos.

Ian soltó el cuchillo y el tenedor con cuidado.

—¿Se te aparece mi madre en el pueblo? —dijo con un hilo de voz.

La mujer de Ian miró a Biel y comprendió que necesitaban intimidad. Dio por finalizada la cena de las niñas. Las pequeñas dieron un beso de buenas noches a su padre, se despidieron y se fueron con su madre a la cama. Los otros huéspedes ya habían abandonado el salón.

Era el momento de abordar el tema que los había llevado hasta Bilbao.

—Hace unas semanas mataron a mi padre en prisión.

Ian abrió los ojos por la sorpresa. Biel no percibió ira en su amigo, ni tampoco alegría. No parecía odiarlo. Y continuó:

—Marc es el inspector a cargo del caso —hizo una pausa y su amigo, sin decir nada, tomó un trago de vino, tratando de asimilar lo que iba descubriendo—. Al repasar el informe del crimen que lo llevó a prisión, vio irregularidades y decidió reabrirlo.

—¿Por qué no me informaron?

—Te llamé en varias ocasiones y cuando me lo cogiste, al saber quién era, colgaste.

—Creo que Arnau no mató a María —dijo Biel—. El verdadero asesino sigue suelto y mató a mi padre días antes de ser puesto en

libertad.

Ian se quedó muy quieto. Marc se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en la mesa.

—Han sustraído algunos documentos importantes del expediente y no puedo avanzar en la investigación. Estabas en la casa cuando ocurrió. Necesito saber qué viste.

Ian se dirigió a Biel:

—Sabía que querrías hablar de ello.

Biel asintió y lo animó a continuar. Ian respiró hondo, daba vueltas a la copa entre sus manos, y empezó a relatar lo que recordaba.

—Mi madre discutió con Elena y Arnau. Tu madre les acusaba de ser amantes. No entendía lo que significaba, pero sonaba enfadada y gritaba mucho. Me asusté y corrí a esconderme. Mi hermano vino detrás y nos encerramos en mi habitación en la planta de arriba.

Biel se obligó a permanecer callado para no interrumpirlo. Marc también contenía la respiración.

—Elena salió de la casa con un portazo. Mi madre y Arnau siguieron discutiendo. Oímos gritos y golpes. Ella estaba nerviosa y él le suplicaba que no lo dejara. Al rato, oímos la puerta de entrada cerrándose. Después todo quedó en silencio.

Ian se detuvo para beber con manos temblorosas. Biel tocó el brazo de su amigo, que agradeció el apoyo con un gesto y se aclaró la garganta.

—Samuel me saca nueve años y comprendía la situación mejor que yo. Quiso ir a ver qué ocurría y me ordenó no salir de la habitación hasta que él regresara. Estaba demasiado asustado para moverme. No vi ni oí nada durante un tiempo y me quedé dormido. Cuando mi hermano me despertó, dijo que Arnau se había vuelto loco y había asesinado a nuestra madre. Estaba histérico.

Ian sollozó y se secó una lágrima con la servilleta. Biel sintió un nudo en el estómago al imaginarse la escena.

—En aquel momento no lloré. Llamé a emergencias como me había enseñado mi madre y esperé junto al cadáver. Fui tan frío, no me despedí… y me arrepiento tanto.

El alma de María se acercó hasta su hijo y lo abrazó. Él debió notar la corriente eléctrica del contacto, porque miró a Biel, que le confirmó lo que sentía.

—¿Testificaste que viste a Arnau cometiendo el crimen? —Marc retomó el hilo de la conversación.

Ian bajó la mirada y asintió con desgana, como si le doliera recordar.

—Mi hermano aseguraba que debíamos decirlo para que mi madre no se quedara sin justicia. Al principio creí que fue Arnau. Había signos de una pelea, estaba todo desordenado y habíamos oído los golpes. Horas después, Arnau saltó el cordón policial, entró y lloró frente al cadáver. Hasta que Samuel le incriminó y se lo llevaron preso. Estaba tan abatido que no opuso resistencia. Ahí dudé, pero era un niño de cinco años y estaba bloqueado.

—¿Estaba tu padre allí? —preguntó Biel con cautela.

—En medio de todo el lío, con la policía ocupada acordonando el salón, llevándose a Arnau y controlando a los vecinos, nos escapamos a la cocina y Samuel llamó a mi padre. Estaba en Vigo. De eso estoy seguro.

Biel y Marc intercambiaron una mirada cargada de significado. Se derrumbaba la única teoría alrededor de Gerardo. Aunque tuviera un helicóptero privado, era imposible que cometiera el crimen y regresara a Vigo a tiempo de atender aquella llamada.

El espíritu de María asentía, como si la información estuviera clara. Pero no había nada claro.

Biel se apoyó en el respaldo de la silla, intentaba asimilar la información.

—Me arrepentí de haber señalado a tu padre. Dudé de su implicación desde el principio y me atormentaba. En uno de los interrogatorios, me derrumbé y dije la verdad.

—¿A quién? —Marc se enderezó con los músculos tensos.

—No lo recuerdo. Han pasado demasiados años. Hablé con muchos policías y yo solo era un crío asustado. —La voz de Ian se quebró.

El inspector dejó escapar un leve suspiro de indignación.

—Gracias por contárnoslo —murmuró Biel, abrazando a su amigo mientras, con un gesto, pedía al inspector que se mantuviera callado. Temía que soltara algún comentario fuera de lugar.

Ian se despidió, el recuerdo de aquella noche le había revuelto sentimientos dormidos. Pero les instó a que ellos se quedaran y terminaran con la comida y el vino.

—Mañana desayunamos juntos antes de que os vayáis. Me ha hecho muy feliz verte y no me gustaría que la despedida fuera amarga. —Ian sostuvo la mirada de Biel, con los ojos húmedos, y pidió—: Por favor, dile a mi madre que la quiero.

María sonrió y colocó su mano a la altura de su pecho.

—Lo sabe. Ella también te quiere.

Cuando se quedaron solos, Marc se acercó a la estantería de licores detrás de la barra, cogió una botella de tequila, un par de vasos chatos y regresó a la mesa.

Sirvió y chocaron sus vasos. Tras apurar el chupito, Marc habló con la voz firme:

—Tenemos un informe incompleto, el inspector a cargo murió y ningún testigo es capaz de hablar: tu madre enferma, tu padre muerto, Ian no se acuerda del policía…

—Habla con Julián.

Marc chasqueó la lengua.

—Aunque compruebe que estuvo allí, Julián es mudo. Otro testigo que no nos sirve. Solo queda Samuel, el único que puede contar la verdad.

Biel se encogió de hombros.

—No lo conseguirás. Es un muro con ese tema.

Biel rellenó los vasos y no esperó a brindar para beberse el suyo de un trago. Compuso una mueca, no le gustaban los chupitos, pero el ardor que recorría su garganta le templaba los nervios.

—María y mi padre me dejaron mensajes para que hablara con Ian —alzó un dedo para acallar cualquier comentario de Marc—. Y cuando Ian ha contado su historia, ella asentía, como si ahí estuviera la clave. Pero no hay ninguna pista que lo exculpe. Quizá sí fue mi padre.

Marc puso su mano sobre la de Biel.

—Ian no cree que lo hiciera Arnau. Si fuese el verdadero asesino, María no habría asentido. —El inspector lo miraba a los ojos y Biel agradeció que lo tomara en serio—. Conseguiré una orden judicial para interrogar a Samuel.

Biel no creía que sacara nada en claro de aquel interrogatorio. Volvió a beber.

—Gracias por lo que dijiste en la cena sobre nosotros —murmuró —. Ha sido bonito escucharlo, aunque solo sea parte de la interpretación.

Marc apretó los labios y recuperó su gesto serio. Biel pensó que volvía a ser el inspector distante de las últimas horas.

—No mentí. Es fascinante cómo te ganas a la gente. Incluso has conseguido sacarme de allí. A mí, que no me gusta relacionarme con nadie.

Ambos sonrieron. La conversación se desvaneció y, durante unos segundos, solo se miraron. No era la primera vez que compartían un momento así, aunque ahora ninguno se apartó. Marc se inclinó despacio y vaciló, tanteando si era buena idea dar el paso, hasta que Biel recortó la distancia que los separaba. El contacto fue suave al principio, apenas un roce, y cuando notaron la respuesta del otro, ambos cayeron en un beso largo, firme, cálido.

Se olvidaron del ruido de fondo, del local, de los días anteriores. Solo estaban ellos, sin preguntas ni explicaciones.

Subieron por las escaleras del hostal sin apenas cruzar palabra, conteniendo todo lo que no sabían cómo expresar. Al llegar al pasillo, no se oían más que sus pasos y Marc se detuvo frente a la puerta de la habitación. Acarició la mejilla de Biel y lo besó de nuevo, esta vez con más intensidad.

—Sabes lo de mi enfermedad —dijo sobre sus labios y se separó unos centímetros para evaluar el rostro de Biel.

Biel deslizó una mano por su pecho.

—Con protección y con cuidado, no hay problema.

Marc tragó saliva y asintió. Durante unos segundos, permanecieron uno frente al otro, respirando cerca, reconociéndose sin necesidad de decirlo.

Biel le desabrochó los primeros botones de la camisa. Sentía su propia respiración desordenada, acelerada, igual que la de Marc. Luego, Marc giró la manilla de la puerta y entraron en la habitación.

Se quitaron la ropa uno al otro con movimientos rápidos, mientras se besaban ávidos y avanzaban a trompicones hacia la cama, donde se tumbaron con urgencia, como si ambos hubieran deseado ese momento durante mucho tiempo.

Marc sacó un par de preservativos de su cartera y se deshicieron de la poca ropa que les quedaba. Cada prenda que caía al suelo marcaba un paso más allá.

La piel contra la piel, el ritmo compartido de las respiraciones, las caricias prolongadas... no necesitaban hablar, solo disfrutaban del momento con entrega.

Biel no sabía qué quedaría de todo aquello al amanecer, ni qué papel jugaría en medio de una investigación cargada de contratiempos. No quería pensar en cómo reaccionaría si Marc volvía a apartarse, porque le costaba distinguir si ese acercamiento era real o una distracción peligrosa, y aún no tenía claro si debía confiar en él.

Pero tampoco podía evitar desearlo.

Necesitaba esa tregua fugaz.

Y se dejó llevar, apagando por unas horas la sospecha y la tensión.

24

Entró en casa, dejó las llaves sobre la mesita del recibidor y se descalzó. Oyó voces en la cocina y se dirigió hacia allí. No había dormido y, sin embargo, estaba lleno de energía. Recordó con una sonrisa la noche con Marc. El viaje de vuelta desde Bilbao había transcurrido en silencio, aunque esta vez sin la tensión que les había acompañado al ir. Le sorprendió descubrir cuánto disfrutaba de la simple compañía del inspector sin necesidad de palabras.

En la cocina, su madre estaba sentada a la mesa, absorta en uno de los mapas del valle de Montserrat y deslizaba un dedo lentamente sobre los contornos de montañas y senderos. A su lado, Rosa tejía un pequeño tapete. Levantó la mirada por encima de las gafas para saludar a Biel y se concentró de nuevo en las agujas

Clara, de pie junto a los fogones, removía algo en una olla y le indicó que había café recién hecho sin apartar los ojos de su guiso.

Se alegró de que aquellas dos mujeres hubieran llenado la casa de vida y cotidianidad. Para Elena eran más que amigas, eran familia. Y para Biel también.

Besó a su madre y se sentó en una de las sillas libres con una taza humeante.

—Estás muy sonriente esta mañana —dijo Rosa, escudriñándolo con semblante risueño—. Te ha ido bien el viaje… y la compañía.

Biel soltó una carcajada ante la poca sutileza de la mujer. Después, Rosa empezó a contar algo sobre Marc cuando era un bebé y ella era su niñera y le cambiaba los pañales. Clara comentó algo al respecto. Pero Biel tomaba su café sin prestar demasiada atención a los cotilleos.

Se preguntó cómo debían sentirse los vecinos del pueblo al ser conscientes de que todo el mundo a su alrededor conocía cada detalle de sus vidas. De pronto, se le ocurrió que, si Rosa se había criado allí, debía saber mucho sobre los Ribera y quiso aprovechar la

oportunidad para acercarse más al pasado familiar. Creció lejos de sus raíces paternas, aunque no podía negar que afectaban a su presente y quería saber más.

—¿Conocías a mi familia?

—Por supuesto.

La mujer seguía con la vista fija en las agujas que movía a un ritmo constante.

—En el cementerio vi tres nombres que no reconozco. Nuria, Pau y Oriol. ¿Quiénes eran?

Rosa lo miró por encima de sus gafas y dejó las agujas sobre la mesa.

—Los hermanos de tu padre. —Hizo una pausa y bajó la voz como si revelara un secreto—. Murieron en circunstancias muy extrañas.

—¿A qué te refieres?

—La vivienda familiar estaba a las afueras del pueblo, en el camino de la encina. Una tarde, mientras tus abuelos trabajaban en el campo, hubo un incendio en la casa. Cuando llegó tu abuelo, solo pudo sacar a Arnau, que todavía era un bebé. Pero no tuvo tiempo de rescatar a sus otros hijos. Se les dio por muertos a los tres, aunque solo aparecieron dos cuerpos, los de Pau y Nuria. Nunca se supo con certeza qué provocó el fuego y la gente decía que no fue un accidente.

Biel frunció el ceño.

—¿Crees que alguien quiso hacerles daño?

La mujer se quedó un momento en silencio, buscando las palabras, y luego continuó con un leve asentimiento:

—No encontraron al mayor y, sin embargo, Antoni y Lluisa pusieron su nombre en la lápida. Algunos aseguraban que quisieron tapar algo que hizo Oriol. Años después, corrió el rumor de que estuvo en el cementerio el día que enterraron a su padre. —Se encogió de hombros—. A mí quien más pena me dio fue Arnau, que creció en un hogar roto. Antoni se refugió en la bebida para sobrellevar la tragedia y Lluisa dejó de relacionarse con los vecinos, siempre andaba sola y no dirigía la palabra a nadie.

Aquello le removió por dentro. Por primera vez, sintió empatía de verdad hacia su padre. Y también una punzada de culpa. Lo había juzgado y etiquetado durante años como un hombre frío, distante. Y quizá solo cargó con más peso del que podía sostener. Estaba lleno de secretos, sí, aunque solo intentó sobrevivir. Alguien que jamás pudo disfrutar del amor de una familia… ni tampoco del amor de su vida.

—Me sorprende cuántos secretos guarda este pueblo —comentó Biel, pensativo—. Parece mentira que en un sitio tan pequeño todo el mundo calle algo.

Clara, que había permanecido en silencio, giró la cabeza y se unió a la conversación.

—Este lugar siempre ha tenido algo extraño. La montaña ejerce un influjo especial sobre nosotros. —Su tono era misterioso y firme.

Biel pensó en ello. De niño escuchó las leyendas sobre Montserrat, historias de apariciones, luces extrañas y presencias que algunos decían percibir en los caminos y cuevas ocultas entre los pinos. Él mismo había sentido a menudo esa energía difícil de explicar con palabras, que se impregnaba en las vidas de quienes habitaban el valle.

Elena sonreía ahora de forma enigmática, con los ojos brillantes, como si de alguna manera hubiera comprendido la conversación que mantenían a su alrededor.

—Hay cosas en esta vida que no deben entenderse —murmuró—. Hay cosas que simplemente son.

Biel intercambió una mirada con Rosa y Clara, cada una con su propia expresión indescifrable.

Allí, bajo la sombra de Montserrat, cada secreto tenía su peso y su lugar. Y Biel sabía que estaba atrapado en ese entramado invisible, donde las respuestas se mantenían ocultas porque podían ser más dolorosas que las propias preguntas.

En las últimas noches, el insomnio se había agudizado y Biel llenaba las horas leyendo. En el sillón del despacho, junto a la lámpara de

lectura y con Ombra en el regazo, pasó una página, absorto en *El yugo de cristal*, la última novela de su buena amiga Eva.

La brisa nocturna entraba por la ventana abierta y traía consigo el olor a jazmín del jardín trasero.

El gato se removió y levantó la cabeza, alerta, justo cuando Biel notó el escalofrío en la nuca. Alzó la vista. Sentado frente a él, el espíritu de Arnau lo observaba en silencio, con una expresión serena.

Biel dejó escapar un suspiro largo, cerró el libro y lo colocó a un lado. Permaneció atento a su padre, aunque intuía que no diría nada.

Arnau se levantó y caminó hacia una de las estanterías abarrotadas de libros y artilugios fotográficos. Alzó una mano espectral hasta la esquina más alta del último estante y rozó un viejo tomo de tapas marrones. Después miró por encima del hombro a su hijo antes de desvanecerse.

Biel dejó al gato en el sillón y fue hacia allí. Al coger el libro, una ligera capa de polvo cubrió sus dedos. Lo bajó con delicadeza. Era un álbum de fotos.

Regresó junto a la lámpara y observó mejor las fotografías en blanco y negro. En la primera hoja, varias imágenes de su madre, joven y radiante, sosteniendo en brazos a un bebé regordete. Una de las fotos mostraba a Elena mirando a cámara con una expresión de absoluta felicidad, con él sobre una manta en el jardín, rodeado de juguetes. A medida que avanzaba, página a página, Biel sintió cómo un nudo se formaba en su garganta.

—Nunca pensé que guardaras algo así —susurró Biel, con la voz temblorosa.

Una foto en particular captó su atención. Su padre y su madre juntos, con las manos entrelazadas, y Biel, aún pequeño, entre ellos. La escena tenía algo de mágico y familiar, una complicidad que no recordaba. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, con una mezcla de nostalgia, sorpresa y dolor.

—Nos quisiste —musitó, acariciando la fotografía con los dedos temblorosos—. A tu manera, pero nos quisiste.

Sostuvo el álbum contra su pecho. Intentaba asimilar todo lo que acababa de comprender de golpe.

Arnau no supo demostrar su afecto de otro modo porque las circunstancias lo habían endurecido hasta volverlo una persona solitaria. Aunque esas fotografías eran la prueba indiscutible de que, a pesar de todo, ellos habían significado algo para él.

Biel sintió que el resentimiento acumulado hacia su padre se resquebrajaba.

Y lo perdonó.

25

Lola dejó una gruesa carpeta sobre la mesa del porche y se acomodó en la silla con una sonrisa.

El jardín trasero había cambiado por completo. La maleza había desaparecido, el césped estaba limpio y recortado, y el sendero de piedra, antes oculto bajo la suciedad, volvía a marcar el paso hacia el fondo del terreno. En el centro, el limonero seco seguía en pie, representando un pasado que no debía olvidarse.

—Se te ve feliz. ¿Algún avance con Nacho? —preguntó Biel y sirvió dos vasos de limonada que había preparado Clara.

El sol descendía tras las cimas de Montserrat y bañaba el jardín en tonos dorados y anaranjados. Había algo relajante en la tranquilidad de aquella tarde.

—Pues sí, lo tengo enamorado hasta las trancas. Pero no es por eso por lo que estoy tan contenta —respondió Lola. Tras un sorbo, añadió—: Hay un comprador interesado en la casa.

Biel sintió un pinchazo en el estómago, una reacción que no esperaba.

—Pensé que tardaríamos más en encontrar a alguien.

—Te dije que soy muy buena en esto. —Lola buscó entre los documentos de su carpeta—. Quiere cerrar la compra cuanto antes y ni siquiera le interesa visitar la propiedad. Bastaron las fotos que publicamos en Internet y una larga conversación conmigo.

Biel frunció el ceño. Ese entusiasmo acelerado no era normal.

—¿Qué te preguntó?

Lola miró a Biel y soltó un suspiro.

—Debajo del anuncio, alguien puso un par de comentarios sobre lo que pasó aquí al lado. Cuando me di cuenta los borré, aunque este hombre ya los había visto y fue eso lo que le atrajo de la casa. Se interesó por la leyenda. —Lola se encogió de hombros y aclaró—: Ya sabes, lo de La casa de los lamentos.

No parecía un comprador en busca de vivienda propia, sino más bien alguien dispuesto a sacar partido a la tragedia que sacudió a su familia. A Biel no le gustó.

—Es un tipo muy raro. Lo que más le fascina son los detalles morbosos de la propiedad. —Lola volvió a buscar entre los papeles —. Si no hubieras invertido ni un duro en ponerla a punto, se la venderías igual.

Biel dirigió la mirada hacia la casa de María, que ahora se sumergía en las sombras del atardecer. Una sensación incómoda recorrió su espalda.

Lola puso frente a él un contrato. El comprador aceptaba el importe solicitado por Biel, sin regatear, y lo transferiría a su cuenta en cuanto firmasen el papeleo.

—Quiero vender, pero no a cualquiera. Este fue el hogar de mi familia y no me gustaría que se convirtiera en un circo. ¿Crees que debería firmar?

Ella se recostó en la silla.

—Es una buena oferta. Aunque comprendo tus dudas. Tú sabes mejor que nadie lo que esta casa significa para ti.

Biel contempló el limonero seco. Ahora que comprendía a su padre y que había empezado a descubrir el hombre que fue, veía ese lugar con otros ojos.

—Dame un par de días para pensarlo.

—Claro, sin prisas. —Lola bebió otro sorbo de limonada y se puso en pie—. Me avisas cuando tomes una decisión.

Al despedirse, la joven invitó a Biel a unirse a la cena con sus amigos, pero esta vez Biel declinó la propuesta. Necesitaba tiempo a solas.

Después, Lola se alejó por el sendero lateral, hasta desaparecer tras la verja de entrada. Y Biel permaneció sentado, en silencio, mirando cómo el sol terminaba de ocultarse tras las montañas.

Vender la casa le parecía una traición. No era solo ladrillos y recuerdos, también una conexión directa con la historia de su familia, con su padre al que por fin había perdonado.

Semanas atrás, cuando llegó al pueblo, deseó distanciarse del dolor que representaba. Ahora, sin embargo, sentía que quería

quedarse.

El comprador misterioso añadía un matiz inquietante. ¿Quién tenía tanto interés en los secretos de aquella casa y sus alrededores? ¿Buscaba explotar la tragedia?

El timbre de la entrada interrumpió sus pensamientos.

Al llegar al recibidor, encontró a Clara frente a la puerta abierta. Desde atrás, reconoció la figura alta del inspector Vidal.

Lo saludó sorprendido, aunque contento de verle. Quería contarle que estaba valorando no vender la casa y quedarse en Collbató.

—Pasa.

—No hace falta —respondió Marc con un tono seco—. Será breve.

Clara captó la mirada que le dirigió el inspector y se retiró hacia la cocina. Biel estaba acostumbrado a su actitud hosca, pero estaba especialmente serio y se preocupó.

—¿Qué ocurre?

—Tenías razón. Julián estuvo en la casa la noche del crimen —comenzó Marc—. Que no figure en el expediente oficial significa que vio algo y quien haya alterado el archivo lo ha ocultado.

—¿Vas a interrogarlo?

Marc asintió.

—Ya he solicitado la orden. Hablaré con él cuanto antes.

—Te agradezco que hayas venido a decírmelo en persona —añadió Biel con cierto alivio—. Sé que podrías haberte limitado a llamarme.

Marc negó, frunciendo aún más el ceño.

—No he venido solo por eso.

El inspector sacó un sobre del bolsillo trasero del pantalón y se lo entregó a Biel, que lo cogió con cautela. Lo desdobló despacio y, al ver el sello del juzgado, intuyó que no traía buenas noticias. Rompió el precinto y extrajo una hoja timbrada. Leyó el comunicado con rapidez creciente, hasta que se detuvo en un punto concreto y apretó la mandíbula.

—¿Qué significa esto? —preguntó cortante.

—El juez ha autorizado que interrogue a Elena como posible implicada en el asesinato de María —explicó Marc con voz calmada y firme—. Es un paso necesario en la investigación.

—¿Necesario? —Biel apenas pudo contener su ira—. Tienes a varios sospechosos y te centras en la única que ni siquiera recuerda su nombre la mitad del tiempo.

Marc respiró hondo, se le notaba incómodo, aunque intentaba mantener la compostura.

—Investigo a todos los que tenían motivos para hacerlo. Elena estaba allí y pudo haber actuado por despecho o celos. No hay que ignorar eso.

La rabia le subió a la garganta, áspera y difícil de tragar.

—Creía que, después de todo, habías entendido cómo son las cosas en realidad.

—Y por eso estoy aquí. Podrías haber recibido esta carta por correo, pero he decidido venir en persona, por nuestra amistad.

Biel apretó los dientes.

—No hay ninguna amistad entre nosotros, inspector.

Marc miró al suelo y tardó unos segundos en responder, sopesaba cada palabra.

—Lamento que lo veas así. No tengo elección. La investigación debe seguir su curso.

Apretó los puños y trató de sonar lo más frío que pudo.

—Vete. Ahora mismo.

Marc mantuvo la mirada fija en él durante un instante eterno. Biel no vaciló en ningún momento, con la rabia vibrando en cada músculo de su cuerpo.

Finalmente, el inspector asintió y se fue por el sendero de grava que llevaba a la calle.

Biel cerró la puerta con fuerza y se apoyó contra ella. Respiraba con dificultad.

Había confiado en Marc, le abrió las puertas de su casa, de su vida e incluso de sus emociones. Y lo acababa de traicionar. Estaba muy decepcionado consigo mismo por haber bajado la guardia y no haber seguido su instinto cuando al principio desconfiaba de él.

Con el documento arrugado entre sus manos, se preguntó si en verdad conocía a Marc Vidal, si detrás de sus silencios y sus miradas intensas había algo oculto que no había conseguido ver.

Fuera lo que fuera, comprendió que ya no podía fiarse de nadie más que de sí mismo.

Tercera parte

La orden

El comisario extendió el documento frente a Marc.

—Aquí tienes la orden judicial.

—Gracias, Arturo, sé lo que te ha costado conseguirla.

—He tenido que exponer mi cuello más de lo que me gusta. Consigue esa confesión.

—Lo intentaré, aunque la mujer está enferma, quizá ni siquiera recuerde…

—Haz que recuerde.

—¿Y si es inocente?

—No empieces con dudas ahora. Dijiste que hacía comentarios sospechosos.

—Sí, pero…

—Sal de esa sala con respuestas.

—No la presionaré más de lo necesario. No cruzaré esa línea.

—Esta investigación tiene demasiadas miradas encima y los de arriba quieren al culpable ya.

—Mi trabajo es descubrir la verdad, no obligar a una mujer enferma a confesar algo de lo que no estoy convencido.

—He apostado demasiado por ti. Si vuelves con las manos vacías, ambos tendremos problemas. Si yo caigo, tú caes conmigo. ¿Entendido?

—Perfectamente.

26

Elena se retorció las manos y miró a su alrededor.

La habitación era pequeña y fría, iluminada por una luz blanca demasiado brillante. Estaba sentada en una silla frente a una mesa vacía. No había más mobiliario. Una cámara en una esquina del techo parpadeaba con una luz roja.

Enfrente, un joven la observaba en silencio. Su rostro no era del todo desconocido, aunque no lograba ubicarlo. Eso la inquietaba.

—Elena, necesito que hablemos —dijo y se inclinó sobre la mesa que los separaba.

Entrecerró los ojos. Intentaba enfocar su atención. Se sentía mareada.

—¿Quién eres?

—Inspector Marc Vidal, ya me conoces.

Un policía. Elena apretó los dedos contra la falda, nerviosa. Decía algo sobre una investigación… un caso abierto… breves preguntas. Pero Elena no le escuchaba, elucubraba qué podía estar pasando. ¿Dónde estaba su hijo?

El inspector dio un suave golpe sobre la mesa y captó su atención.

—¿Recuerdas a María Estrada? —preguntó despacio.

Elena sintió un latigazo en el pecho. Su mejor amiga. Algo debía haberle sucedido.

—Claro.

—¿Cómo era vuestra relación?

—La quiero como a una hermana. Siempre estamos juntas. Nos lo contamos todo.

La veía en el jardín, en la cocina, riendo. De pronto, la imagen en su mente se empañó, cubriéndose de sombras, y el hilo de sus pensamientos se rompió de golpe. Parpadeó, confundida por el extraño vacío. Algo importante se le escapaba.

—¿Y Arnau?

—Mi marido —dijo con firmeza.

No le gustó cómo la miraba el policía. Sentía que la trataba como a una estúpida. Hablaba despacio, deteniéndose en cada palabra, como si a ella le fuera a costar entenderlo.

Le dolía la cabeza. Aún no sabía qué hacía en esa sala ni qué quería el inspector. ¿Dónde estaba su hijo?

—¿Cómo te enteraste de que Arnau y María eran amantes?

La pregunta cayó sobre ella como una piedra y disipó parte de la neblina. Elena lo miró con los ojos abiertos, aterrada por el eco lejano de un dolor profundo y punzante.

Recordó una fiesta infantil de cumpleaños. Acabó al atardecer. Buscaba a su marido, necesitaba ayuda para limpiar el jardín, aunque él nunca estaba. Su amiga le ayudaría. La puerta de su casa estaba entreabierta. El sonido de risas apagadas. Había luz en el salón. Arnau acariciaba la mejilla de María.

Elena sintió de nuevo el desgarrador pinchazo de la traición. El inspector la observaba, paciente, esperando que continuara.

—¿Qué pasó cuando los descubriste?

Elena apretó los puños. No quería volver a aquellas imágenes. Pero ya era tarde. Las veía claramente. El corazón le latía deprisa, cargado de rabia y desolación.

—Estaba enfadada… muy enfadada —susurró, estremeciéndose —. ¿Cómo pudieron hacerme eso? Ella era mi mejor amiga. Y él… el amor de mi vida.

—¿Qué sucedió después?

Su memoria se fragmentaba como trozos de vidrio roto, afilados y peligrosos. Había gritos, el rostro furioso de Arnau, la mirada suplicante de María.

—La traición fue como una puñalada… quise matarlos. —Titubeó y cerró los ojos perdiéndose en el recuerdo y el dolor.

Se sobresaltó cuando el inspector cogió sus manos. No se había dado cuenta de que estaba temblando. Lo miró y él le devolvió una mirada cargada de comprensión.

—¿Lo hiciste?

Elena negó con fuerza y se aferró a esa negación con desesperación. Aunque en el fondo de su corazón, una duda oscura comenzaba a abrirse paso.

—Es importante que te esfuerces y relates lo que ocurrió. ¿Hiciste daño a María?

—Quería hacerlo. Acabar con ella… con él… con los dos. Pero me derrumbé y lloré... Y me fui de allí.

Elena tragó saliva, tenía la boca reseca, las palabras se habían quedado atascadas en su garganta. Abrió una pequeña botella de agua que le tendió el policía y, después de beber, se aclaró la voz.

—Discutían. Oí sus gritos desde el garaje. Cuando salí a la calle, vi a Arnau a través de la ventana. Alzaba los brazos. A ella no la vi.

El inspector volvió a cogerle las manos.

Parecía un amigo.

—¿Estás segura de que fue así? ¿No golpeaste a María?

Aunque un amigo no dudaría de ella.

¿O sí?

Ni siquiera confiaba del todo en sí misma. Estaba aterrada, tanto por lo que recordaba como por lo que no lograba traer a la memoria, pero que le oprimía el pecho.

Se frotó las manos con movimientos torpes, intentando calmar los temblores. Tragó saliva con dificultad y entreabrió los labios. Quería hablar, aunque no encontraba las palabras. Se removió en la silla. ¿Dónde estaba su hijo?

El inspector dirigió una breve mirada a la cámara del techo y después suspiró.

—Está bien. Hemos terminado, por hoy.

La ayudó a levantarse y la sostuvo hasta salir al pasillo.

Fuera, Biel se acercó a ella con rapidez, apartó el brazo del inspector y la rodeó con el suyo. Caminaron juntos por una sala abarrotada de policías que cruzaban de un lado a otro sin prestarles atención. Elena se fijó en un mapa colgado en la pared. Era precioso, grande y de colores intensos. Estuvo a punto de comentarlo, pero al mirar a su hijo percibió que había llorado y apretó su mano con cariño.

—Seguro que lo que hoy te preocupa, mañana ni lo recuerdas.

Biel sonrió. Ella conocía bien ese gesto. Sabía que esa expresión era forzada y escondía algo más profundo. Aunque no podía definirlo con precisión.

Sintió que la misma inquietud le removía a ella por dentro.

Un leve nudo en el estómago.

Una amenaza.

Un temor.

Elena apretó de nuevo la mano de Biel, aunque esta vez era ella quien buscaba consuelo.

27

Conducía despacio, buscando un hueco para aparcar y se detuvo frente a un edificio de fachada encalada y ventanas con marquesinas entreabiertas. Hacía tanto calor, que no había ningún transeúnte por la calle. Dos casas más allá, una vecina tendía sus sábanas en las cuerdas atadas a su ventana. Aunque a Biel le pareció que se demoraba más de lo necesario y lo observaba a él. Aún despertaba miradas curiosas e hipócritas y eso le exasperaba, porque allí todos guardaban secretos y muchos estaban dispuestos a todo por sus propios intereses.

Como había hecho el inspector.

El interrogatorio a su madre había sido la confirmación a lo que se negaba a admitir: no podía confiar en él. Había cruzado un límite que Biel no pensaba perdonar.

Llamó al telefonillo y, mientras esperaba a que le abrieran, observó la placa de metacrilato: "Vicent Balaguer, abogado". Se dio cuenta de que debajo había una más antigua, tapada sin mucho esmero. El nombre grabado con letras desgastadas apenas se leía: "Ramón Esteban".

El abogado que asignaron a su padre. Arnau le había dicho al inspector antes de morir que era corrupto y que alguien lo compró para que no moviera un dedo por evitar su condena. Se preguntó si Balaguer, que fue su becario y tomó su relevo, habría tenido algo que ver.

La puerta se abrió con un clic seco.

Subió las escaleras con cuidado de no tocar nada. El edificio, envejecido, tenía las paredes desconchadas, el pasamanos metálico con la pintura saltada y un leve olor a humedad por la escasa ventilación. Tenía un aire de abandono que no resultaba del todo hostil, pero sí inquietante.

En el primer piso, Balaguer lo recibió con las mangas de la camisa remangadas y un cigarrillo a medio consumir entre los dedos.

—Ya tengo listo el papeleo.

El abogado caminaba por el despacho y rebuscaba entre las carpetas amontonadas, hasta que sostuvo una en el aire con gesto triunfal. Después, indicó a Biel con la cabeza que lo siguiera.

Se sentaron a un escritorio repleto de bandejas donde los archivos se apilaban sin un orden aparente.

—Aquí está todo —abrió la carpeta y empezó a sacar papeles que extendía frente a Biel—. El registro de la propiedad ya ha emitido el certificado y la notaría de Martorell ha validado los documentos.

Biel los ojeó sin prestar demasiada atención.

—Trabajaste con Ramón Esteban, ¿verdad?

Balaguer lo miró sorprendido por el cambio de tema. Dio una calada al cigarrillo y soltó el humo en dirección a la ventana abierta.

—Fui su becario antes de que se jubilara. Aprendí mucho, aunque no todo bueno.

—¿Cómo fue la defensa de mi padre?

—Un caos, y la investigación una chapuza. Lo que ha visto ahora ese inspector, lo vi yo entonces, pero nadie hizo caso a un muchacho recién salido de la facultad. Así que… aunque la acusación no se sostenía, tu padre fue condenado. Después de aquel juicio, Esteban se retiró. Se jubiló antes de tiempo. Muchos decían que no podía con la mala conciencia.

Balaguer apagó el cigarro en un cenicero lleno de colillas y encendió otro.

—¿Sigues en contacto con él?

—Desapareció del mapa. Años después, regresó arruinado y su familia lo dejó en La Montaña.

Biel frunció el ceño.

—¿Lo abandonaron en el monte?

Balaguer soltó una risa breve y seca.

—La Montaña es una residencia de ancianos. Sus hijos no querían saber nada de él. Se fundió los ahorros en juergas. La residencia lo acogió con una pensión social.

—Quiero hablar con él.

El abogado lo miró con escepticismo.

—Si sigue vivo, estará allí.

Biel guardó los documentos en su mochila.

Al salir del despacho, subió a la moto con una sola idea en mente. Si encontraba a Ramón Esteban, se encargaría de que contara lo que calló veinticinco años atrás.

28

Era mediodía y el sol caía con fuerza sobre los muros ocres de la residencia. Biel atravesó la verja de entrada y cruzó el camino, rodeado por setos perfectamente recortados. Montserrat, como telón de fondo, enmarcaban un lugar acogedor. Se fijó en el cartel sobre el dintel y el sofá en el porche junto a la entrada. Todo estaba en perfecto estado. Era un buen sitio para disfrutar de la vejez.

Al llegar a la puerta principal, notó el frescor que escapaba del interior climatizado. La puerta automática se abrió y, nada más cruzarla, reconoció un rostro familiar.

—¿Trabajas aquí también? —Biel soltó una carcajada en cuanto vio a Lola tras el mostrador con el uniforme azul.

—No me digas que vienes a hacerte residente. Te veo mayor, pero no tanto —replicó ella y apoyó los codos en la mesa, con una sonrisa pícara—. ¿A quién buscas?

—Ramón Esteban.

Lola frunció los labios.

—Solo los familiares directos pueden…

—Fue el abogado de mi padre. Necesito comentar algunos detalles del juicio.

Lola lo miró un instante y él compuso un gesto de súplica.

—La directora ha salido. Tienes solo media hora —respondió tecleando en el ordenador—. Está en el jardín de la parte de atrás.

Lola lo acompañó por el pasillo. Olía a desinfectante y a comida. La muchacha iba dos pasos por delante de él y saludaba con la mano a los auxiliares con los que se cruzaban.

—¿Has visto mi correo electrónico de esta mañana? —preguntó, mirándolo por encima del hombro.

—Aunque el comprador aumente la oferta, no voy a vender. Es muy extraño ese interés sin haber visto la casa y la cantidad tan grande que ofrece por ella.

—La oferta es magnífica. Pero comprendo que no quieras deshacerte de la vivienda familiar. La he quitado de la venta, aunque este hombre misterioso sigue insistiendo. No te preocupes, seré tajante con él.

Entraron en la sala de estar. Amplia, luminosa y ordenada. Las mesas, cubiertas con hules estampados, estaban dispuestas con simetría y rodeadas de sillas negras. Dos empleadas retiraban los platos y cubiertos de la comida y los apilaban en un carrito. Lola las saludó al pasar.

Al fondo, varios ancianos veían la televisión en butacas y sofás. Otros, dormitaban junto a las ventanas por donde entraba los cálidos rayos de sol.

Biel observó el entorno. Había varios espíritus cerca de algunos residentes. Aunque otras presencias, más aisladas, parecían no tener ya a quién visitar. Le recordó al ambiente místico de los hospitales, aunque estos espíritus se mostraban más relajados.

Atravesaron el salón y salieron por uno de los ventanales. El jardín de la residencia era un rincón soleado y tranquilo, rodeado por setos altos. Había bancadas de tierra delimitadas con madera donde crecían hierbas aromáticas y flores de temporada. Varios residentes estaban sentados a la sombra y charlaban entre ellos. A su lado, una mujer regaba con cuidado los canteros. Un grupo pequeño de auxiliares conversaba cerca del árbol central, mientras otros ayudaban con tareas de jardinería ligera.

Más apartado, en una zona donde la sombra era densa, un anciano permanecía en silencio en su silla de ruedas.

—Señor Esteban. —Lola se acercó a él—. Tiene visita.

El anciano alzó la cabeza con lentitud. Tenía la piel marcada por el tiempo y unos ojos grises que no parecían perderse detalle.

—Soy Biel Ribera. Hijo de Arnau.

Ramón soltó una risa amarga.

—¿Vienes a vengarte?

Biel y Lola intercambiaron una mirada cargada de significado.

—Compórtese, Ramón. Es el primero que le visita en mucho tiempo. —Antes de irse, Lola tocó el brazo de Biel con afecto—. Media hora.

Biel se sentó en el banco de madera junto a la silla de ruedas.

—Defendiste a mi padre. Pero las cosas no salieron bien para él.

—Poco se podía hacer con lo que teníamos.

—Me consta que se cometieron muchos errores durante la investigación. Podrías haber usado esa baza.

El anciano chasqueó la lengua y negó.

Frente a ellos, la mujer que regaba la jardinera soltó un gritito cuando la manguera que sostenía se rompió y empezó a lanzar chorros de agua en todas direcciones.

Biel notó una presencia densa. Junto a Ramón, apareció un espectro que lo miraba fijamente. Tenía una expresión dura y el rostro magullado. Habló con voz áspera.

—Pregúntale quién le pagó una fortuna para que dejase que Arnau se hundiera solo. Mereces saberlo.

Biel frunció el ceño. Aquello sonaba muy mal. Frente a él, Ramón, hundido en su silla de ruedas, parecía un anciano frágil. Pero a sus espaldas había un crimen.

—No sé si crees en el mundo espiritual ni tampoco me importa —dijo Biel que había perdido la poca paciencia que tenía y estaba harto de mantener las formas—. No voy a medir mis palabras para no asustarte. Hay un espíritu que me dice que te pagaron para hundir a mi padre.

Ramón se inclinó un poco hacia él.

—¿Ves a Paco?

Biel parpadeó, sorprendido.

—No sé cómo se llama.

—Es mi hijo. Lleva años torturándome. Desde el mismo instante en que me llamaron para decirme que había muerto al volante, no ha pasado un solo día sin que las cosas se rompan a mi alrededor. —Señaló con la cabeza al grupo de auxiliares empapados que trataban de cerrar la salida de agua descontrolada—. La vida me sonreía, hasta que su fantasma empezó a ponerme la zancadilla para que todo fuera mal… Y ahora estoy aquí.

El espíritu seguía con el gesto aún ceñudo y los brazos cruzados, atento al relato de Ramón. Biel no daba crédito. No era habitual que un espíritu esperase un mensaje de un vivo, solía ser al revés.

—No lo culpo. Debe estar furioso conmigo. Lo abandoné en este pueblucho y me largué a vivir la vida.

—¿Por qué te fuiste?

—Me gustaba la juerga, las mujeres, las drogas… y esto se me quedaba pequeño. También por ocultar el dineral que cobré. Aquella fortuna hubiera llamado la atención de los vecinos.

Entonces, Ramón miró a Biel, y no solo le sostuvo la mirada. Biel notó cómo analizaba su rostro, supuso que le recordó a Arnau, todos decían que se parecían mucho. Quizá fue eso lo que lo alentó a confesarse, tal vez pensó que se lo debía a Arnau.

—Sí, acepté dinero para que Arnau cargara con la muerta. No me arrepiento, lo disfruté. Pero me disculpo… contigo, con Arnau y con mi hijo.

Esa disculpa se quedaba corta para todo el dolor causado.

—¿Quién te pagó?

—Gerardo López.

—¿Fue él quien mató a María?

—Nunca se lo pregunté. No hacía falta. Todos sabíamos de qué era capaz. Era un mafioso con muy mala leche, de los que no dudan en apretar el gatillo si alguien les traiciona. Y ella lo había dejado por otro hombre. Lo raro fue que la policía no lo investigara más.

—Tenía a alguien comprado… igual que a ti.

—Sin duda.

Biel soltó el aire contenido. Con esa confesión, se cerraba el círculo: todo conducía a Gerardo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Mi padre dijo que fuiste un corrupto, tiré del hilo y pregunté a Balaguer.

Ramón bufó.

—Recuerdo a ese becario entusiasta que no sabía dónde se metía. Se tragó toda la versión oficial. A saber si ahora ha aprendido algo. Lo dudo mucho.

—Dirige el que fue tu despacho y es el mejor abogado de la zona. —Mintió porque sentía que se lo debía. Aún no estaba seguro de si podía fiarse de él, pero lo cierto es que le había ayudado y ese viejo cabrón no se merecía una satisfacción.

El anciano apretó los labios.

—Alguien me traicionó y fue con el cuento a Arnau. Recibí una visita de un funcionario de prisiones, me dijo que los secretos siempre encuentran salida. Me acojoné y me largué con la pasta.

—¿Qué funcionario?

—Un guardia flacucho de Lledoners que no tenía ni media hostia. Sabía lo que había hecho. Capdevila. Jamás olvidaré su nombre, me dio un susto de muerte.

El actual director de la prisión. Sabía que Ramón Esteban fue corrupto, sabía que Arnau fue condenado injustamente y sabía que alguien quería matarlo. Y no hizo nada para destapar la verdad. Era probable que fuese otro de los hombres a los que Gerardo pagó por favores.

Biel se levantó dispuesto a enfrentarse a Jordi Capdevila.

Al despedirse, Ramón alzó la mano y lo detuvo.

—Dile a Paco que estaba orgulloso de él.

El espíritu, ahora con semblante relajado, sonrió y se evaporó. Biel no creía que se hubiera marchado todavía, pero al menos había empezado a sanar.

—Y no vengas más —añadió Ramón e hizo un gesto para despachar a Biel. Después cerró los ojos y se acomodó en el respaldo de la silla de ruedas.

Salió de la residencia con una idea clara: tenía que regresar a Lledoners. No pensaba esperar a tramitar la solicitud de cita, iría en ese preciso momento y le diría al director que hablase de una vez y contase lo que realmente sucedió con su padre.

Porque a estas alturas, Biel sabía que en la cárcel estaba la siguiente pieza para reconstruir el engranaje que condenó a su padre. Haría que todos ellos pagaran por sus delitos.

29

Era media tarde cuando Biel aparcó frente a la verja de la prisión. No llevaba cita ni solicitud oficial y no le dejarían pasar así como así, pero conseguiría que el director lo recibiera.

Se apoyó en la moto y sacó el teléfono del bolsillo. Marcó el número de la centralita y pidió hablar con el despacho de dirección. Una voz femenina contestó al otro lado y le informó que el procedimiento oficial para comunicarse con la prisión estaba colgado en la página web.

Biel escuchó paciente hasta que la mujer terminó su discurso aprendido y, antes de que colgara, habló:

—Dile que soy Biel Ribera y que he hablado con Ramón Esteban.

—Acabo de explicar que…

—Te aseguro que Jordi querrá recibirme. Díselo y si se niega, no insistiré.

La oyó suspirar justo antes de que sonara la música de espera. No pasaron ni treinta segundos antes de que la voz de la secretaria regresara, más cordial que antes, para indicarle que un guardia iría a buscarlo. Biel esbozó media sonrisa, satisfecho.

Colgó y esperó. Los minutos pasaban lentos bajo el calor de agosto y el silencio del lugar se imponía como una advertencia. De pronto, una pelota chocó contra el vallado y, al girarse en su dirección, vio al hijo del director, con su silueta translúcida corriendo hacia el balón.

—Me alegro de verte —saludó Biel y dio un paso hacia la verja—. Vengo a hablar con tu padre sobre un… amigo en común.

El niño cogió su pelota y se dispuso a marcharse.

—Espera un momento —Biel lo detuvo. Era arriesgado interrogar a un niño. No obstante, los espíritus eran portadores de información que se escapaba a la conciencia humana y necesitaba respuestas—. Me hablaste de alguien que tenía asustado a tu padre. ¿Quién era?

El niño alzó la vista hacia él, con una expresión grave, demasiado adulta.

—No sé su nombre. Recuerdo que tenía un dibujo en el cuello. Una araña. Y tenía un hijo que se llamaba como mi perro… hablaba mucho de él.

—¿Cómo se llamaba tu perro?

—Sam.

Samuel. Entonces, el que intimidaba al director era Gerardo. Aunque Biel no entendía por qué lo amenazaba si lo tenía comprado.

—¿Qué le pedía a tu padre?

—El hombre malo no quería que tu padre saliera libre y quería que se inventara una mentira para retenerlo aquí. Pero mi papá quería a Arnau, eran amigos y no mintió. Aunque sí tuvo miedo por todas las cosas feas que decía.

La puerta lateral del edificio principal se abrió y un guardia con uniforme caminó hacia la valla. El niño se despidió con la manita y salió corriendo, desvaneciéndose en medio de la explanada.

—Sígueme —dijo el funcionario dándole acceso al recinto.

Esta vez, el registro no fue ni tan exhaustivo ni lo demoraron tanto. Después, el mismo agente lo acompañó por los pasillos hasta el despacho.

—Toma asiento —lo recibió el director.

Biel se sentó frente a él y Jordi hizo un gesto con las manos invitándole a hablar.

—Sabías que mi padre era inocente, que su abogado recibió dinero para no defenderlo como es debido y que Gerardo López quería mantenerlo encerrado.

El director soltó un leve suspiro y apoyó los brazos en el escritorio.

—Acababa de empezar aquí como vigilante cuando conocí a Arnau. Nos hicimos amigos. Era un hombre decente. Nunca creí que hubiera matado a nadie.

—Pero Gerardo te pagaba para que no hablases.

Jordi lo miró con el ceño fruncido, visiblemente sorprendido.

—Jamás he aceptado un soborno. Tampoco lo intentó, debió darse cuenta de que soy una persona íntegra.

Biel lo observó en silencio durante unos segundos. Había algo en sus gestos, en su manera de hablar, en su serenidad, que transmitía confianza. Y le creyó. Su padre lo había considerado un amigo y eso era por algo.

—Entonces, ¿por qué no le ayudaste?

—Lo intenté. Su abogado desapareció y Arnau empezó a sospechar que estaba involucrado en la trama que lo había metido en la cárcel. Poco después, su amigo se lo confirmó.

—¿Qué amigo?

—Uno que solía venir todas las semanas. Fumaban mucho mientras charlaban a media voz. Antes, había ceniceros en la sala de visitas y llenaban la estancia de humo.

Biel alzó las cejas.

—Balaguer.

El director entornó los ojos, pensativo, y luego pareció recordarlo y asintió.

—Le contó que lo habían vendido. Arnau me lo dijo una noche en la que intervine en un altercado. Me confesó que alguien desde fuera quería asegurarse de que no saliera nunca.

Estaba claro. Todo apuntaba a un hombre.

—Gerardo.

Jordi entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Era un nombre habitual entre ciertos internos. Estaba vinculado con el tráfico de drogas, chantajes y corrupción.

—¿Sabes quién mató a mi padre?

Lo negó.

—Tiene a varios de sus hombres aquí dentro y amistades con las que intercambia favores. Pudo hacerlo cualquiera. Jamás se sabrá. En su mundo, los chivatos cavan su propia tumba.

Biel le sostuvo la mirada. No pudo contener el reproche.

—¿No hiciste nada para protegerlo?

El director respiró hondo y se echó hacia atrás en la silla, como si la pregunta le pesara.

—Por supuesto que sí. Hace años, le puse en contacto con un abogado para recurrir la sentencia. Entonces decidió fugarse. Cuando lo apresaron de nuevo, ningún letrado quería llevar su caso,

era muy difícil que la justicia diese la razón a un fugado. Sin embargo, siempre lo apoyé, le asigné trabajos para alejarlo de los presos conflictivos; había guardias que velaban por su seguridad… Pero aquella noche, algo falló. Aún no sé cómo abrieron su celda. Créeme, no duermo por la responsabilidad.

Biel desvió la vista hacia la ventana. Le entristecía lo solo que estuvo su padre, atrapado en una red de corrupción. Y, sin embargo, por más que doliera, no podía culpar al hombre que tenía delante. El director había sido su apoyo entre aquellos muros. Tal vez no hizo todo lo que Biel habría querido, pero sí todo cuanto pudo.

Se despidieron y Biel estrechó la mano de Jordi.

—Gracias por contármelo. Me ayuda a comprender.

—Tu padre merecía justicia. No pude dársela. Quizás tú sí puedes.

Mientras salía del centro penitenciario, Biel pensó que Balaguer sabía mucho más de lo que admitía, aunque por alguna razón no hablaba.

Caminó despacio hasta su moto. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número del abogado sin pensárselo demasiado.

Balaguer contestó al segundo tono.

—Ya sé que ayudaste a mi padre. —dijo, sin rodeos—. Sabes la verdad, cuéntamela.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea. Luego, Balaguer suspiró.

—Por fin atas cabos —respondió con su habitual tono prepotente —. Desde el principio, me di cuenta de que Gerardo tenía demasiado interés en cargarle la culpa a Arnau. Si hubieran sido celos, lo habría matado. Creo que lo que quería era ocultar la verdad. Aunque no encontré nada que lo situase en la escena. No tardó en enterarse de que investigábamos y mandó a alguien a matarlo. Así que Arnau tuvo que huir a Costa Rica.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Estás muy unido al inspector. Teníais que averiguarlo vosotros, encontrar las evidencias, porque necesitamos que él llegue también a esta conclusión. Si la policía no está convencida, no conseguirás nada.

Biel chasqueó la lengua, molesto. A Marc le importaba cerrar el caso, nada más. Su obsesión por encontrar un culpable lo empujaba a avanzar a ciegas, sin detenerse a considerar lo que tenía justo delante. Por eso tenía a su madre en el punto de mira: era lo más fácil, culpar a la única que no era capaz de defenderse.

Cortó la llamada, guardó el teléfono y se quedó mirando la fachada gris de la cárcel.

A pesar de conocer la verdad, necesitaban una prueba, una pista clara que situara a Gerardo en la escena del crimen.

Pero, ¿cómo podía conseguirla después de tantos años?

Sintió un nudo en el estómago al recordar la charla con Ian. Les aseguró que su padre estaba en Vigo aquella noche. Mintió. Todos lo hacían. El miedo a Gerardo debía de ser tan profundo que, incluso después de tantos años y pese a no tener relación con él, seguían protegiéndolo.

De pronto, como un destello en medio de la confusión, se acordó de Julián. Había sido el primer agente en llegar a la casa de María. No había vuelto a hablar desde entonces. Tuvo que ver algo y por eso lo silenciaron.

Arrancó la moto. Tenía que ir a verle. Si no podía hablar, encontraría otra forma de comunicarse con él.

Estaba a punto de colocarse el casco cuando notó la vibración en el bolsillo.

En la pantalla, el número de Marc.

—Ahora mismo no puedo hablar —dijo Biel en cuanto descolgó.

—Ha ocurrido algo… Julián ha muerto.

30

Sorteó varios coches en doble fila y aparcó la moto en zona azul, frente al Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Barcelona. El tráfico era denso a primera hora de la mañana. El aire olía a gasolina y también a café recién hecho de una terraza cercana. Un repartidor pasó junto a él, hablaba por el móvil con un paquete bajo el brazo. Más adelante, una pareja mayor se apartó para dejar paso a un grupo de turistas que avanzaban deprisa por la acera, arrastrando maletas.

Esa calle, tan viva y ruidosa, le recordó a Biel su antigua rutina. Había vivido en Barcelona hasta hacía poco, aunque le parecía muy lejano. Todo seguía igual que siempre; sin embargo, ya no sentía que encajara en ese ritmo. Y no lo echaba de menos. No obstante, debía llamar a sus amigos y quedar con ellos. Pero no ese día. Tenía una cita importante.

Mientras caminaba hacia la entrada principal, repasaba la conversación que mantuvo con Marc la tarde anterior. Le dijo que había conseguido la orden judicial para interrogar a Julián. Al no presentarse a la hora citada, enviaron una patrulla a su domicilio y lo encontraron muerto. El inspector veía algo sospechoso en aquella muerte y había pedido un informe forense detallado.

No lo había expresado abiertamente, aun así, Biel entendió en sus palabras que había un topo en la comisaría. Gerardo seguía comprando a colaboradores entre los Mossos.

Se acercaban a la verdad.

Gerardo lo sabía.

Y eliminaba testigos.

Por la noche, Biel llamó a Álex. El cadáver de Julián estaba allí y decidió ir en persona. No pudo hablar con él en vida, pero aún podía intentarlo a su manera.

Subió las escaleras del edificio con determinación y, en recepción, no tuvo que identificarse. Álex ya lo esperaba.

Se saludaron con un abrazo. Era la primera vez que se veían, aunque llevaban tantos meses hablando que ya eran amigos. Biel sonrió al leer el mensaje en la camiseta de Álex: «Ser simpático no entra en mi contrato».

—Oficialmente, no estás aquí. No necesito problemas.

—No te preocupes, seré discreto.

El forense lo guio por el edificio. En lugar de seguir los pasillos principales, se desviaron hacia una puerta metálica que daba acceso a las escaleras de emergencia. Cuantos menos los vieran, mejor. Álex ya había cruzado demasiadas líneas solo por colarlo.

Un auricular blanco colgaba del bolsillo derecho de Álex, enredado en el cordón de su bata. Biel distinguía el rumor persistente de voces a su alrededor. Una vibración constante en sus oídos, tan característica de los lugares donde se acumulan los muertos. Álex, que empezaba a desarrollar el don, lo percibiría con más fuerza.

—¿Se ha intensificado?

Álex asintió.

—Escucho música. El murmullo no desaparece, pero al menos se mezcla con algo reconocible. Me da sensación de control.

Estar allí, día tras día, debía ser agotador.

—Te enseñaré algunas técnicas para desconectar.

Álex hizo un gesto raro con la boca. Biel lo interpretó como una sonrisa, aunque no lo parecía del todo.

—¿Y el chaval del accidente?

—Ahora solo se me aparece en casa. Creo que este sitio no le gusta. Aún no ha dicho nada. Me mira, yo lo miro y así pasamos el rato.

Intentaba tomárselo con humor, pero a Biel no se le escapó la inquietud que escondía tras sus palabras. Álex debía estar preocupado por no entender qué quería aquella presencia. Se reprendió, en silencio, por haber aparcado su labor como guía. Había priorizado el caso de su padre y había descuidado la escuela de mediumnidad. Lo retomaría y ayudaría a su pupilo.

Salieron a un pasillo solitario y se detuvieron frente a un letrero que indicaba que iban a acceder a una zona restringida. Cruzaron la puerta y, en una salita, Álex le pasó una bata, una mascarilla y un par de guantes. Después, entraron en la morgue.

La sala era amplia y el ambiente gélido, no solo por la temperatura, sino por la forma en que ese frío se colaba bajo la ropa y se notaba al respirar, como si cada bocanada de aire pasara por un filtro helado. El olor a desinfectante impregnaba cada rincón.

En uno de los laterales, se alineaban las cámaras frigoríficas de acero inoxidable, todas numeradas. En el centro, varias mesas metálicas, cada una equipada con bandejas móviles con instrumental quirúrgico. Todo estaba ordenado, limpio, silencioso. Solo se oía el zumbido constante de la ventilación y el eco de cada pisada sobre el suelo antideslizante.

Sobre una de las mesas, cubierto por una sábana, yacía un cuerpo. Álex retiró la tela con cuidado y descubrió a Julián hasta la cintura.

Tenía la expresión serena. Bajo los ojos hundidos, las ojeras marcaban un tono violáceo. A un lado del cuello, Biel distinguió una antigua cicatriz, consecuencia de la fractura de mandíbula que le había dejado secuelas años atrás. Las manos, a ambos lados del cuerpo, mostraban dedos largos, rígidos, con las uñas pálidas y sin signos evidentes de lucha. A simple vista, no había heridas.

—No hay signos externos de violencia —dijo Álex—. Tampoco fracturas ni lesiones internas compatibles con una caída o agresión.

Biel asintió y observó el cuerpo sin vida.

—¿Tienes alguna hipótesis?

—Aún no tengo el informe toxicológico, pero hay algo que me hace sospechar —añadió Álex—. El hígado presenta una coloración anormal. Amarillenta, aunque no como en una cirrosis. Y los riñones muestran un patrón que ya he visto antes en ciertos casos de envenenamiento por compuestos orgánicos. Podría ser un pesticida. Actúan deprisa y no dejan rastro visible.

Biel se mantuvo unos segundos en silencio. De pronto, sintió un impulso. Dio un paso hacia adelante y apoyó la mano en el pecho

inerte de Julián. Cerró los ojos, respiró hondo y el entorno se desdibujó, arrastrándolo a otro espacio.

Estaba en la casa de María. En el salón. Había cojines por el suelo, un jarrón hecho pedazos y algunos muebles desplazados. Entre ellos, la mesa con la mancha oscura en una esquina. Donde se golpeó María. Las cortinas estaban abiertas, fuera estaba oscuro, era de noche.

Julián, mucho más joven, entró con la pistola desenfundada. Avanzaba con cautela y miraba a ambos lados, hasta que se detuvo frente al cadáver de María.

Samuel estaba en mitad del salón. Llevaba la camiseta empapada de sangre y las manos manchadas. Se movía igual que un animal enjaulado y desesperado. En cuanto vio a Julián, dio un paso atrás, como si hubiera despertado de golpe.

—Ha sido un accidente —dijo, casi sin voz—. Hemos discutido, nos hemos empujado. Se ha golpeado. Yo no quería matarla.

Julián bajó el arma, aunque no la enfundó. Y se acercó a él, conciliador.

Samuel negó con la cabeza, nervioso. Sus labios temblaban. Se pasó la mano por el rostro, dejando una mancha de sangre en la mejilla. Entonces, bajó la vista y comprendió que había dicho demasiado.

La expresión de Samuel se endureció. Dio dos zancadas rápidas y se abalanzó sobre Julián, que no tuvo tiempo de defenderse. Le asestó un puñetazo directo al rostro, con la fuerza de la desesperación de quien ya no ve salida. El golpe fue brutal y Julián cayó de espaldas. La pistola salió volando hasta chocar contra el zócalo de la pared y su cuerpo impactó contra el suelo con violencia.

El silencio que siguió era denso. Solo se oía la respiración agitada de Samuel y los crujidos de la tarima bajo sus pisadas cuando retrocedió.

De pronto, la escena dio un giro y Biel se encontró en una habitación de hospital. La luz entraba tenue por las persianas a medio cerrar. En la cama, yacía Julián. Tenía la cara hinchada, la mandíbula vendada, tubos saliendo de su boca y una vía en el brazo.

A pesar del mal estado en el que se encontraba, mantenía los ojos abiertos y conscientes.

Un muchacho se inclinaba sobre él. Pelirrojo, con la cara cubierta de acné. Lo reconoció de inmediato: Arturo, el actual jefe de Marc. Más joven, con la arrogancia apenas disimulada en la mirada.

—Gerardo dice que tienes que callar —susurró al oído de Julián—. Si descubres a su hijo, irá a por tu familia.

Julián cerró los ojos. Y Biel notó la opresión de la amenaza como si fuera suya.

Sintió vértigo.

Samuel. El verdadero asesino había estado delante todo ese tiempo. Ahora se daba cuenta de que sus silencios decían mucho. Todo encajaba. Ya no quedaban dudas ni cabos sueltos. Conocía a los implicados y sabía a quién debía enfrentarse.

Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba de vuelta en la morgue y Álex lo observaba.

—¿Estás bien?

Biel tardó en responder. Se pasó la mano por la frente.

—Acabo de ver la noche del crimen. Samuel fue el asesino. Gerardo lo encubrió. Arturo amenazó a Julián para que callara.

Álex se inclinó sobre la camilla, sorprendido.

—¿Cómo vas a explicar a la policía lo que has descubierto?

Biel lo miró, firme.

—Hablaré con Marc. Aunque no crea en fantasmas, tiene que centrarse en Samuel y saber que su jefe es el topo que entorpece la investigación.

Incluso muerto, Julián al fin había conseguido hablar y contar su verdad.

Entre los dos, devolvieron el cadáver a su compartimento en la cámara.

Después, recorrieron el mismo camino por el que habían llegado. Cruzaron la puerta metálica, bajaron las escaleras de emergencia sin decir nada. Álex iba delante y Biel lo seguía, con los pensamientos agitados y las decisiones claras. Ya no se trataba solo de señalar al asesino, también destaparía aquella red de corruptos y criminales.

La lucha aún no había terminado. Sabía la verdad, pero ahora necesitaba que los demás le creyeran.

Estaba en el mismo punto que su padre: con Gerardo, un tipo poderoso e influyente, pisándole los talones y echando tierra encima de cada avance.

31

El viaje desde Barcelona se hizo eterno. No por la distancia, sino por el torbellino en su cabeza después de lo que había visto en la morgue: la historia clara, cruel y con más implicados de lo que había imaginado.

Volvió a llamar a Marc por cuarta vez. Como en las anteriores llamadas, no obtuvo respuesta. De nuevo lo ignoraba. Maldijo en voz baja y dejó el teléfono en la mesita del recibidor, junto a las llaves y el casco.

Se descalzó y por el rabillo del ojo vio que Clara se acercaba por el pasillo. Aunque había algo extraño en sus movimientos. Y esa sensación en la nuca…

Se dio la vuelta y el corazón se le paró un segundo.

Frente a él, el espectro de Clara se materializaba translúcido y etéreo. Tenía los ojos tristes y los labios entreabiertos. Un susurro escapó de su boca.

—Está en peligro —dijo y señaló hacia el salón.

Biel sintió un vuelco en el estómago.

Corrió, llamando a su madre. Atravesó el pasillo sin pensar. No evaluó el peligro ni tuvo en cuenta la advertencia de Clara. Solo imaginó lo peor: su madre tendida en el suelo sin vida.

Encontró a Elena sentada en una silla, rígida, con el rostro pálido, amordazada y maniatada. A su lado, Samuel estaba de pie, con los brazos cruzados y la expresión fría. La tensión del ambiente era palpable.

El terror atravesó el rostro de Elena al ver a su hijo y Samuel lo notó. Se giró de inmediato, llevó la mano a la cintura y, rápidamente, sacó una pistola.

Biel intentó controlar el miedo que le subía desde el estómago. Levantó ambas manos, mostrando que no era una amenaza.

—Hablemos con calma. Baja el arma y lo resolveremos.

—¡No quiero hablar! —gritó Samuel y Elena sollozó asustada—. Te advertí que pararas, pero no hiciste caso a los mensajes que te dejé. Removiste el pasado y, ahora, pagarás por ello.

Biel se esforzó por parecer conciliador.

—Lo de tu madre fue un accidente. Se lo explicaremos a la policía…

—¡No hagas eso conmigo! ¿Crees que soy imbécil?

La pistola tembló.

—El que actuó mal fue tu padre que destruyó la vida del mío.

La mandíbula de Samuel se tensó y sus ojos brillaron con una ira descontrolada.

—Arnau rompió mi familia. ¡Merecía pudrirse en aquella celda!

—Tu madre no te quería menos por amar a mi padre —insistió Biel, manteniendo un tono pausado—. Tomó una decisión complicada, pero nunca quiso hacerte daño.

—¡Cállate! Eso ya no importa.

Samuel se acercó con el rostro contraído por la rabia y apuntó la pistola directa a su pecho. Pero titubeó un segundo y Biel aprovechó ese instante.

Con un movimiento rápido, golpeó el brazo de Samuel con fuerza, antes de que pudiera apretar el gatillo. El arma chocó contra el suelo con un gran estruendo.

Biel se abalanzó sobre Samuel. Cayeron con violencia en un revoltijo de brazos y piernas y forcejearon con torpeza. Samuel soltó un grito de furia y trató de zafarse, lanzando golpes al azar, mientras Biel le clavaba las rodillas para inmovilizarlo.

—¡Os mataré a los dos!

Biel sintió el impacto de un puñetazo seco en el estómago. Se quedó sin aire, sus músculos aflojaron y Samuel lo empujó con ambas manos. Cayó de lado, jadeando, mientras veía cómo Samuel se arrastraba hacia la pistola y la recuperaba.

Levantó las manos en señal de rendición. Respiraba con dificultad y con gran esfuerzo se incorporó, tambaleante por el golpe recibido, y se interpuso entre Samuel y su madre, que trataba de gritar a pesar de la mordaza.

—¿Cuántas muertes más necesitas para ocultar tu crimen? Aún puedes parar esto.

Samuel rio con amargura.

—Tendría que haber matado a Arnau cuando lo encontré en Costa Rica y todo hubiera terminado hace años. Pero el cabrón se me escurrió. Al menos conseguí que lo apresaran.

Cuando leyó el diario de su padre, dio por hecho que López era Gerardo, cuando en realidad se refería a Samuel.

—Tú no tendrás tanta suerte —dijo, apuntándole—. La verdad nunca saldrá de aquí.

La tensión era insoportable. Biel notaba cómo le latía el corazón en la garganta.

De repente, un estruendo sacudió la casa, la puerta se abrió de golpe y Marc irrumpió en el salón con el arma en alto.

Dos disparos se oyeron casi al mismo tiempo.

Samuel se desplomó de rodillas con un alarido, agarrándose la pierna donde le habían herido, y soltó la pistola, aún humeante.

A pocos metros, Biel cayó de espaldas con un grito ahogado.

La bala había impactado en su costado.

Marc corrió y pateó el arma de Samuel lejos de su alcance. Después se tiró al suelo junto a Biel y presionó con las manos la herida que sangraba profusamente.

—Aguanta, por favor —susurró, mientras trataba de contener la hemorragia.

El dolor era terrible, agudo y lacerante, como si le atravesaran con un hierro candente. Estaba a punto de perder el conocimiento. Todo a su alrededor se volvió borroso y los siguientes minutos pasaron frente a él como a cámara lenta.

El salón se llenó de agentes.

Unos liberaron a Elena, le quitaron la mordaza y la ayudaron a incorporarse.

Otros inmovilizaron a Samuel, que seguía en el suelo, profiriendo insultos entre dientes.

Marc no se movía de su lado. Presionaba la herida y gritaba que alguien llamara a emergencias.

Elena, libre por fin, se arrodilló junto a su hijo. Temblaba, pero aun así, le acarició el cabello con suavidad. Igual que hacía cuando Biel era un niño y las pesadillas lo atenazaban.

—Marc… gracias… —murmuró Biel, con la voz quebrada—. Protege… a mi madre.

—Ni se te ocurra despedirte —respondió Marc—. La ambulancia está en camino.

Un policía se acercó al inspector y le informó de que habían encontrado el cuerpo de Clara en la cocina. Biel derramó una lágrima, con los labios entreabiertos y sin poder articular ni una palabra. Apenas conseguía respirar.

Alzó la vista y vio el espíritu de la mujer en el umbral de la puerta, con expresión serena. Había sido el gran apoyo de su madre, su cuidadora, su amiga, y ahora estaban solos.

La rabia le subió al pecho como una oleada. Rabia por todo lo que habían destruido para ocultar el crimen. Rabia por lo que había sufrido su familia. Rabia por todas las muertes, el silencio y la injusticia.

Miró a Marc, que se esforzaba por mantener una postura firme, como si todo estuviera bajo control. Aunque Biel lo conocía demasiado bien y reconoció la angustia en sus ojos.

—Arturo…

—Lo sé. Descubrí que era el topo. Lo arrestamos esta mañana y conseguí su confesión. Él y Gerardo cubrieron a Samuel desde el principio, manipularon pruebas y silenciaron a los testigos. A Julián lo envenenaron. El informe forense lo ha confirmado.

—¿Ian?

—No sabía nada. Arturo lo ha dejado claro. Tu amigo dijo la verdad.

Asintió, exhausto, pero satisfecho.

Cerró los párpados, el cansancio lo arrastraba y el dolor palpitaba en el costado. Notaba el calor de la sangre que empapaba su ropa.

—Lo logramos… —susurró y apoyó una mano sobre las de Marc que seguían presionando con fuerza.

Los agentes se llevaron a Samuel esposado y la casa quedó en silencio.

A lo lejos, oyó la sirena de la ambulancia.

El último pensamiento de Biel antes de perder el conocimiento fue para su padre. Por fin había limpiado su nombre. Ya no habría más sombras. La verdad salía a la luz. Y con ella, la posibilidad de empezar de nuevo reconciliado con su pasado.

32

Desde la ventana del salón, Biel contemplaba a los periodistas que llevaban una semana apostados frente a su casa. Esperaban una declaración que él no tenía intención de dar.

Al día siguiente de la detención de Samuel, el caso saltó a los medios de comunicación.

«Arnau Ribera, absuelto a título póstumo», publicaron algunos.

Otros se referían al «caso María Estrada» como uno de los errores judiciales más graves de las últimas décadas.

Biel los leía con una mezcla de emociones difíciles de ordenar. Por un lado, el alivio de que al fin se supiera la verdad. Por otro, el peso de una realidad irreversible: Arnau ya no estaba. Clara tampoco. Ningún titular devolvería lo que se había perdido. Solo quedaba el consuelo de haber restaurado su memoria.

El móvil emitió un pitido y un mensaje nuevo iluminó la pantalla. El inspector Vidal le informaba de que habían detenido a Gerardo esa madrugada cuando intentaba cruzar la frontera con Francia. Por fin.

Tecleó una respuesta breve.

Marc lo había visitado cada día que estuvo en el hospital. Se sentaba a su lado y charlaban de cómo había ido la jornada, nada profundo, pero su compañía hablaba por sí sola. Biel valoraba el gesto. No todos habrían estado allí después de que su relación se enfriara.

Que lo suyo no hubiera funcionado ya no dolía, solo escocía. A pesar de todo, cuando hablaban, lo hacían con cierta complicidad forjada en medio del caos. Habían atravesado juntos algo tan oscuro que los había unido, aunque no supieran muy bien qué hacer con eso ahora.

Y quizá no hiciera falta hacer nada. Algunas personas no vuelven a ser pareja y se convierten en otra cosa. Más callada. Más real.

Caminó despacio hasta el sofá y se apoyó en el respaldo para no perder el equilibrio. Todavía estaba convaleciente del disparo recibido. Aunque la bala no había alcanzado ningún órgano vital, la recuperación se le estaba haciendo eterna. Su médico lo había visitado esa misma mañana y aseguró que se estaba recuperando a buen ritmo. Sin embargo, para él, cada día de reposo era una losa. Necesitaba volver a sentirse útil cuanto antes.

Su madre, sentada en el sillón orejero, pasaba las páginas del álbum de fotos familiar que Arnau guardó. Lo encontró sobre el escritorio y desde entonces lo hojeaba a diario. No decía nada, pero a veces sus dedos se detenían en alguna imagen y sonreía, como si un recuerdo fugaz cruzara su mente.

Biel sabía que esos momentos eran frágiles. Breves instantes de luz en medio de una niebla cada vez más espesa. Y mientras duraran, haría todo lo posible por sostenerlos.

—Hoy hace un día estupendo —dijo Marta, la nueva cuidadora, acercándose a Elena—. Podríamos dar un paseo y ver cómo están dejando la plaza para las fiestas de este fin de semana.

Marta era una mujer joven y tranquila. Se había adaptado con rapidez a las rutinas de la casa. Al principio, Elena la llamaba Clara. Quizá lo hacía por olvido o tal vez por necesidad y era su forma de mantenerla cerca. No obstante, con el paso de los días, Elena se había ido acostumbrando a la presencia de Marta y a su forma serena de hablarle.

Aun así, Clara seguía allí. Su espíritu no se había ido. Biel la escuchaba quejarse: del modo en que Marta doblaba la ropa, de la cantidad de sal que echaba en el caldo o de lo tarde que acostaba a Elena. Biel sonreía al oírla. Clara era como siempre había sido. Testaruda, exigente y generosa.

Su alma seguía aferrada a la casa por una sola razón: Elena. Clara no estaba dispuesta a irse hasta asegurarse de que su amiga estuviera bien cuidada. Había muerto, pero seguía siendo su protectora.

Marta se agachó a la altura de Elena y le tomó las manos con delicadeza.

—¿Vamos?

Elena asintió. Sus ojos, algo más vivos de lo habitual, buscaron los de Biel y se acercó a él para besarle en la frente.

—Estaré aquí cuando volváis. Disfrutad del paseo.

Las dos mujeres salieron del salón y Biel oyó a Marta decir:

—Rosa acaba de llamar, viene de camino. A ver qué historia nos cuenta hoy y nos hace reír.

Rosa seguía viniendo con frecuencia. Su humor alegraba las tardes de su madre. En cada visita traía una historia distinta, a veces protagonizada por Samuel y sus múltiples enfrentamientos cuando vivía en el pueblo de adolescente. Elena la escuchaba con atención y simplemente asentía. Biel agradecía esa continuidad, la forma en la que Rosa tejía puentes con el pasado sin convertirlo en una carga.

Había temido que acabara el verano y Rosa se marchara a la ciudad con su hija. Sin embargo, le había dado la buena noticia: se quedaba en el pueblo. Sus nietos ya eran mayores y casi no los veía. Antes que sentirse sola, prefería la compañía de Elena y los vecinos de Collbató.

Biel había decidido no vender la casa. Ni siquiera contemplaba ya la posibilidad. Collbató ya no era solo el lugar del pasado: era su presente, el refugio donde cuidar a su madre, donde vivir con calma. Aquel pueblo, que durante años representó la herida, ahora era también la cura. Allí, al fin, podía respirar.

Alargó el brazo y cogió el libro de la mesita junto al sofá. Una brisa suave entraba por la ventana entreabierta y Ombra dormía estirado bajo los cálidos rayos de sol. Todo estaba en calma, por primera vez en mucho tiempo.

Al poco, sonó el timbre.

Biel dejó el libro y se levantó.

Al abrir la puerta, se encontró con un hombre de piel curtida por el sol y cabello completamente blanco. Por sus arrugas profundas, diría que pasaba de los setenta, pero la vitalidad en su mirada le hizo dudar. Vestía una camisa de lino y unos pantalones claros que dejaban ver sus tobillos. Junto a él, llevaba una enorme maleta.

—¿Biel Ribera? —preguntó con voz grave.

Asintió, desconcertado. No le sonaba de nada. Pensó que sería otro periodista en busca de una exclusiva. Hasta el momento

ninguno había cruzado la verja de entrada, aunque este tenía pinta de no andar con rodeos. Iba a despacharlo, cuando se detuvo:

—Te has negado a venderme la casa, así que he venido en persona.

Biel frunció el ceño. Era el comprador misterioso… e insistente.

—No me convencerás. Siento si te has desplazado para nada. Es innegociable.

—Lo he consultado con mi abogado. En realidad, no tengo que comprarla, porque parte de ella es mía.

Biel pensó que el tipo era un chalado. Hizo ademán de cerrar la puerta, pero el hombre, ágil a pesar de los años, puso un pie en el umbral y lo evitó.

—Soy Oriol Ribera. Tu tío. Y, según el testamento de mis padres, también heredero de esta casa como lo fue tu padre.

Biel lo miró con los labios entreabiertos, sin poder articular ni una palabra.

Recordaba vagamente la historia que Rosa contó sobre su familia. No le prestó demasiada atención, porque estaba acostumbrado a que, en el pueblo, lo que se desconocía se imaginaba, y pensó que los rumores alrededor de Oriol no eran más que eso.

Ombra se acercó, dio una vuelta alrededor del recién llegado y luego se acomodó a sus pies, como si lo reconociera.

El silencio era incómodo y denso, lleno de nuevas preguntas.

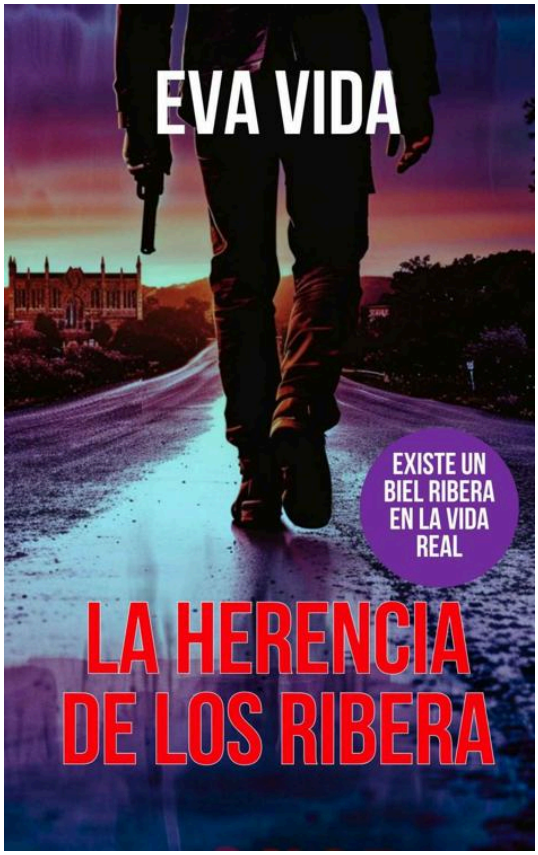
Biel dio un paso atrás y, sin apartar la mirada de aquel hombre, abrió un poco más la puerta.

Y mientras su tío entraba en la casa, un presentimiento le erizó la piel.

La historia no había terminado.

Solo acababa de empezar.

No te pierdas



Cuando una joven aparece muerta en Collbató, y las pistas apuntan al pasado de los Ribera, Biel se ve obligado a colaborar de nuevo con el inspector Marc Vidal. Pero esta vez tendrá que enfrentarse a las mentiras de su propia familia. ¿Hasta dónde llegará para protegerlos?

Descúbrelo pinchando[*AQUÍ*]

Gracias

A mi familia, por darme alas sin cortarme el vuelo y raíces sin atarme los pies. Siempre supe que podía volar porque tenía dónde regresar.

A mis amigos, por estar. Por brindar, celebrar, preguntar, escuchar. Siempre lo diré: fuisteis los primeros en llamarme escritora y yo, simplemente, os creí.

A Biel Giner. Esta historia nace de ti. Gracias por abrirme la puerta a tu mundo, por compartir tu forma de mirar y por ser la chispa que encendió este personaje.

A Jean Larser. Me hiciste escritora cuando yo aún dudaba de si podría serlo.

A Jorge Caneda, por tus consejos, por el apoyo y por hacer fácil lo que parecía inabarcable. Emprender este camino sin ti habría sido mucho más difícil.

A Ana Guimarás, por ver el alma de la portada que yo apenas intuía y devolverla mejorada.

A Circe, por pulir este texto sin borrar mi voz.

Y a ti, que me lees, gracias por cruzar la grieta conmigo.